

**Revista Pastores, Año 10 – Nº 28**  
**Diciembre de 2003**

**Editorial:** Nuestra vida sacerdotal: de la fragmentación a la Comunión

***Hacia la Comunión Eclesial***

Teología de la Iglesia local y eucaristía  
*Pbro. Guillermo Rosolino*

En búsqueda de una pastoral mística. Reflexiones sobre Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización y Navega Mar Adentro.  
*P. Jorge Eduardo Scheinig*

Servidores de la Comunión Eclesial. Temas de Retiros sobre “Pastores dabo vobis”.  
*José María Imízcoz Barriola*

Comunicar: el nuevo desafío de la moral católica.  
*Pbro. Gustavo Irrazábal*

Juan Pablo II. 25 años de pontificado

Teresa de Calcuta. Beatificación.

***Hacia la Comunión Presbiteral***

La Formación Permanente de los Presbíteros en nuestra Iglesia Particular.  
*Conferencia Episcopal Italiana*

IIº Encuentro Sacerdotal Patagónico  
*Pbro. Jorge C. Pliauzer*

Historia Actual. Nueva realidad sociocultural: los sacerdotes en este contexto.  
*P. Luis Klobertanz*

Los Desafíos Actuales. Desafíos ante la realidad socio-económica de nuestro pueblo.  
*P. Claudio Faivre-Duvoz*

La nueva región pastoral de la Patagonia y sus desafíos para los sacerdotes.  
*Mons. Marcelo Melani*

Talleres para Párrocos. Informe y propuesta  
*Equipo Coordinador*

Homilía en la Ordenación Sacerdotal de Javier A. Juárez.  
*Mons. Agustín Radrizzani*

## Nuestra vida sacerdotal: De la fragmentación a la comunión.

Desde hace algún tiempo notamos que algo ha cambiado en el ejercicio de nuestra vida ministerial. La crisis de diciembre de 2001 potenció una realidad que ya se venía insinuado desde antes: que las dificultades sociales y económicas condicionaban negativamente los vínculos y lazos del entramado social y familiar. La experiencia de fragmentación, de división y la caída de proyectos que alientan la esperanza terminaban de armar un cuadro difícil de acompañar por parte de nuestro ministerio. Y todo esto vivido en un proceso universal de cambio de época con los aspectos propios de la posmodernidad: el individualismo, el nihilismo, la fragilidad, el desamparo y la orfandad.

Cierta experiencia de impotencia y desánimo aparece en no pocos sacerdotes. Las demandas y reclamos han aumentado y con ellos los conflictos en los que nos vemos envueltos, fuera y dentro de nuestra propia comunidad parroquial, barrio o el mismo presbiterio. Los modos acostumbrados de vivir y transmitir el evangelio parecen no alcanzar, dejándonos la sensación de que sólo logramos un barniz superficial. Esto hace que algunos sacerdotes y también seminaristas al ver lo que les espera, no se sienten atraídos por una vida sacerdotal con tantas tensiones y se sueña con tareas pastorales más resguardadas.

Sin embargo, es evidente que pequeños gestos de cercanía y de acompañamiento en las fragilidades, ayudan para encontrar a un Dios que es Padre y que no abandona. Las redes solidarias y la ayuda espontánea siguen siendo espacios de encuentro con el amor de Dios. La gente sigue acercándose a nuestras parroquias para encontrar el consuelo del Padre en los sacramentos, en las devociones populares religiosas, en ser escuchados en sus problemas familiares y personales y en el acompañamiento a través de Cáritas o los servicios sociales que podemos brindar.

Con este panorama queda claro que hoy, más que en otras épocas, el conflicto, la fragmentación y la división son el ámbito natural en el cual se vive nuestro ministerio sacerdotal. Y esto, lejos de desanimarnos o debilitarnos, tiene que ser fuente de un desafío en nuestra imitación de Cristo Pastor: ser cada vez más, ministros de la *comunión* y la *reconciliación*. Esta fue la misión de Jesús: reconciliar al mundo con Dios y consigo mismo. Para eso dio la vida, para crear comunión: “*que todos sean uno...*” Sin ser simplistas podríamos decir que hoy, en Argentina, evangelizar es crear comunión, evangelizar es animar a la reconciliación.

Estos son temas que venimos reflexionando en “*Pastores*” haciendo un itinerario de acompañamiento a nuestra vida de sacerdotes.<sup>1</sup> En este número queremos continuar con esta reflexión, pero apuntando más a las actitudes pastorales que deben surgir para este tiempo, entre ellas las ya mencionadas de comunión y reconciliación. Tomamos como referencia dos acontecimientos providenciales para la Iglesia en Argentina: la aparición del documento “*Navega Mar Adentro*”<sup>2</sup> y la convocatoria al X°

<sup>1</sup> En diciembre de 2001, a partir de los mensajes de nuestros obispos (cfr. *La Nación, el presente y la esperanza*, 80° AP, noviembre de 2000; *Hoy la Patria requiere algo inédito*, 81° AP, mayo de 2001; *Queremos ser Nación*, 129° CP, agosto de 2001; *Carta al Pueblo de Dios*, 82° AP, noviembre de 2001) invitábamos a ser ministros de la esperanza ante el gran dolor que vivía nuestro pueblo. Luego (mayo de 2002), con el desafío de “reconstruir la patria” (Comisión Permanente de la CEA, 21.03.02, n° 3), reflexionamos sobre dos actitudes necesarias para hacerlo: el servicio y la comunión (*Pastores* 23, Editorial, pág. 1). En los números siguientes ofrecimos elementos para fortalecer nuestra vida espiritual y así responder a los desafíos que se plantean al sacerdote en una situación concreta de crisis social (cfr. especialmente los artículos de *Pastores* 26, en su primera sección “*El sacerdote ante la crisis de nuestro pueblo*”, págs. 3-32).

<sup>2</sup> Presentado en *Pastores* 27, Sept. 2003, pág. 45

Congreso Eucarístico Nacional<sup>3</sup> con el documento preparatorio *“Denles ustedes de comer”*, ambos de la Conferencia Episcopal Argentina.

El primero invita a vivir en este tiempo una espiritualidad y pastoral de Comunión, cuyo centro teológico es la Comunión Trinitaria que debe reflejarse en la Comunión Eclesial. El segundo, presenta el Misterio de la Eucaristía en cuatro capítulos como Misterio de Comunión, Reconciliación, Solidaridad y Misión. Las coincidencias son notables y providenciales. La Iglesia en Argentina, y por lo tanto nuestro ministerio sacerdotal, debe encarnar sus acciones en un itinerario pastoral que se describe de esta manera: “la Eucaristía nos convoca (en comunión), nos reconcilia, nos solidariza y nos envía” (*“Denles ustedes de comer”*, pág. 6, *Convocatoria*).

Con “Pastores” queremos ofrecer un servicio a este itinerario de la Iglesia en Argentina deteniéndonos en este número en la propuesta “... en Comunión”. Presentamos este tema en dos secciones.

A la primera la llamamos *“Hacia la comunión eclesial”*. Al ver cómo impactan en la Iglesia los desafíos del tiempo presente (fragmentación y conflicto) buscamos reflexionar, desde una eclesiología de comunión, sobre los fundamentos en los que deben inspirarse nuestras respuestas. Comenzamos con un trabajo del Padre Guillermo Rosolino, de la Arquidiócesis de Córdoba, en el que presenta los elementos esenciales de una eclesiología de comunión en relación a la Iglesia local en estrecho vínculo con la Eucaristía. El Padre Jorge Eduardo Scheining, de la Diócesis de San Isidro, al hacer un estudio comparativo de “Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización” y “Navega Mar Adentro”, destaca en estos documentos una evolución en la propuesta de encarnar una pastoral de comunión, partiendo del espíritu de fe que nos identifica. Seguimos con un texto de la Conferencia Episcopal de Clero de España escrito por José María Imízcoz Barriola, que a modo de retiro espiritual y tomando textos de “Pastores dabo vobis”, nos lleva a reflexionar sobre nuestro sacerdocio como servidores de la comunión eclesial. Ese servicio, incluye ser testigos de la verdad sin arrogancias y buscando siempre nuevos caminos para la comunicación del Evangelio, en ese contexto incluimos un texto del Padre Gustavo Irrazabal en el que nos ofrece su pensamiento sobre cómo presentar la doctrina católica sobre sexualidad y vida a un ambiente indiferente y a veces hostil a estos temas. Finalmente, presentamos dos figuras cristianas que han dado y dan testimonio de comunión eclesial, en la Iglesia Universal, a partir de su entrega generosa y solidaria: Juan Pablo II, al cumplir los 25 años de pontificado; y Teresa de Calcuta, al ser beatificada.

La segunda sección la llamamos *“Hacia la comunión presbiteral”*. Las situaciones de fragmentación y conflicto también tocan nuestra vida sacerdotal. El desánimo, la soledad, el desgaste o la incompreensión son experiencias habituales en muchos de nosotros. La experiencia de comunión en la “comunidad presbiteral” parece ser un camino que se debe trabajar más y que, esto se percibe, se busca más en estos tiempos. La experiencia de “pertenencia” al presbiterio es también la que permite entrar en comunión y reconciliación con uno mismo y el propio ministerio, iluminados por la cruz salvadora de Jesús. Por eso iniciamos este tema con un documento de la Conferencia Episcopal Italiana sobre la Formación Permanente, ubicado en el contexto de la cultura actual. Un itinerario de formación sacerdotal debe dar elementos para vivir el ministerio con alegría y con los sostenimientos necesarios para responder a la fragmentación actual. Como un acontecimiento concreto de comunión presbiteral ofrecemos los aportes presentados en el IIº Encuentro Sacerdotal Patagónico, realizado en San Carlos de Bariloche entre el 29 de abril y 2 de mayo de este año, con la presencia de 106 sacerdotes de toda la región. Publicamos textos de los padres Jorge Pliauzer, de la Diócesis de Bariloche, Luis Klobertanz, Claudio Faivre-Duvoz, y el Obispo Marcelo Melani. También como una experiencia de comunión y servicio a la formación permanente, el Equipo de los “Talleres para Párrocos” presenta un informe de sus objetivos y experiencias realizadas. Y finalmente la homilía de Mons. Radrizzani, de la Diócesis de Lomas de Zamora,

---

<sup>3</sup> 2-5 de septiembre de 2004, Ciudad de Corrientes

en la ordenación sacerdotal de Javier Juárez, acentuando la necesidad de la comunión presbiteral desde la amistad sacerdotal, la entrega confiada en Dios en medio del dolor, la oración y la acción.

Comenzamos a caminar el 10º año de servicio ininterrumpido de la revista *"Pastores"*. Cumpliremos 10 años en diciembre de 2004. Es un aniversario que queremos compartir con todos. El interés y el apoyo de tantos sacerdotes que han recibido la revista y la siguen recibiendo nos alienta para continuar esta tarea. Más de 2000 sacerdotes la tuvieron en sus manos en algún período de estos años y actualmente son más de 800 los suscriptos. Sabemos también de muchos encuentros sacerdotales de oración o estudio que se hacen teniendo como base textos tomados de *"Pastores"*. No queda más que agradecer a Dios y el impulso del Espíritu que ha hecho posible que, a pesar de nuestras limitaciones de recursos y de tiempo, este servicio a la Formación Permanente se haya mantenido durante tanto tiempo.

Gracias por el aliento que nos brindan cuando a algún miembro del Equipo de Redacción le hacen conocer su reconocimiento por *"Pastores"*.

## Teología de la Iglesia local y eucaristía

Pbro. Guillermo Rosolino  
Arquidiócesis de Córdoba

*Me propongo con esta contribución recuperar algunos aspectos centrales de la eclesiología de comunión, desarrollar algunos pilares de la teología de la Iglesia local, y mostrar algunas de sus consecuencias más significativas. En continuidad con estas cuestiones, pretendo resaltar los vínculos íntimos entre una “eclesiología eucarística” y la Iglesia local. Finalmente, lo que considero un capítulo a desarrollar con más amplitud en la eclesiología de inicios del tercer milenio: me refiero a la sinodalidad como figura vital de la eclesiología de comunión.*

1. Eclesiología de comunión
2. Teología de la Iglesia local
3. Eucaristía e Iglesia local
4. Sinodalidad

### 1. Eclesiología de comunión

Juan Pablo II, en *Christifideles Laici* n° 19, afirma «La eclesiología de comunión es la idea central de los documentos del Concilio.» No es casual que, tomando como referencia el Sínodo de 1985, la categoría «comunión» haya cobrado cada vez más relevancia como concepto capaz de expresar y articular las enseñanzas del Vaticano II y sus intuiciones fundamentales. Con lucidez y claridad, el conocido eclesiólogo A. Antón señalaba ya en 1970: «la innovación del Vaticano II de mayor trascendencia para la eclesiología y para la vida de la Iglesia ha sido el haber centrado la teología del misterio de la Iglesia sobre la noción de *comunión*.»<sup>4</sup> No obstante, es conocido por quienes vivieron intensamente los años del Concilio y el inmediato posconcilio, la importancia que tuvo en la estructura de *Lumen Gentium*, el capítulo que hace de clave hermenéutica para toda la constitución dedicado al «Pueblo de Dios». De tal modo que no siempre se subrayó la centralidad de la categoría «comunión», pues «la recepción de la Iglesia como Pueblo de Dios tuvo una larga primacía, especialmente por lo que suponía de paso de una comprensión jerarcológica a una visión que ponía el acento en todos los bautizados.»<sup>5</sup>

La eclesiología de comunión se ha ido consolidando como visión integradora fundamentada en la Sagrada Escritura (*koinonía*), tenida en gran honor por la Iglesia antigua y las Iglesias orientales, y como capaz de articular convenientemente la delicada y difícil relación entre la unidad y la pluriformidad en la

---

<sup>4</sup> A. ANTON, *Primado y colegialidad. Sus relaciones a la luz del primer Sínodo extraordinario*, Madrid 1970, 34.

<sup>5</sup> S. PIÉ-NINOT, «*Ecclesia in et ex ecclesiis*» (LG 23): *La catolicidad de la «communio ecclesiarum»*, en RCatT 22 (1997) 76. En adelante «*Ecclesia in et ex ecclesiis*».

Iglesia. No han faltado las discusiones por este supuesto desplazamiento de la categoría Pueblo de Dios a la de Comunión. Como en otras figuras de la Iglesia, también aquí se ve la importancia de una necesaria complementariedad que no mortifique, sino que, por el contrario, permita expresar en múltiples modos el inagotable misterio de la Iglesia.<sup>6</sup> En atención a la misma vida de la Iglesia, la categoría comunión ha mostrado su gran fecundidad mostrando la posibilidad de estructurar una renovada comprensión de la espiritualidad. Juan Pablo II ha dedicado riquísimas líneas a una «espiritualidad de comunión» necesaria y adecuada al Nuevo milenio: «Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.» (NMI 43). Promover la espiritualidad de comunión como «principio educativo» en todas las instancias eclesiales, no parece ser un énfasis meramente innovador con ocasión del nuevo milenio, más bien constituye el fruto maduro y esperado de muchas percepciones luminosas del último concilio ecuménico. Recuerdo aún, de manera vívida, cuando en los años de formación compartíamos con otros compañeros la misma sensación de distancia que se dejaba ver entre las enseñanzas del Concilio y la propuesta de una espiritualidad, muy anclada todavía en cierto racionalismo e individualismo, lejanos de la nueva autoconciencia eclesial. Por ello, la «espiritualidad de comunión» constituye un «fruto maduro y esperado», necesario para que una nueva mística penetre y fecunde con fuerza a todo el «Pueblo de Dios».

«Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.» (NMI 43). Anclada en la Trinidad «que habita en nosotros» y vuelta hacia el rostro del otro, la espiritualidad de comunión podría constituir efectivamente el talante propio de un cristianismo renovado para el tercer milenio. Por éstos y otros motivos, tiene sentido adentrarse en las claves de la eclesiología de comunión, que permitan vislumbrar la trascendencia de las Iglesias locales como expresión de la comunión eclesial, y el arraigo eucarístico que dicho horizonte implica. Quiero proponer este itinerario de reflexión con una convicción central: vivimos una transición cultural compleja y desestructurante, ante ella cada uno reacciona de diversa manera, a veces intimidado por una cierta incapacidad para asimilarla, otras desanimado y desalentado ante la magnitud de la tarea, muchas otras huyendo al esfuerzo de articular convenientemente «tradición» y nuevos desafíos. En este contexto, la reflexión que busca calar hondo y pacientemente en los misterios centrales de nuestra fe se hace necesaria y urgente. El propósito es aportar el propio grano de arena a un proceso que como cristianos laicos, sacerdotes o consagrados seguramente venimos realizando hace ya bastante tiempo.

La comprensión de la Iglesia como «communio» está ligada a la recuperación de la Trinidad hecha por la teología del siglo XX. La Trinidad aparece claramente no sólo como el origen, sino también como la forma y la meta de la Iglesia. De allí que la comunión implique en sí misma la idea de una unidad en la variedad de la Católica. La antigua expresión de fe, presente en los símbolos, que sigue a la confesión de la acción del Espíritu afirmando la «sanctorum communio», condensa el significado y el alcance de la Iglesia como comunión.<sup>7</sup> La nítida articulación del credo pone a la luz que el misterio de la Iglesia está íntimamente ligado a la obra y acción del Espíritu; ello constituye el punto de arranque para visualizar la profundidad y los diversos aspectos de la «communio sanctorum». En primer lugar se trata de la comunión eclesial como obra del Espíritu santo, Señor y vivificador («communio Sancti»); pero también se refiere a las realidades santas por medio de las cuales se comunica el Espíritu («communio sanctorum») o «communio

---

<sup>6</sup> Cf. C. GALLI, *El pueblo de Dios en los pueblos del mundo*. Catolicidad, encarnación e intercambio en la eclesiología actual, (tesis para el Doctorado en Teología, Facultad de Teología), UCA, Buenos Aires, 1993.

<sup>7</sup> Para lo que sigue cf. B. FORTE, *La Iglesia, icono de la Trinidad*. Breve eclesiología, Salamanca 1992, 61-66. En adelante, *La Iglesia, icono de la Trinidad*.

sacramentorum»); y finalmente, se refiere a los fieles, en la variedad de dones que opera el mismo Espíritu («communio sanctorum fidelium»).

En cuanto al primer aspecto, la «communio Sancti» la Iglesia-comunión es sacramento a través del cual el Espíritu obra la comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Por su parte, el segundo nivel de sacramentalidad de la Iglesia se condensa en la Eucaristía. «La eucaristía es el ‘sacramentum unitatis’, el pan único de donde nace el único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, en la fuerza del Espíritu. La palabra y el pan son en la eucaristía el sacramento de donde nace la comunión eclesial...»<sup>8</sup> Pero a su vez, la comunión eclesial «es toda ella ministerial», no se cierra en sí misma sino que se propone como signo para el mundo «que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tu me enviaste» (Jn 17, 21). Finalmente, la Iglesia es comunión de «los santos», el cristiano es el ungido por el Espíritu pues cada bautizado participa del único Espíritu santo y sobre el se derraman la variedad de sus dones: «En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común» (1Cor 12, 7). «Todo cristiano es un ‘carismático’, si reconoce y acoge el don de Dios; la fantasía del Espíritu es inagotable y su obra es incansable. Ningún bautizado tiene derecho al desempleo, ya que cada uno por su parte está dotado de carismas que ha de vivir en el servicio y en la comunión. Ninguno tiene derecho a la división, ya que los carismas proceden del único Espíritu y están ordenados a la construcción del único cuerpo del Señor, que es la Iglesia (cf. 1Cor 12, 4-7). Ninguno tiene derecho al estancamiento o a la nostalgia del pasado, ya que el Espíritu es siempre vivo y operante, es la novedad de Dios y el Señor del tiempo futuro.»<sup>9</sup> La comunión es así el misterio más íntimo de la Iglesia, se funda en la Trinidad, se realiza por la acción del Espíritu en la Iglesia «semper renovanda et purificanda», y se derrama ministerialmente como obra del mismo Espíritu, a través de la Iglesia, buscando la unidad en la variedad de los hombres y de los pueblos.

El designio de unidad del género humano como proyecto del Padre que envió a su Hijo, y es actualizado por la obra del Espíritu, pone a la Iglesia como lugar de encuentro, espacio y tiempo de comunión en la variedad de las geografías y de los procesos históricos. La tensión propia entre la unidad y la variedad de la presencia y de las formas eclesiales, ha sido reflexionada en el Vaticano II en términos de relación entre Iglesia universal e iglesias particulares. La afirmación más significativa está en *Lumen gentium*: «Cada uno de los obispos, por su parte, es el principio y fundamento visible de unidad en sus iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal (*ad imaginem Ecclesiae universalis formatis*). En ellas y a partir de ellas (*in quibus et ex quibus*) existe la Iglesia católica, una y única.» (LG 23). De esta manera, la cuestión de la comunión en la Iglesia ha de reflexionarse en términos nuevos; para algunos teólogos se trata de superar una visión extremadamente unificadora propia del segundo milenio del cristianismo representado por el singular «la Iglesia», para recuperar todo el peso del plural «las iglesias» más propio del primer milenio y de los inicios del cristianismo. Esta problemática hoy constituye un debate de gran importancia, y de no pocas consecuencias para la vida de la Iglesia, de las Iglesias y de la *forma* del cristianismo del tercer milenio. La «teología de la Iglesia local» será, por lo tanto, el segundo paso en la reflexión que venimos realizando.

## 2. Teología de la Iglesia local

*Lumen gentium* 23 enseña con firmeza: «En ellas y a partir de ellas (*in quibus et ex quibus*) existe la Iglesia católica, una y única.» Las iglesias particulares o locales, congregadas en torno a la presencia del obispo como principio y fundamento visible de unidad, realizan la *Catholicam*, *hic et nunc*. Por lo tanto,

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, 64.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 65-66.

católica no es sin más equivalente a universal. Con razón observa Pié-Ninot que el obstáculo mayor para la comprensión adecuada de la relación entre Iglesia universal e Iglesia local está en concebir ambas como dos realidades «existentes y diversas».<sup>10</sup> No se trata de dos realidades existentes de manera autónoma, sino de la única Iglesia de Cristo a la que es inherente la doble dimensión de la catolicidad y la localidad. Por ello el eclesiólogo español sugiere usar con cautela el término «universal», y recuperar el sentido original de «catolicidad» como «plenitud» que se realiza en las Iglesias locales, o mejor, en la comunión de las Iglesias locales presididas por la Iglesia de Roma y su obispo, el Papa. «De ahí que la catolicidad de la Iglesia de Cristo se realice en cada una de las iglesias locales, se haga presente en ella en todas las iglesias locales, a partir de la cuales está constituida: he ahí la virtualidad decisiva del binomio conciliar *Ecclesia in et ex ecclesiis* (LG 23). Esta una y única Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia católica romana, según la matizada fórmula *subsistit in* de LG 8 que evita el exclusivismo...»<sup>11</sup> Como antes he señalado, una visión clara en la comprensión del «misterio de comunión» de la única Iglesia de Cristo no tiene pocas consecuencias, tanto para la vida de las Iglesias locales como para el necesario y complejo diálogo ecuménico. Es por ello que se hace urgente una consideración atenta de los elementos propios de la teología de la Iglesia local acentuando sus fundamentos y señalando sus riesgos, especialmente algunos malos entendidos que al respecto pueden surgir. Con razón ha observado la Congregación para la Doctrina de la fe en *Communio notio*: «La Iglesia universal es, pues, el *corpo de las Iglesias*, por lo que se puede aplicar de *manera analógica* el concepto de comunión también a la unión entre las Iglesias particulares, y entender la Iglesia universal como una *comunión de Iglesias*. A veces, sin embargo, la idea de comunión de Iglesias particulares, es presentada de modo tal que se debilita la concepción de la unidad de la Iglesia en el plano visible e institucional.»<sup>12</sup> La observación hecha por la Congregación ofrece dos elementos clave: en primer lugar, es legítimo y oportuno hablar de una «comunión de Iglesias» cuando se piensa en la *Catholica*, la cuál se realiza en las Iglesias locales; en segundo lugar, ha de hablarse de ello evitando debilitar la comprensión de la unidad de la única Iglesia de Cristo. El ahora cardenal Ratzinger, siendo reconocido teólogo, da el trasfondo trinitario a este misterio de comunión de las Iglesias: «La unidad de la Iglesia estriba en la perijóresis de las ‘Iglesias’, en la perijóresis del oficio episcopal, en la compenetración del nosotros y de la vitalidad múltiple que hay en ella.»<sup>13</sup>

Ciertamente, no se trata de un modo de hablar que resulte común, raramente -pero no sin excepciones- en Argentina se escuche a un Obispo hablar de su Iglesia local y referirse a la «comunión de las Iglesias». Las enseñanzas del Vaticano II, en este punto, no parecen haber calado muy hondo. El plural «Iglesias», que adquirió carta de ciudadanía en el último concilio, no ha podido hacerse el lugar necesario junto al singular «la Iglesia». Será necesario afianzar en nosotros la comprensión de que la *Catholica* no existe como realidad autónoma, sino sólo en cuanto se realiza, concreta e históricamente, en y a partir de las Iglesias locales. Esta es la *communio ecclesiarum* que no compite con la visión de la única Iglesia de Cristo. Sin embargo, diversos factores, extra e intraeclesiales, han contribuido a que una renovada centralización haga perder peso a las Iglesias locales en favor de la compacta visión de la única Iglesia, donde ya no luce su variedad y riqueza sino una cierta uniformidad. Así, una adquisición importante en la visión renovada de las Iglesias que se alcanzó a fines del segundo milenio, corre serio riesgo.

«El paso decisivo que reinserta la idea de Iglesia y de ministerio del segundo milenio en el horizonte del concepto bíblico-patristico de Iglesia y la interpreta así en forma nueva, consiste en que la constitución sobre la Iglesia devuelve al plural, “las Iglesias” su carta de naturaleza teológica dentro de la Iglesia católica y en la ecumene. Es cierto que

<sup>10</sup> Cf. PIÉ-NINOT, «*Ecclesia in et ex ecclesiis*», 86.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 87.

<sup>12</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Communio Notio Carta a los obispos de la Iglesia Católica acerca de algunos aspectos de la comprensión de la Iglesia como comunión* (1992), n° 8.

<sup>13</sup> J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios*, Barcelona 1972, 239.



prevalece aún, por razones fácticas, el singular “la Iglesia” para expresar la *ekklesia* una y universal de Dios (cf. cap. I y II de LG); pero esto no impide que en la visión fundamental de esta constitución y de muchos otros textos conciliares, las iglesias locales y particulares posean el mismo rango teológico que la Iglesia universal.»<sup>14</sup>

Una teología de la Iglesia local que pretenda renovar profundamente los tratados eclesiológicos, y la visión concreta de todo el Pueblo de Dios, tendrá que instalar en la conciencia eclesial del tercer milenio la noción clara de ese «mismo rango teológico» existente entre la Iglesia local y la *Catholica*. Como observaba H. Legrand en el encuentro anual de la Sociedad Argentina de Teología: «Llegamos ahora a lo que hay más de nuevo en el Vaticano II. Más allá de la afirmación de que la catolicidad de la Iglesia entera se nutre de la riqueza de las diversas iglesias locales, el Vaticano II va a afirmar la catolicidad misma de la Iglesia diocesana en algunos pasajes breves pero decisivos desde el punto de vista de la teología sistemática.»<sup>15</sup> El mismo teólogo resalta los elementos fundamentales que al respecto aportó el último concilio ecuménico, en *Christus Dominus* 11, como constitutivos de la Iglesia local: 1) La diócesis es una *porción* y no una parte del pueblo de Dios; 2) El evangelio funda y juzga la Iglesia local; 3) La eucaristía manifiesta la Iglesia local como cuerpo de Cristo; 4) El ministerio pastoral da testimonio de la catolicidad de la Iglesia local; 5) El Espíritu Santo vuelve a las iglesias diocesanas sujeto de derecho y de iniciativa a nivel local y en el ámbito de la comunión de las Iglesias.<sup>16</sup> En efecto:

La diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía al obispo para que sea apacentada en colaboración de su presbiterio, de suerte que, adherida a su pastor y reunida por él en el Espíritu santo por medio del evangelio y la eucaristía, constituye una Iglesia particular, en que se encuentra y opera verdaderamente (*vere inest et operatur*) la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica (CD 11).

Cada uno de los elementos apuntados por el decreto sobre el *oficio pastoral de los obispos*, merece un adecuado desarrollo. En particular, el uso de *portio* en lugar de *pars* -la discusión se puede consultar en las actas conciliares- está señalando agudamente el grave error conceptual que está latente en la comprensión de las iglesias particulares como *partes* de la iglesia universal. De allí la preferencia, aunque ni en los documentos ni en el nuevo código se tome partido, por el uso de los términos: Iglesias locales e Iglesia católica.

No tiene menor valor la teología episcopal y la cuestión de la colegialidad; en efecto, la doctrina sobre la sacramentalidad del episcopado (cf. LG 21) vincula estrechamente la dignidad propia del obispo a la dignidad de la Iglesia local. De ello se sigue una efectiva descentralización de la iglesia y una aplicación coherente del principio de *subsidiariedad*; entonces, lo que puede ser hecho a nivel de la iglesia local, no tiene porque ser hecho a otro nivel.<sup>17</sup> Sólo la iglesia local sabe de sus necesidades, de sus límites y de sus posibilidades. La iglesia local deberá desarrollar todas sus virtualidades, y los presbíteros tenemos una

---

<sup>14</sup> M. KEHL, *La Iglesia. Eclesiología católica*, Salamanca 1996, 340-341. En adelante *La Iglesia*.

<sup>15</sup> H. LEGRAND, *Iglesia(s) local(es), Iglesias regionales o “particulares”, Iglesia católica. Dossier de hechos y reflexión sistemática*, en J. C. SCANNONE – PROFS. DE SAGRADAS ESCRITURAS – H. LEGRAND – T. MIFSUD – M. GONZALES – G. FARREL – J. A. SONEIRA, *Iglesia universal. Iglesias particulares*, Bs. As., 2000, 133. En adelante J. C. SCANNONE Y OTROS, *Iglesia universal. Iglesias particulares*.

<sup>16</sup> Cf. H. Legrand, *art. cit.*, 134-138.

<sup>17</sup> En una conocida y encendida polémica de alto nivel, el cardenal W. Kasper ha expresado su disenso respecto a ciertas posturas del cardenal Ratzinger, denunciando distancias entre las enseñanzas del Vaticano II y la actual praxis eclesial: «El obispo local no es el delegado del Papa sino alguien enviado por Jesucristo, quien le confió una responsabilidad personal. Mediante su consagración sacramental, recibe la plenitud del poder que necesita para gobernar su diócesis. Esta es la enseñanza del Concilio Vaticano II.

La comprensión de la misión del obispo hubiera llevado a la descentralización en el gobierno de la Iglesia. Sucedió lo contrario: después del Concilio se recuperó la tendencia a la centralización.»: W. KASPER, *Acerca de la Iglesia*, <http://www.servicioskoionia.org/relat/281.htm>

importante tarea de colaboración y servicio con el obispo, y con nuestras iglesias locales, en las distintas instancias de la acción pastoral. Hay un sentido de *pertenencia* a las iglesias locales que quizás no hemos cultivado suficientemente, y que es fundamental para el fortalecimiento y rejuvenecimiento de nuestras iglesias. También las congregaciones y movimientos pueden y deben cultivar una vivencia local de la catolicidad que no disminuye, sino que afianza y enriquece el propio carisma. No se trata de una alternativa entre iglesia local e iglesia universal, sino de una vivencia de la catolicidad que se encarna en la iglesia local porque, de hecho, la iglesia universal no existe como entidad autónoma. Pues, «la Iglesia es inseparablemente local y católica. No se puede encontrar más que en donde el *katholou* (el todo, la plenitud) del don escatológico del Espíritu viene a plantar en los lugares de la historia la realidad de la humanidad nueva (*kainé*), la que no es de este mundo.»<sup>18</sup>

Por ello, más allá de la doctrina de la sacramentalidad del episcopado, hay también motivos antropológicos que conducen a la valoración de las iglesias locales. El evangelio de la salvación se proclama a hombres concretos, históricamente situados, insertos en una red de relaciones, arraigados en una determinada historia y cultura. En este marco cobra nuevo vigor el segundo término de la afirmación neotestamentaria: «la Iglesia de Dios *que está en Corinto, en Tesalónica.*» Este segundo término es tan esencial como el primero, abstraerse de esta pertenencia concreta a la Iglesia de Dios constituye un arriesgado intento de universalización, que bien podría catalogarse de docetismo espiritual. En otras palabras, el servicio a toda la Iglesia de Cristo ha de encarnarse siempre y muy concretamente para evitar una pertenencia abstracta, infecunda y evasiva.

Es la iglesia local, en sus miembros, la que vive una singular confrontación con el Evangelio que juzga y salva. «La Iglesia local aparece así como el agente de una exégesis (o de una hermenéutica) de la palabra que explicita su sentido “católico” por su relación con la trama concreta del “lugar humano”.»<sup>19</sup> No se trata de una lectura privatizada del Evangelio por parte de la iglesia local, sino de una comprensión *catholica* que deja penetrar la Palabra en la propia entraña, historia y cultura, y busca responder en la fe y en la praxis a esa Palabra salvadora. Este principio, reconocido por lo general en la teoría, implica también una praxis, mejor aún, una revisión de la praxis, en donde la integración y la sana diferenciación tengan igual derecho de ciudadanía, sin que caiga, ésta última, bajo la sospecha de intento de ruptura o violación de la intocable unidad en su versión de uniformidad. Sólo a condición de que se valore plenamente «la pluralidad originaria y equivalente de las iglesias locales» habrá una Iglesia en sentido pleno.<sup>20</sup>

En la búsqueda de un nuevo equilibrio en la relación entre Iglesia Catholica e Iglesias locales, no se puede caer en entusiasmos rápidos ni en miedos exasperados, más bien ha de mantenerse una vigilancia prudente dictada por visiones claras y convicciones profundas. Por ello son tan valiosas las observaciones de Kehl: «A nadie puede extrañar que no sea fácil realizar esta relación mutua después de una praxis *unilateral* que dura siglos. Cada parte corre casi inevitablemente el riesgo de tomarse en serio con exclusividad y renunciar al equilibrio que sólo se alcanza en el diálogo constante, abierto y sereno. Por eso se requiere en la Iglesia la enmienda *recíproca* permanente contra la excesivas pretensiones de la otra parte.»<sup>21</sup> ¿Cómo penetrar el misterio de la Iglesia como *communio ecclesiarum* evitando los riesgos de una centralización y una disgregación igualmente nocivas? En la analogía de los misterios, la teología eucarística ofrece luces de singular valor.

---

<sup>18</sup> J.-M. R. TILLARD, *La Iglesia local. Eclesiología de comunión y catolicidad*, Salamanca 1999, 22-23. En adelante *La Iglesia local*.

<sup>19</sup> TILLARD, *La Iglesia local*, 148.

<sup>20</sup> Cf., KEHL, *La Iglesia*, 343.

<sup>21</sup> KEHL, *La Iglesia*, 343.

### 3. Eucaristía e Iglesia local

Como la doctrina de la sacramentalidad del episcopado, la doctrina eucarística está íntimamente ligada a la teología de la Iglesia local, y en relación de reciprocidad con la primera. En el último concilio ecuménico las tres configuran un trío inseparable iluminándose mutuamente y desplegando, en su conjunto, virtualidades nuevas que no alcanzan por separado. En ese sentido pueden considerarse como criterios, unas de otras, en la búsqueda de un desarrollo dialéctico para una comprensión renovada de la *communio ecclesiarum*.

En vísperas del próximo Congreso eucarístico es oportuno refrescar y repensar la relación entre la eucaristía y la Iglesia local; ahondado dicha relación podemos esperar una mayor y mejor comprensión de ambos misterios, en orden a una vivencia ministerial más intensa, ligada de manera especial a nuestras Iglesias locales, y a sus comunidades parroquiales.

Ante todo, corresponde remontarse al punto de partida del misterio de la comunión eclesial, es decir, la mismísima Trinidad. La Iglesia comunión «viene de la Trinidad», refleja en el tiempo la comunión trinitaria y se orienta totalmente a ella. Por ello la Iglesia comunión es lugar de la Alianza; en un lugar y en un tiempo determinado, en un pueblo concreto penetra la novedad del Espíritu, que procede del Padre por el Hijo. Esta irrupción del Espíritu garantiza el compromiso del Dios cristiano con la historia humana, con las historias humanas; por su acción histórica el misterio trinitario de comunión se traduce en misterio humano de comunión. La eucaristía, que se celebra en un lugar y tiempo precisos, constituye un momento culminante de la acción del Espíritu que fecunda la historia de los hombres. En ella, y a través de ella, se renueva constantemente la alianza entre el cielo y la tierra, entre la vida divina y la vida humana. Por ello es «fuente y culmen» de toda la vida cristiana, no sólo de la vida de los bautizados tomados individualmente, sino, en un sentido más fuerte, de la vida cristiana de la Iglesia de Dios que está *en Córdoba, en Orán, en San Nicolás*, etcétera.<sup>22</sup> En la eucaristía, entonces, brillan de un modo especial las dos dimensiones que hacen al misterio de la *communio ecclesiarum*.

«En la eucaristía se asumen y superan las tentaciones opuestas -“crismonista” “congregacionista/pentecostal”-; la eucaristía es el acontecimiento del Espíritu al mismo tiempo que institución de Cristo, transmitida fielmente por la Iglesia; es novedad carismática y al mismo tiempo continuidad en la “traditio Ecclesiae”, estructurada ministerialmente; es el “ya” confiado por el Señor y al mismo tiempo garantía del “todavía no” de su promesa.»<sup>23</sup>

De manera casi palpable en la eucaristía reluce el misterio de comunión, sobre todo cuando la única acción de gracias de Jesucristo es celebrada según la pluriformidad del Cuerpo de Cristo inculturado en la diversidad de los pueblos, de las tradiciones y de las geografías. En y por la eucaristía se afianzan tanto la catolicidad como la localidad de la Iglesia de Dios. La eucaristía, que une el cielo y la tierra, une admirablemente *in acto* dos aspectos indisolubles y centrales del misterio eclesial. Por su misma naturaleza la eucaristía está ligada a una comunidad celebrante concreta, situada; de allí que la Iglesia que se expresa y renueva en cada eucaristía es la Iglesia local, pero en el marco de la no menos significativa *communio ecclesiarum*. Es la plenitud del misterio de Cristo, celebrado en el memorial pascual, el que se ofrece a la comunidad cristiana local presidida por su obispo. Por ello, es la *Catholica*, en la pluriformidad inagotable

---

<sup>22</sup> Es muy clarificadora la observación que hace Tillard, *La Iglesia local*, 143: «Pongamos tan sólo un ejemplo. En plena eucaristía, la liturgia del Congo expresa la relación de los congoleños con el Dios Salvador de una forma propia, inimitable para los demás pueblos (so pena de caer en lo ridículo), y en donde se libera una búsqueda de sentido sumergida en las profundidades del alma popular. Lo mismo ocurre, analógicamente, con los cantos litúrgicos de los negros americanos que sólo puede inspirar una cierta experiencia, un alma común, un destino de sufrimiento común -¿se ha visto alguna vez a un italiano escribiendo un *negro espiritual* o un *gospel*?-, pero que expresan de una forma desconcertante uno de los registros de la palabra dicha por Dios a su pueblo en el sufrimiento.»

<sup>23</sup> FORTE, *La Iglesia, icono de la Trinidad*, 68.

que obra el Espíritu fiel a Cristo, la que se realiza en y a través de las comunidades eucarísticas locales; ellas son la expresión viva de la pertenencia de Dios a su pueblo sellada en la Alianza nueva, y de la renovada respuesta del Pueblo de Dios en los pueblos de la tierra a la oferta de esa misma Alianza. Por y en la eucaristía, el misterio de comunión que es la Iglesia de la Trinidad, se expresa y hace presente a lo largo y a lo ancho de la historia humana.

Unidad, catolicidad y apostolicidad se predicán con propiedad de la Iglesia local, que sin agotarlas las encarna y realiza en el dinamismo vital de su constante acción de gracias. Bruno Forte lo fórmula sintética pero bellamente:

«La comunidad eucarística local, recogida bajo la presidencia del obispo, signo y ministro de la unidad de la Iglesia local, es una por el único Espíritu y el único Cuerpo de Cristo, que la santifica; es católica, porque representa en plenitud (*kath'olou*) el misterio del Señor, presente en la historia y realizando la reconciliación con el Padre; es apostólica, porque se pone en continuidad con la tradición apostólica de obediencia al mandato de Jesús: “Haced esto en conmemoración mía” y está estructurada ministerialmente en orden a la realización de la misión apostólica.»<sup>24</sup>

En la perspectiva de una eclesiología eucarística, como le gusta reflexionar al teólogo napolitano, no hay partes en la Iglesia, sino que la única Iglesia de Cristo se hace plenamente presente en todas las comunidades eucarísticas locales, de tal modo que ellas son la Iglesia arraigada, realizada y viviente, en un lugar y en un tiempo determinado. Ahora bien, la unidad, catolicidad y apostolicidad de la única Iglesia de Cristo resplandece en las Iglesias locales por su dinamismo, su vitalidad de comunión. Este misterio de comunión tiene, por su origen trinitario, por su realización histórica y por su destino escatológico, un carácter propio que se ha plasmado en la *traditio Ecclesiae* en la *forma* de la sinodalidad. Un paso ulterior en la comprensión de la *communio* que se realiza en las Iglesias locales, será explicitar el alcance y el sentido del dinamismo sinodal como carácter propio y figura de las Iglesias.

#### 4. Sinodalidad

¡Cuántas veces hemos escuchado decir, en nuestra formación sacerdotal y en los ámbitos eclesiales: “la Iglesia no es democrática”!; dicha sentencia, ¡como si se tratase de un dogma inapelable, aunque nunca definido!, se reforzaba frecuentemente apelando a la necesaria obediencia. La afirmación, en sí indudable, sin embargo, oculta sobre el misterio de la Iglesia mucho más de lo que dice. Y ocultando tergiversa su realidad, y finalmente desprecia su riqueza. ¿Cómo es posible fundamentar esta última afirmación?

Es un hecho contundente que la relación entre participación y autoridad constituye un problema común en todo cuerpo social. Hoy, en el mundo occidental el sistema democrático pretende articular de la mejor manera posible dicha relación. En la Iglesia, la común problemática de la relación entre participación y autoridad se concreta de manera especial, porque la autoridad no es delegada por el pueblo sino fruto de un carisma del Espíritu comunicado sacramentalmente. Pero, ¿eso significa sin más que la Iglesia no es democrática? No, lo que ello significa es que la relación entre participación y autoridad, en la Iglesia, tiene un carácter específico, propio, adecuado a su estructura, a su ser más profundo. Comunión y participación no son neologismos, ni términos posmodernos; hay registros de una intensa comunión y participación eclesiales ya en las comunidades primitivas como también en las Iglesias de los primeros siglos. Buena parte de esa comunión y participación se ha expresado en los *Sínodos*, más frecuentes en el primer milenio, un tanto postergados en el segundo, aunque también presentes, sea en el viejo como en el nuevo continente. ¿Qué nos enseña la larga tradición sinodal sobre la Iglesia, y las Iglesias?

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, 70.

En primer lugar, que la relación entre autoridad y participación ha tenido y tiene en la única Iglesia de Dios *que está en Córdoba, en Luján, en Buenos Aires...*, una modalidad clara y precisa que no siempre ha sido suficientemente valorada y enseñada. El *dinamismo sinodal* es expresión del carácter propio de la Iglesia comunión, y de la *communio ecclesiarum*. Por lo tanto, si la democracia es improponible en la Iglesia, no lo es la comunión y participación en el respeto de la autoridad; pero, a su vez, la autoridad en la Iglesia tiene un carácter del todo singular. Esto no siempre se acentúa suficiente y concretamente; la autoridad del ministro sagrado en la Iglesia tiene también un sentido específico:

«Su autoridad, no obstante, no es autocrática: el sacramento sobre el cual ella se funda no es patrimonio personal del sujeto que lo recibe ni de aquel que lo transmite, porque es don de Cristo a la Iglesia: la autoridad del ministro ordenado, por lo tanto, tiene sentido sólo en cuanto no se sobrepone a la Iglesia, casi desde afuera, sino que permanece siempre un factor interno a su vida.»<sup>25</sup>

Es decir, el rol específico que el carisma otorga a cada sujeto en la vida eclesial exige una valoración, atención y cuidado equivalente, y aún superior a aquel que se le concede a la voluntad del pueblo, y al mandato recibido del mismo. Es la estructura de la Iglesia misma, en su naturaleza carismática, la que solicita una clara valoración de los carismas específicos que conceden a quienes los poseen una competencia específica, la cual ha de ser escuchada y receptada por parte de quien no los posee. Ahora bien, «La praxis católica no ha desmentido jamás los elementos teológicos de fondo que sostienen la sinodalidad, como el valor de la comunión, la conciencia de los carismas, la realidad del sacerdocio común. De esta raíz han germinado y florecido innumerables formas de conciliaridad, desde las asambleas ecuménicas a los concilios provinciales, al sínodo de los obispos, a las conferencias episcopales, a los sínodos diocesanos, a los consejos pastorales.»<sup>26</sup> Por lo tanto, la marcha de la Iglesia local no se regula por el sistema democrático, sino por otros mecanismos de participación y comunión, de corresponsabilidad. Este mecanismo, llamado sinodal, implica que toda la comunidad se mantiene activa y viva, en todos los escalones e instancias, dentro del sano respeto a las funciones propias de aquellos que las han recibido por el sacramento.

Todas las instituciones de carácter sinodal que existen en las Iglesias locales, desde el Sínodo diocesano, el consejo pastoral diocesano, el consejo pastoral parroquial, etcétera, ofrecen sus aportes al obispo, o al párroco, a quienes compete la recepción de sus propuestas. Ahora bien, «Por eso, correlativamente, se afirma con la misma fuerza que la dependencia del obispo o del párroco respecto a las manifestaciones del *sensus fidei* de los fieles (por tanto, del “*sensus fidelium*”) no tiene nada de secundario, nada que pudiera fácilmente soslayarse en conciencia. Esta dependencia *es tan esencial para la vida de la Iglesia local como la toma de decisión propia del pastor.*»<sup>27</sup> Es en relación a estas cuestiones que se hace necesario recordar los derechos y deberes que todos los fieles tienen, basados en los sacramentos de la iniciación cristiana, y la función propia del ministro ordenado: ambos, conjuntamente, conforman en sus funciones específicas la estructura sacramental de la Iglesia local. Esta constitución sacramental de la Iglesia, «comunidad sacerdotal y reino de sacerdotes» (Cf., 1Pe 2, 5.9), precede y condiciona todas las formas jurídicas y pastorales que regulan la vida de la Iglesia local, en su búsqueda de una renovada fidelidad al evangelio de Jesucristo.

Tanto en las instancias de mayor incidencia pastoral como en las de menor alcance, el principio de subsidiariedad es un instrumento valioso cuando se aplica acertadamente y con todas sus consecuencias:

---

<sup>25</sup> S. DIANICH, *Sinodalità*, en G. BARBAGLIO–G. BOF–S. DIANICH (CUR.), *Teologia*, Cinisello Balsamo (MI) 2002, 1528. La traducción es mía.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 527.

<sup>27</sup> TILLARD, *La Iglesia local*, 357-358.

«La subsidiariedad supone un determinado tipo de liderazgo que, teniendo claro quién es el responsable final de las acciones de una comunidad, ejerce la conducción sin coartar, más aún motivando la iniciativa de la gente; un tipo de liderazgo con sentido de trabajo en equipo, de delegación de responsabilidades y reconocimiento de la competencia especializada de otros, que busca continuamente el diálogo y se somete a los cambios justos que él reclama, que estimula el crecimiento de los integrantes de su comunidad y propicia la creatividad y el compromiso, que favorece la creación de ambientes de confianza donde hay un amplio lugar a las diversas opiniones y al disenso, etc., y que, finalmente, desemboca en decisiones transparentes.»<sup>28</sup>

Un capítulo no menos importante, ligado a la sinodalidad, es la cuestión ecuménica. La práctica sinodal, con formas propias y distintas a como se realiza en el ámbito católico, tiene amplia difusión en las Iglesias reformadas. Un mayor conciencia y ejercicio de sinodalidad en el ámbito católico es fundamental en el itinerario ecuménico. No es casual que en la última declaración conjunta, la Iglesia Católica y la Iglesia anglicana, traten sobre *El don de la autoridad*, y la sinodalidad ocupe un puesto especial: «En cada Iglesia local todos los fieles están llamados a caminar juntos en Cristo. El término *sinodalidad* (derivado de *syn-hodos*, que significa “camino común”) indica la manera en que los creyentes y las Iglesias se mantienen juntos en comunión cuando hacen esto. Expresa su vocación como pueblo del “Camino” (cf. *Hech 9,2*) para vivir, trabajar y caminar juntos en Cristo que es el “Camino” (cf. *Jn 14,6*). Ellos, como sus predecesores, siguen a Jesús en el camino (cf. *Mc 10,52*) hasta que venga de nuevo.»<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> C. SCHICKENDANTZ, *¿Adónde va el papado?*, Reinterpretación teológica y reestructuración práctica, Bs. As. 2001, 125.

<sup>29</sup> Relación de la Comisión Internacional Anglicano-Católica Romana (ARCIC), *El don de la autoridad*, 1999, n° 34.

## En Búsqueda De Una Pastoral Mística

Reflexiones sobre Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización (año 1990)  
y Navega Mar Adentro (año 2003)

P. Jorge Eduardo Scheinig<sup>30</sup>  
Diócesis de San Isidro

Podemos hacer muchas reflexiones a partir de estos dos documentos del Episcopado Argentino. Nacieron en distintos años, y por lo tanto en contextos bien diferentes, sin embargo, me interesa resaltar aquello que podríamos caracterizar como una posible línea de “continuidad” por un lado, y lo que habría de “novedad” por otro.

Hablar de continuidad, no significa necesariamente falta de creatividad, o falta de actualización. Por el contrario, me interesa detectar aquellas líneas permanentes que van surgiendo, en las cuales, la reflexión pastoral de la Iglesia en la Argentina, acentúa e insiste, tanto por intuición, como por búsqueda común de obispos, agentes de pastoral, y por el soplo particular del Espíritu de Dios, para este tiempo determinado.

La novedad, indicaría, superación, complementariedad, descubrimiento, actualización, y cierta ruptura. No se puede abordar la realidad y la historia, sin “hacer pie” en ella, pero tampoco se podría “animar”, “darle ánimo”, “llenarla del Espíritu”, sin intentar, “hacer saltos” cualitativos. ¿Se estará dando algún salto?, ¿Cuál?

En esta continuidad y novedad, podríamos encontrarnos con cierta “sabiduría pastoral”, fruto de la práctica pastoral, del consenso, de la reflexión teológica, del discernimiento espiritual, de la oración, la celebración y de la vida puesta al servicio de la evangelización.

En todo esto, reflexión y práctica pastoral, por momentos más claras, y por momentos confusas y desordenadas, deberíamos hallar como una “clave”, una “llave” que nos siga ayudando a abrir puertas, y nos facilite “el encuentro” entre Jesús, el hombre, los hombres y la realidad de la vida cotidiana. ¿Existirá esa llave?

Recuerdo que tengo en cuenta sólo estos dos documentos del Episcopado: Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización y Navega Mar Adentro.

Las características en su motivación, preparación, reflexión, concreción y redacción, hacen a ambos documentos, de alguna manera, depositarios de una “conciencia pastoral colectiva”, explícita o implícita. Muchos pueden ver reflejados en ellos, logros, realizaciones de prácticas pastorales concretas, tanto personales como comunitarias y otros, ver escritos deseos, anhelos y aspiraciones de una pastoral nueva y distinta; por supuesto, otros no sentirse expresados o involucrados. Pero algo nos están “diciendo”.

Es importante intentar descubrir, si el Espíritu del Señor nos está sugiriendo algunas líneas, que entonces sí, estarían más allá de lo escrito y serían la verdadera novedad.

Éste discernimiento, es una tarea de todos los que creemos que el Reino es una semilla que crece.

---

<sup>30</sup> El Pbro. Jorge Eduardo Scheinig, es párroco en San Fernando, diócesis de San Isidro. Estudioso y divulgador de metodología pastoral.

## **Continuidad:**

En los dos documentos, podemos encontrar algunas constantes. Aquí, podemos encontrar elementos de continuidad.

- Los dos documentos están precedidos por consultas: LPNE, por la Consulta al Pueblo de Dios, y a teólogos y pastoralistas. NMA, por la Consulta a las Iglesias Particulares y Comunidades Cristianas. En el caso de NMA, también se realizó una encuesta, en el ámbito nacional, realizada por una consultora, y entrevistas personales y por carta a teólogos y pastoralistas de la Argentina.
- El esquema es similar: Desafío, (Marco de la Realidad); Núcleo Teológico, (Marco Doctrinal); El Espíritu que ha de animarnos o Criterios Pastorales, (Criterios); Acciones Destacadas, (Acciones).
- Se ha intentado en ambos documentos encontrar una “**línea articuladora**” entre los Desafíos, el Núcleo, los Criterios y las Acciones. No son capítulos separados, se entienden y complementan en el todo. A esto debemos prestar atención.
- En el caso de LPNE, esa articulación está dada por el binomio: fe en Dios – dignidad humana. En el caso de NMA, la articulación está dada por el binomio: Dios Trinidad – dignidad humana en y por la comunión.
- En el caso de LPNE, la articulación se da en la correspondencia entre: secularismo e injusticia (Desafíos); la fe que dignifica al hombre, (Núcleo); los criterios pastorales, (el Espíritu que ha de Animarnos); y las acciones destacadas: bautismo, formación permanente y opción por los pobres, débiles y enfermos.
- En el caso de NMA, la articulación corresponde a una novedad e intento de avance tanto en el marco interpretativo de la realidad, como en la reflexión teológica, que se intenta hacer en clave de “discernimiento pastoral”. Lo vemos más adelante.
- Al sostener un mismo esquema, se intenta, de alguna manera, proponer “un tipo de metodología pastoral”. Un esquema más desarrollado y superador del tan valioso método: “ver – juzgar – actuar”. Método eficaz para un tiempo extenso de la vida pastoral de la Iglesia del último siglo.

El esquema de los documentos, nos muestra un proceso metodológico similar, “una manera de hacer reflexión pastoral”, que necesitamos tener en cuenta e intentar profundizar y en la medida de las posibilidades clarificar.

## **Novedad:**

Desde los primeros pasos, cuando se pensaba en el proceso para la elaboración del documento y desde los primeros trabajos de consulta, se tuvo la intención de generar “un camino de discernimiento pastoral”.

La motivación constante, estaba en llegar a las grandes líneas de acción, como fruto de discernimiento apostólico común, que ayudara a encontrar la Voluntad de Dios. Pero también, la misma lectura de la realidad, manifestada en las consultas, la reflexión teológica, la elaboración de los criterios y acciones, estuvo animada por ese espíritu de discernimiento pastoral.



- La línea articuladora del documento podemos expresarla de la siguiente forma:
  - El núcleo es Trinitario: **“Jesucristo resucitado nos da el Espíritu Santo y nos lleva al Padre. La Trinidad es el fundamento más profundo de la dignidad de cada persona humana y de la comunión fraterna”**. (NMA n° 50).
  - La mirada sobre la realidad esta centrada de alguna manera en el binomio: comunión-fragmentación.
  - Los criterios pastorales y las acciones, apuntan a destacar la necesidad de trabajar para la comunión, y la unidad de toda comunidad: familia, Iglesia, Nación, con el “modelo Trinitario” como telón de fondo.
  - Podríamos decir: la realidad esta llena de luces de comunión y sombras de fragmentación, la Trinidad, es el Dios Comunion que nos reveló Jesús en el Espíritu. La Iglesia no puede hacer otra cosa que proponer la experiencia animada y aprendida por el mismo Dios: la Comunion.
  - El “Rostro divino y humano de Jesús”, es el gran revelador de la Trinidad y del hombre. Jesús es el que vincula a los hombres con Dios y a los hombres entre sí.
  - Unidad, Comunion, no son entonces simples modos para buenas estrategias pastorales, son “la forma” a la que esta llamada a ser toda persona y grupo, como la familia, la Iglesia, la Nación. Así logramos alcanzar Su “imagen y semejanza”.

#### **Aquí esta el “salto cualitativo”:**

- Si en LPNE “la fe que dignifica” (n° 16), era el núcleo en el que se concentraba la propuesta pastoral para esos años, ahora en continuidad y complementariedad, “es la fe Trinitaria, es decir, la fe en y por la Trinidad, la que dignifica a cada hombre y a todos los hombres”. Allí esta el nuevo núcleo para el nuevo dinamismo pastoral de estos años.
- En NMA, la dignidad, es vista en su forma más personal, como en LPNE, pero se acentúa, desde la Trinidad, la forma comunitaria de la dignidad. El hombre es digno, y se hace digno, en comunión y en comunidad.
- La comunidad se expresa de distintas maneras y estilos en una cultura pluriforme. Se manifiesta como: familia, Iglesia, parroquia, vida consagrada, sociedades intermedias, y por supuesto, Nación, a la que por la coyuntura política y social se tiene especialmente presente en el horizonte del documento.
- Se constata en la realidad signos de fragmentación, y también una dinámica fragmentadora, la Iglesia se propone, **“sanar, afianzar y promover” los vínculos** del hombre y los hombres, con el Dios Trino, entre los hombres mismos, con la naturaleza y con las obras de su propia creación.
- Evangelizar la cultura es desde esta perspectiva, ayudar a “vincular lo fragmentado”, fundamentalmente al hombre y a los hombres. Al hombre y sus distintas formas de comunidades.
- Si en LPNE, podíamos decir que toda evangelización estaba bien realizada, en la medida en que se ayudaba a sanar, afianzar y promover la dignidad humana, con NMA, deberíamos decir, que toda evangelización es bien realizada en la medida que ayuda a sanar, afianzar y promover los vínculos del hombre, que siempre forman una comunidad.
- La pastoral de Jesús, era pastoral de vínculos, de los lazos más genuinos de los hombres con el Padre y de los hombres entre sí. Fraternalidad, amistad, comunidad, justicia, igualdad, están en el horizonte de una “pastoral Trinitaria”.

Deberíamos animarnos a dar un paso más y preguntarnos: ¿desde dónde se hace la reflexión pastoral?, ¿desde la realidad, manifestada en las distintas consultas?, o ¿desde un presupuesto teológico y de fe?

- El documento NMA, se construyó, teniendo en cuenta simultáneamente ambas dimensiones, absolutamente necesarias para el discernimiento pastoral: realidad y fe; fe y realidad, en permanente diálogo, articulación, interpelación mutua.
- Recordemos que el documento es pastoral, esto significa que el acento no está en la reflexión teológica pura, aunque la tiene y en abundancia, sino en la dimensión evangelizadora de la Iglesia que se concreta en acciones pastorales marcadas por las circunstancias de la realidad.
- Por este motivo, es novedoso el capítulo 1 de NMA, que no es de las mismas características que el capítulo 3 de LPNE. Mientras que en LPNE, al hablar del “espíritu que ha de animarnos”, se destacaban fundamentalmente actitudes pastorales de la Iglesia y de sus miembros, muy similares a lo que en NMA llamamos “criterios pastorales”, (capítulo 4); el capítulo 1 de NMA, intenta destacar la Acción del Espíritu Santo, en la Iglesia y el mundo, y “las notas de la espiritualidad que ha de animar esta nueva etapa misionera en nuestra Patria”.
- Este comienzo, iluminará todo el documento y le dará un “tono particular”, que en el capítulo 5, al hablar de Acciones Destacadas se expresará como: “La primacía de la Gracia en una pastoral orgánica centrada en la santidad”. Es como una gran “inclusión”: el Espíritu de Jesús es el que “realiza” la acción pastoral.
- Esto es novedoso: comenzar destacando “el Espíritu que no anima”, nos invita a incorporar en nuestra metodología pastoral una forma o estilo nuevo de reflexión, muy cercano a los métodos de discernimiento espiritual. Lo hablaremos más adelante.
- Los desafíos, del capítulo 2 de NMA, han sido cuidadosamente pensados. No se ha querido expresar la realidad en forma “negativa”. Así podría leerse el capítulo 1 de LPNE, cuyos desafíos se expresaban: “el secularismo, y la urgente necesidad de una justicia demasiado largamente esperada”. Después de muchos debates, los obispos prefirieron, hablar de desafíos, como aquellos aspectos de la realidad a los que hay que llegar tanto para proponerles una transformación o cambio, como para seguir animándolos en su propio dinamismo y en lo que tienen de positivo.
- La realidad, no es vista, entonces, como un lugar negativo al que hay que llegar con la Buena Noticia positiva, sino como un complejo entramado de luces y sombras, de positivo y negativo, con la que hay que volver a aprender a dialogar, para intentar “comunicarle” el Evangelio, no desde afuera, sino desde dentro de la realidad toda.
- Desafío, sería entonces, aquello en el que convergen dos situaciones, simultáneas y complementarias. Por un lado, en la misma realidad, positiva y negativa, encontramos como una “llamada”, que nos invita a “ir”, “salir” de nosotros mismos para entrar en un diálogo creativo y evangelizador. Pero por otra parte, aquel que conoce el Evangelio de Jesús, sabe hasta que punto, la misma Palabra quiere encarnarse, y hacerse presente en la realidad de todo hombre y de todos los hombres. Esa Palabra, nos interpela a “ir”, a “salir”. Ella misma es dinámica y provoca el “encuentro”, más allá de nuestras fuerzas y posibilidades.
- El desafío está como escondido y hay que encontrarlo en “la realidad” y “La Palabra”, que nos “llaman” y nos “hacen salir” al mismo tiempo, para que nuestra acción pastoral ayude a provocar el “encuentro Pascual”.
- En LPNE el capítulo 3 “El espíritu que ha de animarnos”, se presentaba como una serie de criterios pastorales, necesario antes de comenzar cualquier tipo de acción. En NMA, se llaman directamente,

“Criterios pastorales comunes” (capítulo 4). Se reconoce por tanto, en perfecta articulación con los desafíos, con el contenido de la evangelización, la necesidad de no pasar a la acción, sin acordar previamente, un cierto “modo” o “estilo” común, que ayudará en el intento de lograr una acción eficaz.

- Los “Criterios pastorales comunes” quieren orientar la acción pastoral desde un “estilo” de Iglesia más ajustada al discernimiento de la Voluntad de Dios.

## PRIMERAS CONCLUSIONES:

### ¿Hacia una nueva metodología pastoral?

Cuando hablamos de metodología pastoral, no estoy pensando en nuevas estrategias o dinámicas; ni siquiera en nuevas maneras de planificar u organizar. Me refiero a una situación más abarcativa de la acción pastoral.

El método es camino, que tiene al mismo tiempo “forma” y “fondo”, es decir, subsisten en él y al mismo tiempo, “formas” de hacer diagnóstico, redactar objetivos, criterios, estrategias, formular acciones, actividades y cronogramas, todo esto junto a un “fondo”, o espíritu original y originante de la acción.

La acción pastoral, es un “misterio” y en esa categoría debe permanecer.

El método pastoral, debe estar atento a ese misterio y saber soportar (saber portar, sostener) en sí mismo, el deseo y la fuerza del hombre que hace la acción pastoral y el deseo y la fuerza de Dios que hace la acción pastoral. Sostener “en unidad”, lo más legítimo de las formas humanas de organización, junto al dinamismo de la Gracia.

Podríamos decir que al clásico:

- “ver – juzgar – actuar”,

lo “transformamos”, “complementamos” y “recreamos” con un:

- “**creer** – ver – juzgar – actuar – celebrar”.

Pero los mismos pasos del ver, juzgar y actuar, tendrán un “tono distinto”, muy marcados por “el acto de fe” que hacemos al comienzo del proceso.

Los métodos pastorales son variados y ricos, pero percibo, que en estos dos documentos, se plantea una nueva propuesta metodológica, que se está gestando en la conciencia colectiva de la Iglesia y que podría sintetizarse en los siguientes pasos:

- **Manifestar nuestra fe.** Esto significa, afirmar nuestra identidad, que es desde donde miramos, y pensamos todo: la realidad y la vida. Necesitamos hacer un acto de fe en el Señor, animados por Su Espíritu, que nos hace hijos del Padre. Comenzamos por aquello que ya está en la conciencia de nuestras comunidades: la fe. Iniciar una acción pastoral por aquí, es “optar por un modo de ver”, y esto se transforma en lo original y originante de la acción evangelizadora. Es comenzar “reconociendo” (volver a conocer) al Señor, y “reconociéndonos” a nosotros mismos como discípulos y seguidores suyos.
- **Reflexionar sobre la realidad en clave de desafío.** No es un análisis sociológico de la realidad, (aunque lo contiene), es un análisis pastoral, donde la realidad interesa para ser evangelizada. Entendiendo por evangelización: “encuentro”, “diálogo”. La realidad y la Palabra, como la que nos llama e invita a ir y salir de nosotros mismo. Realidad y Palabra como las que “contienen la misión evangelizadora de la Iglesia”.

- **Proponer el contenido de la Nueva Evangelización.** La reflexión teológico – pastoral, implica buscar los contenidos que hacen “contacto” entre Dios y el hombre y su cultura actual. Se piensa la fe para anunciarla aquí y ahora, optando por aquello que se discierne como lo más adecuado para ser dicho hoy como Palabra viva de Dios al hombre.
- **Plantear los criterios pastorales comunes.** Antes de pasar a las acciones, es necesario “acordar” los criterios pastorales. La experiencia nos dice, que en una Iglesia diocesana o en una comunidad parroquial; en un clero, o en una encuentro de todo el Pueblo de Dios, es más fácil encontrar unidad a la hora de plantear objetivos o acciones, que a la hora de acordar “criterios pastorales comunes”, que son el intento de encontrar un mismo “estilo o modo” pastoral.
- **Lograr Acciones Destacadas.** Es lógico que a final de la propuesta pastoral, se propongan acciones pastorales, que son las “formas concretas” de lograr el “encuentro evangelizador”. En LPNE y en NMA, son suficientemente amplias, igual de amplias que los criterios, para que sean como “líneas orientadoras e inspiradoras”, de acciones pastorales más encarnadas por cada Iglesia Particular. Pero, en nuestras comunidades, deberán ser concretas y creativas, ya que en ellas debería estar plasmada la fuerza transformadora o dinamizadora de la realidad.
- **Celebrar.** En estos documentos, no está explícitamente redactada alguna forma de celebración, pero la misma redacción y estilo la sugieren. Sí está muy arraigada en la fe de nuestro pueblo y en nuestras comunidades, que viven celebrando en la esperanza aún cuando la realidad se presenta oscura. No obstante, hay mucho que recorrer en este punto.

Sin duda, cada uno de estos pasos, debería ser objeto de profunda reflexión, para encontrar más tarde, dinámicas y estrategias concretas que ayuden a grupos y comunidades a llevar éste método a la práctica.

**De esta forma el método pastoral, que va tomando elementos del “discernimiento espiritual”, se convierte en un modo de “Pastoral Mística”.**

Esta puede ser la llave de la que hablábamos al comienzo.

El místico es el que “ve” a Dios y al hombre en su realidad, con la “mirada del corazón”, que es una mirada poderosa en compasión y misericordia. Por eso sufre, se apasiona, se conmueve y desea hacer presente el Reino de Jesús con toda la vida, incluso a costa o más allá de su propia vida.

El pastor necesita desear ser místico y profeta, o más bien, debe intentarlo.

El método pastoral así entendido, no está “afuera” de los que lo practican, como si la vida y la acción fueran instancias separadas en el que hacer cotidiano. Es intentar estar totalmente involucrados, de tal forma que la vida pastoral es acción y contemplación al mismo tiempo.

No son pocos, los buenos pastores, (consagradas, consagrados, laicas y laicos), que sienten que la acción los devora y los deja con el sabor amargo de la frustración y/o el fracaso.

Deberíamos pensar si no es hora de pasar de una pastoral de “actividades”, que nos devoran y “nos sacan”, a una pastoral mística, que nos “mete” y “compromete” desde un lugar distinto y novedoso.

De todas maneras, para que un método de estas características sea bien asumido y trabajado, necesita recorrer un camino de experiencias concretas, en las que luego podamos compartir logros y fracasos, y entre todos hacer una seria y rica reflexión y acción pastoral.

No obstante, considero que se están dando los primeros pasos hacia un posible y buen intento.

**Queda pendiente:**

Para desarrollar una “pastoral mística”, me parece oportuno seguir profundizando en una visión más equilibrada entre “la primacía de la gracia” y la “acción humana”, reconociendo la justa autonomía de los principios que rigen toda acción humana.

Desearía que al asociar lo pastoral a lo místico, no se relacione este “modo pastoral” con formas espirituales alejadas de la realidad y del Reino.

Por el contrario, y según venimos diciendo, la pastoral intenta ser una “acción intencional”, no es ingenua, que tiene una realidad concreta como destino, y a la que llegamos por íntima y apasionada comunión con Dios y el hombre.

Una pastoral mística, no está para nada alejada de la acción., es por eso que debemos reflexionar sobre el valor de la acción pastoral.

Me llama la atención unas palabras dichas hace mucho tiempo por Pío XII:

*“Cuando advertimos, por una parte, el fervor de tantas empresas en las que nadie se detiene, nadie desfallece, nadie se reserva y nos vemos obligados a reconocer, por otra, la pobreza de los resultados obtenidos en relación con lo que cabría esperar de un empleo tan considerable de energías y una abnegación tan grande, no podemos menos de preguntarnos si no estaremos quizá demasiado solos, demasiado aislados, demasiado faltos de los medios necesarios. Quien sabe, queridos hijos, si no convendría tal vez revisar el trabajo apostólico a la luz de los principios que rigen toda justa colaboración. Esta es, a nuestro modo de ver una de las más imperiosas exigencias de la acción apostólica y del laicado”. (Pío XII, discurso a predicadores cuaresmales de Roma, 1955).*

Cuando en NMA se habla de “la primacía de la gracia en una pastoral orgánica centrada en la santidad”, no dudo que esto es así. Al hablar de primacía, se quiere “re-ubicar” toda la acción pastoral, darle un marco de contención y sentido. De ninguna manera se pretende minimizar el valor de la acción.

Sin embargo, sería necesario, y queda pendiente, profundizar las dimensiones “teológicas de la acción”.

Hay una necesidad sentida en los agentes de pastoral, especialmente en los consagrados, de encontrar una visión más equilibrada, sana y sanante, entre “gracia” y “acción personal o comunitaria”.

La pastoral es una acción, animada por el Espíritu de Dios, pero hecha por hombres libres en sus decisiones y responsables en su hacer.

Necesitamos salir de todo “dualismo pastoral”, y encontrar en el mismo modelo Trinitario, los fundamentos de la comunión y unidad, también en esta realidad más personal, psicológica y espiritual.

En una “pastoral mística”, debemos animarnos a descubrir que la pastoral, “la hace Dios y la hace el hombre”, en una comunión y unidad que para nada menoscaba la primacía de la gracia, pero que invita a reconocer, con serenidad y fuerza, la dignidad del hombre que evangeliza, la dignidad del agente pastoral.

Necesitamos reflexionar sobre “la acción pastoral”; y la “acción” como valor.

Estamos demasiados cargados con un pensamiento negativo sobre la “acción”. Sin duda, fruto de una actitud: “activista”, es decir, una vida desplegada y fantasiosamente centrada en la acción. Lamentablemente, esto no hizo otra cosa que poner de manifiesto entre nosotros, algunas de las características negativas de nuestro tiempo contemporáneo, como el pragmatismo, el narcisismo, y el mesianismo de la acción.

No obstante, la pastoral es “acción”, del Espíritu de Dios y del hombre. Lo misterioso y lo que no deja de asombrar permanentemente a los que “trabajamos” en lo pastoral, es que no son porcentajes parciales los que corresponden a ambos sujetos de la acción pastoral, ya que 100% está involucrado el Dios Trino y 100% el hombre pastoral.

De esta manera, podríamos liberarnos de formas demasiados “tradicionalistas” que por no animarse, o simplemente no poder contemplar el misterio de la Encarnación en la vida cotidiana, vivieron acomplejadas y acomplejando a todo aquel que quiere vivir lo pastoral como un verdadero y digno trabajo humano.

En este sentido, el místico, es una persona “tocada” por la gracia e invitada a “una misión” que lo trasciende; convocado a una acción nueva, que no podrá ser evaluada por criterios de eficiencia.

El místico en un sentido amplio, es un trabajador. Llamarlo así, no lo rebaja, lo hace profundamente solidario con Dios y con el hombre, a imagen del místico y trabajador por excelencia: Jesús de Nazaret.

Por lo tanto, la solución no pasa por ocultar o ensombrecer al hombre que trabaja en la evangelización, o a su acción, sino, consiste en asumir serenamente “la complementariedad tensa de ambos agentes”.

En todo caso, para no sentirnos ni más ni menos, y mucho menos “culpables” (lo digo en sentido psicológico y no moral), por lo que hacemos o dejamos de hacer, y sí sentirnos responsables, sería de suma importancia que tengamos en nuestro horizonte eclesial, que el camino humano y el camino de santidad van de la mano. No son caminos paralelos, es un mismo y único camino.

Necesito decirlo, porque he escuchado y visto a muchas hermanas y hermanos nuestros, ampararse en espiritualidades aparentemente muy santas, piadosas, y llenas de Dios, pero que hicieron mucho daño en la vida de otros, porque lejos de ayudarlos a vivir la “libertad de los hijos de Dios”, esclavizaron, menospreciaron y alienaron personalidades valiosísimas.

El santo, puede serlo sin duda de modo original, en su manera de vivir la relación con Dios, con los otros y con él mismo; pero no todo santo tiene la capacidad pedagógica para ayudar a crecer a otros. Por el contrario, muchos santos, han “recargado” con su propia exigencia, la vida moral y espiritual de otros. Seguramente, la mayoría no lo han hecho de manera conciente, eso los disculpa a ellos y ha dado la oportunidad al mismo Dios de hacer maravillas por su medio.

Surge entonces un nuevo elemento complementario para profundizar en nuestra “**pastoral mística**”, que es: “**la pedagogía pastoral**”.

Al hablar de los medios de la evangelización, el Documento Evangelii Nuntiandi, nos dice: “La evidente importancia del contenido no debe hacer olvidar la importancia de los métodos y los medios de evangelización. Este problema del cómo evangelizar es siempre actual, porque las maneras de evangelizar cambian según las diversas circunstancias de tiempo, lugar, cultura; por eso plantean casi un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar.”(E.N. 40)

Una propuesta evangelizadora no debe descuidar la reflexión rigurosa acerca del **modo** más adecuado para transmitir el Evangelio. **El Mensaje de Jesús es al mismo tiempo un contenido y una manera de transmitirlo**, es decir, un contenido y una pedagogía.

En un sentido práctico podemos asimilar los conceptos de **pedagogía** y **comunicación**, considerando que “la pedagogía es fundamentalmente una comunicación”.

Un enfoque fecundo al respecto, es el que entiende la comunicación como “una relación de carácter circular”, que se produce a través del intercambio de mensajes verbales y no verbales entre todos los participantes, en un contexto determinado de tiempo y lugar.

Esta relación, debe convertirse en una experiencia en la cual los miembros de una comunidad se afirmen entre sí, descubran sus cualidades y capacidades, los verdaderos valores, lo que son y lo que quieren llegar a ser.

La pedagogía se convierte en un complemento necesario de la metodología; porque el método busca el camino más indicado a seguir y la pedagogía el modo o estilo para transitar ese camino.

Es mucho lo que deberíamos decir sobre el tema de la pedagogía, pero parece prudente dejarlo enunciado.

De esta manera, **contenido**, **metodología** y **pedagogía**, forman juntos, un pequeño mundo trinitario, una trilogía a explorar y a enriquecer con tanta reflexión y práctica pastoral.

Al final me pregunto: ¿hace falta agregar el término “mística”?; ¿no es suficiente hablar de “pastoral”, sin necesidad de calificarla?

Supongo que sí, el término pastoral alcanza.

Sin embargo, cada tiempo, necesita afirmar y acentuar ciertas características. Y esto es bueno, porque es una manera de obligarnos a elegir, que nos ayuda a madurar en lo personal y en lo eclesial. Y también pone de manifiesto que somos pequeños en las búsquedas, apenas sabemos y decimos algo del misterio de Dios y del hombre. Y esto también es muy bueno.

La Iglesia, nosotros, debemos profundizar seriamente sobre una posible “pastoral mística”.

**Servidores de la Comunión Eclesial.**  
Temas de Retiros sobre “Pastores dabo vobis”

José María Imízcoz Barriola  
Comisión Episcopal del Clero  
Conferencia Episcopal Española.

*La Iglesia que brota del Misterio de la Trinidad, debe reflejar la comunión de amor que se da en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu. Jesús la concibe como la "familia de Dios", hecha a imagen y semejanza de la familia trinitaria. Nuestro ministerio sacerdotal nos compromete, de modo específico, a ser constructores de la comunión eclesial que S.Pablo nos la describe viviendo la unidad. (Cfr. Efesios 4, 3-5)*

**1. La Iglesia, Misterio de Comunión**

Solamente cuando el "misterio" de la Iglesia que brota del "misterio del amor de Dios", florece en la "comunión" en el interior de la comunidad eclesial, ésta podrá cumplir su misión "pro mundi vita", siendo mediación eficaz de ese "misterio de Dios" que sale al encuentro del "misterio del hombre".

La Iglesia es "un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (cf. LG 4b). A la luz de esta afirmación de San Cipriano, el Vaticano II ha hecho de la *comunión* el concepto clave para la comprensión de la Iglesia. La Iglesia comunión es vista por la PDV como “comunión enraizada” en el “propio ser” de las diversas Iglesias particulares (74).

El documento postsinodal nos describe a los sacerdotes en constante referencia a la Iglesia, contemplada como "comunión" (cf. nn. 12, 16, 17, 59, 73, 74); afirma que "la eclesiología de comunión resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el Pueblo de Dios y en el mundo" (12). Los sacerdotes debemos ser "testigos del misterio de Dios", misterio de amor, siendo servidores de la "comunión" en el seno de la Iglesia, a fin de que ésta sea un "misterio de comunión", reflejo de la comunión de la Trinidad.

Esta comunión eclesial es la que Jesús manda a sus discípulos en la Última Cena y pide al Padre por ella (cf. Jn 13, 34-35; 15,12.17; 17, 21-23). La Iglesia comunión responde a la idea que Jesús tiene de cómo debe ser la comunidad de sus seguidores: debe ser una "familia", la "familia de Dios". La primitiva comunidad cristiana intentó hacer realidad este deseo de Jesús viviendo la "koinonía" (cf. Hech 2, 42-47). Para Lucas la Iglesia, por su origen, sus dones y su modo de vivir es, ante todo, una “fraternidad”. El nombre propio para designar a los cristianos era el de "hermanos". Esta concepción y vivencia de la Iglesia como comunión caracteriza la mentalidad de su primer milenio. En los Padres, la Iglesia se entiende a sí misma como “comunidad congregada por el amor de Dios”. El término “koinonía” evoluciona hasta llegar a ser sinónimo de la Iglesia misma. El Vaticano II nos ha recordado que la Iglesia, Pueblo de Dios, tiene como ley “el mandato del amor” (cf. LG 9b).



## 2. El amor cristiano: principio vital de la comunión eclesial

La Iglesia "pueblo reunido" en virtud de la unidad trinitaria (cf. LG 4b), encuentra la fuente y el modelo de su comunión en la comunión de la Trinidad, que es una "comunión de amor" en la que se despliega el misterio de un Dios que es Amor. Es la comunión de amor del Padre que se entrega, comunión de amor del Hijo que acoge, y comunión de amor como Espíritu de esta donación y acogida.

"La Trinidad en sí, es la Trinidad para nosotros y viceversa" (K Rahner). Su amor se derrama a los hombres como salvación. A la luz de esta apertura del misterio trinitario a la humanidad, la PDV contempla a la Iglesia comunión como la "prolongación" de las "relaciones que brotan de la Trinidad" (12). En la Iglesia se prolonga el derramamiento salvador del amor de Dios, que es el principio vital de la comunión eclesial. Es el amor que Jesús prescribe a sus discípulos como "su mandamiento" (Jn 15, 12), el "mandamiento nuevo" (Jn 13, 34); el signo universal por el que serán reconocidos (cf. Jn 13, 35) y que podríamos sintetizarlo en referencia a lo que podríamos denominar los cuatro puntos cardinales del amor cristiano:

amar al hermano como a *nosotros mismos* (cf. Mt 22, 39; 7, 12).

amar al hermano como a *Cristo mismo* (cf. Mt 25, 40).

amar al hermano como *Cristo le ama* (cf. Jn 13, 34).

amar al hermano *participando* del amor con el que *Cristo es amado por el Padre* (cf. Jn 17, 26).

## 3. La comunión eclesial: don de Dios, tarea de los creyentes y de modo especial, del ministerio ordenado

La comunión eclesial que encuentra su fuente y modelo en la unidad de la Trinidad es, ante todo, un *don* de Dios. Pero este don debe ser incesantemente acogido y realizado en el seno de la Iglesia. La comunión en la Iglesia es también *tarea* de los creyentes y, de modo especial, de los que hemos sido elegidos por el sacramento del Orden para ser factores de comunión, ya que nuestro ministerio "está radicalmente ordenado a congregar a la familia de Dios como fraternidad animada por la caridad" (74); "tiene una radical *forma comunitaria* y puede ser ejercido sólo como una *tarea colectiva*", que debemos realizarla en comunión con el Obispo, el presbiterio y los fieles laicos (cf. n. 17).

Dentro de la Iglesia, el presbítero "es el hombre de la comunión" (18); es "*servidor de la Iglesia comunión* porque -unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio- construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios" (16). Por el sacramento del Orden, hemos quedado insertos "en la comunión del presbiterio unido con el Obispo" (74). El presbítero "debe crecer en la *conciencia de la profunda comunión que lo vincula al Pueblo de Dios; él no sólo está "al frente" de la Iglesia, sino ante todo "en la Iglesia"* (74). "Es sobre todo en el cumplimiento del ministerio pastoral, ordenado por su propia naturaleza al bien del Pueblo de Dios, donde el sacerdote debe vivir y testimoniar su profunda comunión con todos" (74).

"La conciencia de esta comunión lleva al sacerdote a la necesidad de suscitar y desarrollar la *corresponsabilidad* en la única y común misión de salvación, con la diligente y cordial valoración de todos los carismas y tareas que el Espíritu otorga a los creyentes para la edificación de la Iglesia" (74). En nuestra formación para el sacerdocio, debemos ya prepararnos a realizar una "pastoral comunitaria, en

colaboración cordial con los diversos agentes eclesiales: sacerdotes y Obispo, sacerdotes diocesanos y religiosos, sacerdotes y laicos" (59).

Todos estos textos de la PDV sobre la "forma comunitaria" de nuestro ministerio, evocan aquel gran principio que hace tiempo nos recordó Pablo VI: "evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial" (Evan. Nunt. 60).

#### **4. Los presbíteros, factores de comunión en una Iglesia que vive la tensión del conflicto**

No debe extrañar que también en el seno de la Iglesia de Dios se de el conflicto, del cual surgen las tensiones. Hemos de verlo como una realidad positiva, pues él constituye una estructura fundamental de la vida del hombre, de la historia de la humanidad y de la Iglesia. El conflicto entra como algo normal y necesario en todo proceso de madurez. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos muestra una Iglesia que desde sus orígenes, vive tensiones en el seno de sí misma pero que, al mismo tiempo, sabe resolverlas en comunidad y diálogo a fin de salvar la unidad de su comunión.

También hoy las tensiones siguen presentes en la Iglesia de Jesús. Son muy diversas las causas que las provocan y nuestra tarea de ser constructores de la comunión eclesial debe tener en cuenta:

- que nuestra comunión será siempre una comunión "en camino", imperfecta, constantemente necesitada de reconciliación, de perdón, de rectificación (C.Martini).

- que se dan en la Iglesia diversos niveles de comunión: en el campo doctrinal, moral y disciplinar, dentro de la unidad fundamental y de su realidad plural. Niveles todos ellos importantes y necesarios, pero no todos en el mismo grado. Hemos de saber discernir su verdadera significación en orden a garantizar la necesaria comunión eclesial, teniendo siempre presente la sabia sentencia agustiniana recogida por el Concilio: "Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo" (GS 92a).

- que debemos actuar con una actitud realista, ya que solamente "haciendo la verdad en el amor" podemos hacer crecer la Iglesia (cf. Ef 4, 15) que Cristo la instituyó como "comunión de verdad" (cf. LG 9b). Esta actitud realista nos debe llevar a descubrir cuáles son las raíces reales de nuestras tensiones y tener presente que:

- muchas de ellas nacen de la riqueza de una diversidad eclesial suscitada por el mismo Espíritu, el cual muchas veces anima estas tensiones para abrir a la Iglesia a su misión en el mundo y superar su constante peligro de encerrarse en sí misma.
- vivimos en un momento concreto de la historia y no pocas tensiones en la Iglesia son consecuencia de su necesaria encarnación en el mundo, participando por ello de las tensiones que se dan en las estructuras de la sociedad y en el corazón de los hombres.
- se dan diversos modelos legítimos de Iglesia que, por diversos factores, aparecen diversamente acentuados y que siempre deben complementarse mutuamente.
- constantemente está actuando en el mundo y en la Iglesia la acción salvadora de Dios.

#### **5. Comunión con la Humanidad**

El Sínodo del '90 ha contemplado también al presbítero como servidor de la comunión en un mundo dividido. Ser constructores de una Iglesia comunión, nos pide vivir esa Iglesia en comunión con el mundo y para el mundo, en la misma perspectiva en la que la ha contemplado el Vaticano II (cf. GS 1). Es la

Iglesia que tiene al mundo en su interior y a toda ella le es propia una dimensión secular. Estamos al servicio de una Iglesia que toma cuerpo y se hace Iglesia particular en un ámbito objetivo mundano; ella ha sido enviada a un mundo que, para ser evangelizado y salvado, debe ser amado y asumido. La Iglesia comunión debe ser "experta en humanidad", plenamente implicada en la defensa y promoción de la dignidad humana (cf. Enc. SRS 47) y en el campo de la justicia en el mundo (ib. nn. 41-43, GS nn. 29.66.90).

Ser constructores de una Iglesia en comunión con la Humanidad, nos pide el compromiso por la "civilización del amor" como fruto de la "civilización de la solidaridad" (cf. SRS nn. 38-40). La PDV nos habla de "una Iglesia cada vez más solidaria con el hombre y con los pueblos en la defensa y en la promoción de la dignidad personal y de los derechos humanos de todos y cada uno" (9), y pide un sacerdote "solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa" (30), sensible a todo lo humano "haciendo propia la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones... en un creciente y apasionado amor al hombre" (72).

#### • **Actitudes del sacerdote servidor de la Iglesia comunión**

La PDV pone de relieve la necesidad de vivir "la conciencia de la Iglesia como comunión", pues ello ayuda a "realizar una pastoral comunitaria, en colaboración con los diversos agentes eclesiales"... "esta colaboración supone el conocimiento y la estima de los diversos dones y carismas, de las diversas vocaciones y responsabilidades que el Espíritu ofrece y confía a los miembros del Cuerpo de Cristo; requiere un sentido vivo y preciso de la propia identidad y de las demás personas en la Iglesia; exige mutua confianza, paciencia, dulzura, capacidad de comprensión y de espera; se basa sobre todo en un amor grande a la Iglesia más grande que el amor a sí mismo y a las agrupaciones a las cuales se pertenece" (59).

- El presbítero debe "madurar la conciencia de que su ministerio está radicalmente ordenado a *congregar a la familia de Dios* como fraternidad animada por la caridad" ... También él es "hermano entre hermanos"..... hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros" (74).

- Con relación a su Iglesia particular el presbítero debe "compartir" su historia o experiencia de vida en sus valores y debilidades, en sus dificultades y esperanzas; debe sentirse enriquecido por ella, comprometido activamente en su edificación y sabiendo mirar a su futuro ministerial dejando a alguien que tome su puesto en el servicio sacerdotal (cf. n. 74).

- Con respecto a las diversas Iglesias particulares, la PDV nos recuerda el deber de "madurar en la conciencia de la comunión que existe" entre ellas, lo cual debe llevarnos a una disponibilidad personal y a un empeño generoso por llegar a una justa distribución del clero (cf. n. 74).

#### **7. La comunión con el presbiterio diocesano**

El Vaticano II ha querido ayudarnos a recuperar aquella *fraternidad apostólica* que se daba en la primitiva Iglesia y que, de modo especial, nos muestra S. Ignacio de Antioquía poniendo de relieve el significado del presbiterio diocesano en la Iglesia particular (cf. LG 28b; CD 28; PO 8). El "Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros" nos ofrece un rico texto sobre la "Comunión sacerdotal" (cf. nn. 20-31), tratando de modo amplio el tema de la comunión en el seno del presbiterio (cf. nn. 22-29).

La PDV habla de una "particular y específica relación personal" del sacerdote con el "presbiterio, unido en y con el Obispo" (cf. n. 23) y señala los rasgos que deben caracterizar la fisonomía del presbiterio como una *verdadera* familia vinculada por la gracia del Orden: "una gracia que asume y eleva las relaciones humanas, psicológicas, efectivas, amistosas y espirituales entre los sacerdotes; una gracia que se extiende, penetra, se revela y se concreta en las formas más variadas de ayuda mutua, no sólo espirituales, sino también materiales. La fraternidad presbiteral no excluye a nadie, pero puede y debe tener sus preferencias: las preferencias evangélicas reservadas a quienes tienen mayor necesidad de ayuda o de aliento" (74).

## 8. Algunas formas de la fraternidad apostólica

- "Caminar juntos en el anuncio de la fe": ello nos lleva a compartir con los hermanos sacerdotes su "sufrimiento por el evangelio" (2 Tím 1, 11) sosteniendo y alentando su esperanza en su misión evangelizadora frente a un mundo indiferente u hostil.

- Caminar juntos en el anuncio de la fe, es también *anunciar las mismas verdades fundamentales de la fe cristiana* a fin de ofrecer a los fieles unas "certezas sólidas"; tienen necesidad de ellas en su vida cristiana y derecho a que nosotros se las ofrezcamos (cf. Evan. Nun. 79). Con vistas a esta comunión en el ministerio de la Palabra, es preciso también que dialoguemos y estudiemos juntos los "signos de los tiempos" para interpretar, a la luz de la fe, la historia concreta que vivimos en la Iglesia y en el mundo.

- Caminar juntos en el anuncio de la fe, implica además una *actitud de disponibilidad* para estar allí donde la Iglesia nos necesita; ello significa un testimonio que contribuye muy eficazmente a fomentar el espíritu de fraternidad en el presbiterio.

- La PDV, en la línea del Concilio, nos recuerda una serie de *encuentros sacerdotales* como momentos, formas y medios de la formación permanente que significan realidades provechosas para la comunión del presbiterio diocesano: encuentros del Obispo con su presbiterio, encuentros de espiritualidad, de estudio y reflexión común, diversas formas de vida común (cf. n. 80). En algunos de estos tipos de encuentros, habría que recordar el valor que tiene la escucha conjunta de la Palabra por ser ella creadora de comunión eclesial (cf. 1 Jn 1, 3); nuestra existencia sacerdotal debe encontrar en ella su "significado unitario y radical" (cf. n. 47).

- Resultan también necesarios para mantener y promover una fraternidad apostólica, el que los sacerdotes se ofrezcan *signos de cercanía y amistad* como: la ayuda en sus necesidades personales o familiares del tipo que sean, de modo especial, la atención en situaciones de enfermedad, de cansancio, desaliento o de crisis vocacional que pueden estar atravesando. En el contexto de una Iglesia comunión y del presbiterio diocesano, la PDV ha llamado la atención sobre el problema de la *soledad del sacerdote*, una situación normal que ofrece oportunidades positivas para la vida del sacerdote, pero que también puede resultar una realidad negativa que surge de diversas dificultades y, a su vez, provoca otras nuevas (cf. n. 74).

- No podemos silenciar el valor de la *comunicación espiritual* como uno de los medios que más debieran contribuir a alcanzar un elevado grado de comunión entre algunos sacerdotes. No se da comunión sin comunicación; no seremos constructores de una Iglesia "comunión", si no trabajamos por ser una Iglesia "comunicación". A propósito de ello, se ha llegado a afirmar que solamente aquel que por propia

experiencia sabe lo que es comunicar a otros su personal vivencia de Cristo y haber recibido de otros su experiencia de Cristo, sabe lo que quiere decir la palabra Iglesia (S.Dianich).

- En el ámbito personal, es preciso un *trabajo en nuestra formación humana* con vistas a lograr una unidad e integración interior para poder integrarnos mejor en la comunión del presbiterio y ser factores de comunión eciesial. Como todo hombre, el sacerdote necesita saber salir de sí mismo, superando todo narcisismo y así potenciar su "capacidad de relacionarse con los demás" que es un "elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y hombre de comunión (43).

- Tengamos siempre presente que todo lo que hagamos por avanzar en la comunión de nuestra *fraternidad apostólica* como responsables de la comunidad cristiana, es caminar a ser servidores, cada vez más eficaces, de la comunión eciesial.

- Ser servidores de la Iglesia comunión es *buscar en la Eucaristía la fuente y la cumbre* de la comunión eciesial. "La Iglesia hace la Eucaristía. La Eucaristía hace la Iglesia" (H. de Lubac). Se da una profunda relación entre ellas, de tal forma que el *mysterium fidei* es también el *mysterium Ecclesiae* por excelencia. La Eucaristía "signo de unidad y vínculo de caridad" (S.Agustín) es la que hace el que la Iglesia pueda ser una Iglesia comunión. Participamos en el Cuerpo *eucarístico* de Cristo, para hacernos por la comunión del amor Cuerpo eciesial de Cristo.

En los albores mismos de la Iglesia, S.Pablo expresó este íntimo vínculo entre la participación en la Eucaristía y la vivencia de la comunión eciesial (cf. 1 Cor 10, 16-17; 11, 17-20). El Vaticano II nos ha recordado que el "espíritu de comunidad" se educa en la celebración de la Eucaristía, donde la comunidad cristiana se edifica al encontrar en ella su raíz y su quicio (cf. PO 6e). Desde su preparación al sacerdocio, el presbítero debe ser educado "a considerar la celebración eucarística como el *momento esencial de su jornada* (48).

## **REVISION DE VIDA (PERSONAL Y/O EN GRUPO)**

### **1. Comunión conmigo mismo:**

- ¿me siento amado y aceptado por Dios, tal como soy, tal como me encuentro, para poder vivir en comunión conmigo, amar a los hombres desde Dios y ser así constructor de una comunión de amor en la convivencia humana?

- ¿me encuentro interiormente dividido, en conflicto conmigo mismo, sin acabar de aceptarme o aceptar la situación que atravieso? ¿Pienso que todo ello me está dificultando el integrarme en cualquier tipo de convivencia y ser factor de comunión para los demás?

### **2. Comunión con los hombres:**

- ¿intento tener una visión positiva de la vida, las personas, la Iglesia, descubriendo lo mucho que en ellas hay de don de Dios y así ser capaz de despertar esperanza, tan necesaria para caminar en comunión?

- las personas a quienes sirvo, ayudo, conviven conmigo o tengo que ofrecer el servicio de la corrección fraterna... ¿se sienten valoradas y amadas por mi?

- ¿sé dialogar?, ¿tengo capacidad de comprensión?, ¿sé ponerme en la situación de los otros para poder sintonizar con ellos y así ser creador de comunión? ¿sé escuchar sin prisas desde la convicción de que, normalmente, la persona es antes que el reloj?

- ¿ofrezco signos de cercanía y amistad a todos? ¿Visito y ayudo a sacerdotes que se encuentran solos, enfermos o atravesando una situación difícil?

### **3. Servidores de la comunión eclesial**

- ¿pongo empeño para que la comunidad que atiendo viva como “familia de Dios, como fraternidad unida en la comunión del amor? ¿predico el perdón, la superación de odios, rencillas? ¿soy sembrador de justicia, de paz y amor? ¿formo a mis fieles para que sientan el problema ecuménico y se abran a una comunión con todos los hombres, de modo especial con los más necesitados?

- ¿me comporto con firmeza evangélica para impedir todo aquello que compromete la comunión eclesial porque afecta a certezas fundamentales de la fe o a normas seriamente urgidas por la Iglesia? ¿sé ser flexible en cosas no esenciales para salvar la comunión?

- ¿pido con frecuencia el don de la comunión? ¿cómo vivo la celebración de la Eucaristía y ayudo a que la asamblea la viva, para que de verdad sea fuente y expresión de la comunión que queremos vivir? ¿teniendo en cuenta que la Palabra de Dios es uno de los factores principales de comunión (cf. 1 Jn 1, 3 ss), ¿qué lugar ocupa ella en mi oración, estudio, predicación?

OREMOS: Señor, tú que pediste al Padre que todos los creyentes fuéramos uno para que el mundo te reconociera como el enviado, ayúdanos a ser Pastores de la comunión en tu Iglesia a fin de que ella pueda realizar la misión que le encomendaste de manifestar y realizar el misterio del amor de Dios al hombre. Te lo pedimos a Ti que vives....

## Comunicar: el nuevo desafío de la moral católica

Pbro. Gustavo Irrazábal  
Arquidiócesis de Buenos Aires

### Introducción: la importancia de comunicar bien

Como sacerdotes percibimos con creciente preocupación el hecho de que, mientras los pronunciamientos sociales de la Iglesia encuentran buena aceptación en la sociedad, la doctrina católica sobre la sexualidad y la vida es recibida con indiferencia y a veces con abierta hostilidad, incluso por parte de muchos creyentes. Escuchamos, además, con un cierto sentimiento de impotencia las manifestaciones de desconcierto de catequistas, docentes y demás agentes pastorales que encuentran cada vez más arduo el anuncio del mensaje evangélico referido a estos temas.

Ante esta situación, nos acechan al menos dos peligros: el primero, es el de sentirnos tentados a endurecer el discurso, suprimiendo matices y repitiéndonos en la denuncia amarga y condenatoria, sin otro horizonte que el encierro progresivo en un “pequeño (y asfixiante) rebaño”; el segundo, es el de una apertura acrítica a las ideas que nos rodean, entregándonos a la falsa gratificación de ser “progresistas” y granjearnos así la simpatía fácil de la gente (a la cual, por ese camino, terminamos traicionando)<sup>31</sup>.

Frente a estas tentaciones, que no son otra cosa que diferentes formas de una resignación incompatible con la fe en la eficacia del Evangelio, debemos, en virtud de esa misma fe, dejar de lado todo tremendismo y analizar la situación con serenidad. Creo que no sería correcto atribuir el rechazo de nuestro mensaje *exclusivamente* al pecado: para rechazar culpablemente el Evangelio primero hay que comprenderlo. Ahora bien ¿nos hacemos entender con suficiente claridad? Quienes no aceptan nuestras afirmaciones ¿las comprenden realmente?<sup>32</sup>

Considero importante, entonces, analizar el problema desde la perspectiva de la *comunicación*, siendo consciente de que ello nos llevará inevitablemente al tema del lenguaje a través del cual nos comunicamos y, finalmente, al de las categorías de fondo en base a las cuales pensamos este género de cuestiones. ¿Qué condiciones hacen posible la comunicación ética?

### 1. La primera condición: comprender para ser comprendidos

Si queremos que los demás nos entiendan, nuestro primer desafío es entenderlos a ellos (y, por ende, inseparablemente, a nosotros mismos)<sup>33</sup>. Para ello debemos preguntarnos: ¿por qué hay gente que se irrita tanto con nosotros o que nos da la espalda ni bien le decimos que tal o cual conducta es contraria a la ley de Dios, a la naturaleza, o al orden moral?

---

<sup>31</sup> Sobre ambos peligros, E. LÓPEZ AZPITARTE, *Cómo orientar la vida*, Paulinas, Buenos Aires 2000, 21-24.

<sup>32</sup> “El diálogo supone y exige capacidad de comprensión ... y basta esta su inicial exigencia para estimular nuestra solicitud apostólica a fin de revisar todas las formas de nuestro lenguaje: si es comprensible, si popular, si escogido”, PABLO VI, *Ecclesiam suam*, 74 (en adelante, *ES*).

<sup>33</sup> “(La prudencia pedagógica en el diálogo) se afana por conocer la sensibilidad del interlocutor y por modificar racionalmente a uno mismo y las formas de la propia presentación para no resultarle molesto o incomprensible”, *ES* 75.

El motivo debemos buscarlo en las categorías del pensamiento y de la sensibilidad que caracterizan la modernidad (y que son asumidas bajo diferente forma en la pos-modernidad). Querámoslo o no, en el centro de nuestros corazones está firmemente instalada la aspiración a la *autonomía*. En su sentido más amplio, “autonomía” significa que deseamos decidir y actuar en virtud de nuestra propia percepción de lo que está bien o está mal, sin que nadie tenga derecho a invocar su autoridad sobre nosotros, ni siquiera en nombre de “la ley”, de “la naturaleza” o de “la voluntad de Dios”<sup>34</sup>.

La reacción negativa ante estos términos, es particularmente perceptible hoy cuando decimos que una conducta es “contraria a la naturaleza”. Para el hombre moderno, la “naturaleza” suele ser la naturaleza *física*, y la percepción de su condición de persona está íntimamente ligada a su capacidad para liberarse de los condicionamientos de la misma y dominarla para ponerla al servicio de su proyecto. La exhortación a “vivir conforme a la naturaleza” puede sonarle como una invitación a renunciar a su condición de persona o, en el mejor de los casos, a una equívoca proclama ecológica<sup>35</sup>.

*No es que no podamos, e incluso debemos, usar estas expresiones, pero hay que hacerlo en el modo adecuado y con sentido de oportunidad.* Si, por ejemplo, me dirijo a una comunidad cuyo conocimiento y adhesión a la enseñanza de la Iglesia me constan, podré recurrir a esos términos con más seguridad, ya que ellos engloban aquello en lo cual estamos todos de acuerdo. Pero si este acuerdo no existe, o se está diluyendo, debemos *priorizar* un lenguaje más apto para motivarlo.

Por otro lado, no sólo es importante que nuestros interlocutores nos puedan *comprender*, sino que también es necesario que puedan *sentirse comprendidos*, es decir, que perciban que nuestro mensaje parte de una sintonía con su vida concreta, sus dificultades y sus aspiraciones<sup>36</sup>. ¿Cuál puede ser el lenguaje más apropiado para alcanzar este doble objetivo?

## **2. La segunda condición: un lenguaje apropiado. Los valores**

Personalmente prefiero hablar en términos de “valores”. Este concepto contiene la idea de normatividad presente en las expresiones citadas, pero agrega la nota de una percepción personal, principalmente afectiva, y de atracción íntima y libre hacia el contenido de dicho valor, todo lo cual está en plena continuidad con el concepto de autonomía al que acabo de aludir<sup>37</sup>.

Por otro lado, el lenguaje de los valores permite hacer justicia a los aspectos positivos que pueden hallarse aún en las conductas y situaciones objetivamente contrarias al orden moral. De esta manera logramos entrar respetuosamente en el mundo del otro y comprenderlo un poco más desde dentro para poder ayudarlo.

El lenguaje de los valores es apto para expresar el contenido esencial de nuestra enseñanza moral, liberándola al mismo tiempo de esa apariencia abstracta, racionalista y desencarnada que la acompañó por largo tiempo, y dándole una forma positiva y estimulante en orden al crecimiento personal y social.

---

<sup>34</sup> Sobre la autonomía como condición para la madurez moral: E. LÓPEZ AZPITARTE, *Fundamentación de la ética cristiana*, Paulinas, Madrid 1990, 102-104.

<sup>35</sup> Sin embargo, deben explorarse las posibilidades que abre para el diálogo ético la nueva sensibilidad en relación al cuidado del cuerpo y del medio ambiente.

<sup>36</sup> “Es necesario, lo primero de todo, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre; comprenderlo en cuanto sea posible, respetarlo y, donde lo merezca, secundarlo”, *ES*, 80.

<sup>37</sup> Sobre los valores en el lenguaje ético, ver E. LÓPEZ AZPITARTE, *Fundamentación*, 123-136; F. Leocata, «Valores y formación de la afectividad: desafíos actuales», en H:M: YÁNEZ (ed.), *Desarrollo moral y educación afectiva*, V Jornada de reflexión ético-teológica, San Benito, Buenos Aires 2002, 29-41.



### 3. La tercer condición: no “convencer” sino “iluminar”

La elección de un lenguaje conlleva la adopción de una imagen del mundo y del hombre. El lenguaje de los valores está indisolublemente unido a la concepción de la persona como ser autónomo, capaz de percibir por sí mismo el bien y de decidirse libremente por él. Optar por la comunicación de los contenidos morales en términos de valores es mucho más que utilizar una “jerga” más simpática, o elaborar una retórica más convincente. Es que *ni siquiera se trata de convencer*<sup>38</sup>. Estamos acostumbrados a identificar el tema de la comunicación con la publicidad, con el proselitismo o con la propaganda, es decir, con diferentes modos estratégicos de “inocular” en los destinatarios, incluso de modo subliminal, ideas, necesidades, reflejos. La auténtica comunicación trasciende toda finalidad estratégica: es comunión en la verdad, es una praxis que procura para todos los sujetos que intervienen el acceso a la misma. Por eso nuestro objetivo no debe ser “convencer”, con el objeto de inducir a los otros a determinadas conductas. Se trata, en cambio, de *iluminar* conciencias (incluyendo la propia), expandiendo su horizonte de comprensión y proponiendo criterios para evaluar y purificar sus motivaciones. *El objetivo no es el comportamiento del otro sino la ampliación de su autonomía, de su capacidad de percepción y decisión frente al bien.* Algunos ejemplos tomados de la moral sexual pueden clarificarnos estas afirmaciones.

#### 3.1. Las relaciones prematrimoniales

Tengo en mente el caso de los novios que se acercan al confesionario o a la charla personal pidiendo explicaciones acerca de la doctrina de la Iglesia en este tema. Su dificultad estriba, muchas veces, en que consideran sus relaciones como expresión de su amor mutuo ¿por qué habrían de ser consideradas “impuras” por la Iglesia? Conforme lo que venimos diciendo, es preciso que encuentren en nosotros una valoración sincera de su amor, más allá de la corrección de su expresión sexual. En este sentido, el término “impuro”, aunque se pueda justificar técnicamente, tiene una carga histórica que lo hace equívoco e irritante. Por eso es preferible sustituir este calificativo estático y lapidario por una expresión más dinámica y positiva: la “necesidad de purificación” que todo auténtico amor reclama<sup>39</sup>.

Nuestro desafío consistirá en comunicarles la importancia de que procuren que ese amor, precisamente por lo valioso que es, pueda madurar hacia una forma más oblativa y realista. Las relaciones sexuales en la etapa del noviazgo tienden a ocultar los verdaderos desafíos en el camino del encuentro y la aceptación personal, afectando la posibilidad de un discernimiento maduro y sereno<sup>40</sup>.

El hecho de que con esta presentación en términos de valores en la mayoría de los casos no logremos “resultados” inmediatos y visibles, no es objeción: esos jóvenes dispondrán de un criterio comprensible a la luz del cual podrán en el futuro evaluar sus experiencias, reorientar su conducta, aprender de sus fracasos, etc.

#### 3.2. La homosexualidad

En el caso de las personas homosexuales, el primer desafío es ayudarlos a comprender que su orientación sexual es desordenada, *sin que ello pueda ser interpretado como un ataque a su dignidad personal.* La persona no se identifica exclusivamente por su orientación sexual: aunque afecte todos los

---

<sup>38</sup> “(El diálogo) no mira a obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, ya que respeta su dignidad y su libertad, mira, sin embargo, al provecho de éste, y quisiera disponerlo a más plena comunión de sentimientos y convicciones”, *ES*, 73.

<sup>39</sup> Para un desarrollo de esta idea, expresada como “autenticación”, puede consultarse E. LÓPEZ AZPITARTE, *Ética de la sexualidad y del matrimonio*, Paulinas, Madrid 1992, 285-286.

<sup>40</sup> Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 94-97.

ámbitos de la vida, ésta no es más que *una* de sus dimensiones. Que dicha orientación sea desordenada no convierte a la persona en “degenerada” o “depravada”. Todos tenemos desórdenes de diferente índole: algunos podemos superarlos, y con otros nos vemos obligados a convivir, sin merma de nuestra dignidad.

Pero ¿cómo explicar ese desorden en términos de valores? Debemos reconocer ante todo los valores que de hecho puedan encontrarse en una relación homosexual determinada: amor, generosidad, solidaridad, etc. Pero la persona homosexual sufre una carencia como varón o como mujer, y su atracción a otras personas del mismo sexo se debe a la necesidad (inconsciente) de completar ese vacío. Como semejante intento está condenado al fracaso por definición, el amor homosexual será en la gran mayoría de los casos extremadamente inestable y no conseguirá realizar los deseos de auténtica comunión.

Esta formulación del criterio moral recoge más claramente las aspiraciones de amor auténtico y felicidad de la persona homosexual, y a la luz de él la persona podrá discernir por sí misma la calidad personal de sus relaciones y el modo en que contribuyen o no a su crecimiento humano<sup>41</sup>.

### 3.3. La regulación de los nacimientos

La dificultad de muchos matrimonios frente a esta cuestión es, en primer lugar, la sensación de que con argumentos oscuros elaborados sobre todo por gente célibe y sin cargas de familia, se los pone ante una dura disyuntiva: o asumir la enorme responsabilidad de traer a toda costa una nueva vida al mundo, o ejercitar una continencia periódica que es vista frecuentemente como demasiado exigente y riesgosa.

El primer desafío consistirá en ayudarlos a discernir si en su decisión de no tener más hijos existe un componente de egoísmo, falta de esperanza, o algún otro obstáculo que les impida apreciar mejor el valor de la fecundidad. Si no es éste el caso, y la decisión está justificada, lo segundo es el tema del método a elegir. Son ellos los que deben evaluar por sí mismos las ventajas y desventajas de cada método para su salud y su vida conyugal. Pero debemos instarlos a interiorizarse sobre el método natural, no sólo en el sentido técnico de su práctica y las ventajas que aporta, sino sobre todo en cuanto a su conveniencia para el cultivo de valores esenciales para la vida conyugal como el diálogo respetuoso, la ascesis, la generosidad, etc.<sup>42</sup>

De esa manera, lejos de “introducimos en las alcobas” como terceros no invitados, ayudaremos a los matrimonios a tomar decisiones más libres y fundadas.

---

<sup>41</sup> En esta línea puede consultarse G. PIANA, «Homosexualidad y transexualidad», en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, Paulinas, Madrid 1992, especialmente p.856-857.

<sup>42</sup> Cfr. *Humanae Vitae*, 21.

## **Conclusión: una gran oportunidad**

Creo que la situación actual, por dolorosa que nos resulte, constituye en muchos sentidos un estimulante desafío. Desafío de superar las posturas meramente condenatorias, para hacernos eco de las aspiraciones y la sensibilidad de los hombres de hoy, y a partir de allí presentar propuestas positivas, atrayentes, abiertas al diálogo. Desafío de abandonar cierta actitud paternalista que fomenta un correlativo infantilismo moral en los fieles, para establecer modos de acompañamiento pastoral que favorezcan el respeto y la maduración de las conciencias. Desafío de renunciar a la pretensión de resultados inmediatos, para aspirar a un resultado superior, más acorde con el sentido auténtico de la “ley de la gradualidad”<sup>43</sup>: que a la luz de los valores que proponemos, cada persona pueda evaluar críticamente sus experiencias y discernir los caminos del Señor.

Todas estas líneas convergen en el tema de la comunicación. Todavía hay entre nosotros muchos ejemplos de discurso meramente estratégico y manipulador. En una sociedad pluralista, en la cual sólo la comunicación honesta y transparente puede salvar la unidad fundamental, la Iglesia debe dar testimonio fiel del mensaje evangélico no sólo en cuanto al contenido, sino también en cuanto al *modo* en que lo anuncia, demostrando su altísima valoración del diálogo como único camino posible para la comunión en la verdad<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> *Familiaris consortio*, 34.4; *Catecismo*, 2343. En el ámbito educativo, *Orientaciones*, 85. Se trata de una “ley” cuyas implicancias todavía están poco desarrolladas.

<sup>44</sup> Como podrá apreciar el lector a través de las notas al pie de esta reflexión, nos urge redescubrir la profundidad de la enseñanza de la encíclica *Ecclesiam suam* y su caracterización del “diálogo salvífico” (n.54ss.).

SEMBLANZA  
Juan Pablo II  
- 25 años de pontificado-

## Signo de contradicción

Mons. Carlos María Franzini  
Obispo de Rafaela

En los próximos días se cumplirán los 25 años de la elección y del inicio del servicio pastoral de Juan Pablo II como Obispo de Roma y, por tanto, Pastor de la Iglesia Universal. Este acontecimiento me da ocasión para una breve reflexión que quisiera compartir con mis hermanos de fe y con todos los hombres de buena voluntad que reconocen la figura excepcional del Papa, más allá de sus convicciones religiosas.

Esta nota lleva el título de un libro escrito por Karol Wojtyła, futuro Juan Pablo II, siendo Arzobispo de Cracovia. Aunque dicho escrito no tenga referencias autobiográficas su título bien podría ser el de una semblanza personal de este hombre providencial que ha marcado la historia de la Iglesia y del mundo en las últimas décadas del siglo XX y en los inicios del nuevo milenio.

Desde su primera infancia experimentó la contradicción al perder aún siendo niño a su madre y a su hermano. Fue educado sólidamente por su padre y en contacto con el mundo religioso y cultural de su Polonia natal. La historia trágica de su patria forjó en el joven Karol un amor entrañable por su tierra y su gente, por la cultura polaca, que lo capacitó para esa paradójica universalidad de los hombres grandes: el amor a su tierra le abrió a horizontes universales y le hizo desde joven capaz de valorar culturas diversas. Es conocida su amistad juvenil con varios hebreos víctimas del holocausto nazi. Quizás en este itinerario haya sido muy importante su sensibilidad artística y su amor a la poesía. El auténtico patriota y el poeta siempre tienen horizontes amplios. Desde muy joven integró en su rica personalidad el amor al arte, al trabajo y a la patria. Y todo ello a partir de una fe honda y arraigada. La fe, cuando es vivida con madurez, humaniza y plenifica al hombre. Karol Wojtyła es un claro testimonio de esta afirmación.

Durante los años de la ocupación nazi y de la segunda guerra mundial conoció la persecución y el flagelo del autoritarismo. Tanto más dramáticos cuanto que, terminada la guerra y obtenida la supuesta liberación de la mano de los rusos, su Polonia natal fue sometida al yugo comunista del que sólo se liberaría después de muchos años, siendo ya Juan Pablo II un protagonista singular del proceso que culminó en el derrumbamiento del “paraíso” prometido en esta tierra por los seguidores de Marx, Lenin y Stalin.

Su formación sacerdotal se realizó en la clandestinidad. Fue ordenado de forma discreta en la Capilla del Arzobispado de Cracovia y desarrolló sus primeros años de ministerio en contacto con los universitarios y los obreros de su tierra. Contacto que no perdería cuando fue llamado al episcopado, primero como Obispo auxiliar y luego como Arzobispo de Cracovia. Esta experiencia marcaría decisivamente su camino espiritual y pastoral y daría sustento a su futuro magisterio: la fe como elemento fundante de una vida personal y social plena y solidaria; la fe, generadora de cultura y de sentido de nación; la fe como fundamento de la dignidad humana y -por tanto- como antídoto contra ideologías de

diversos signos que pretenden ultrajarla. Así también el aprecio por la vida y su encendida defensa contra todas las formas de atentado contra ella. Su formación filosófica y teológica vendrían a enriquecer y ampliar su vasto horizonte cultural. A ello se añade el cultivo intenso de genuinas amistades, el aprecio por la naturaleza, la vida al aire libre y el deporte. Todo lo cual fue haciendo del futuro Papa un auténtico humanista, forjado en la dura escuela de la adversidad, la persecución y el desencanto pero también en el gozo de la Verdad, la Belleza y el Bien compartidos.

También la contradicción ha marcado su pontificado. No sólo por su estilo pastoral andariego y multifacético sino también por el tinte personal que ha dado a todo su servicio. El hombre que ha sufrido en su propia carne el peso de la violencia es el mismo que llama incansablemente a la paz y a la reconciliación. Todos recordamos su gesto magistral de perdón, al visitar en la cárcel a quien había atentado contra su vida. Argentinos y chilenos tenemos muy presente su compromiso para evitar lo que hubiera sido una guerra absurda y de consecuencias imprevisibles (como toda guerra lo es en realidad). Más recientemente lo hemos visto desplegando todo el peso de su autoridad moral y su liderazgo indiscutido en favor del pueblo iraquí, desenmascarando la hipocresía de los poderosos y convocando a una renovada opción por la paz.

Su condición de víctima de los totalitarismos del siglo XX le habilita para una crítica libre y descarnada de lo que él mismo ha llamado el capitalismo “salvaje”, que ha engendrado “abismos” de desigualdad entre los hombres y los niveles de exclusión social que hoy golpean a la humanidad. Signo de contradicción para los defensores de uno y otro sistema, no ha callado su voz firme y profética para denunciar todo aquello que en las distintas realidades del planeta impiden a los hombres vivir con dignidad.

Su compromiso con la justicia, la solidaridad y la paz le ha llevado a su ineludible defensa de la vida, en todo su arco, desde la vida por nacer hasta su fin natural. Ello le ha convertido en signo de contradicción para quienes sólo miran aspectos fragmentarios. La vida por nacer, denunciando la crueldad del aborto y los abusos de la manipulación genética. La vida nacida, que para ser digna tiene derecho a alimentación, salud, educación, vivienda, trabajo. Y es en el marco de la defensa de la vida que se entiende su insistencia en afianzar la familia como ámbito natural para el pleno desarrollo de la persona humana. En este mismo contexto se ubica su defensa del medio ambiente y su prédica incesante a favor de una globalización de la solidaridad y de los valores y no sólo económica. No todos lo entienden; muchos, desde su mirada ideológica parcial, lo descalifican. Él sigue firme en su misión de servidor de una Verdad, cuyo esplendor quiere manifestar al mundo.

Cuando las propuestas frívolas y facilistas pretenden seducir a los jóvenes, su discurso claro y exigente los cautiva y moviliza. Cuando triunfa el pensamiento “débil” nos propone recuperar el valor de la razón y señala su necesidad para el acto de fe. Cuando se quiere enfrentar a las religiones y hacerlas responsables de odios entre hermanos convoca a los líderes de todas ellas para orar juntos y trabajar por la paz. Cuando los pecados e incoherencias de los que formamos la Iglesia se usan para desacreditarla, los reconoce y pide perdón. Cuando se exalta el físico, la salud y el vigor, su figura débil y quebrantada se agiganta por la incuestionable grandeza de su espíritu.

Signo de contradicción. Siguiendo el camino de su Maestro, que era motivo de escándalo para sus compatriotas, a quien los suyos no reconocieron y tuvieron por amigo de publicanos y pecadores, y que finalmente murió crucificado.

## LA ORACIÓN

### Pensamientos de la Madre Teresa de Calcuta

La oración ensancha nuestros corazones hasta darles la capacidad de contener el don mismo de Dios. Tengo la convicción de que los políticos pasan poco tiempo de rodillas. Estoy, convencida de que desempeñarían mucho mejor su tarea si lo hiciesen.

Tenemos tanta necesidad de orar como de respirar. Sin la oración no podemos hacer nada. Hay, personas que, con tal de no orar, pretextan que la vida es tan agitada que les impide hacerlo. No debe ocurrir esto. La oración no nos exige interrumpir nuestra tarea, sino que sigamos desarrollándola como si fuera una oración. No es necesario estar permanentemente en meditación, ni que experimentemos la sensación consciente de que estamos hablando con Dios, por más que sería muy, agradable. Lo que importa es estar con Él, vivir en Él, en su voluntad. Amar con un corazón puro: amar a todos, especialmente a los pobres, es una oración que se prolonga durante las veinticuatro horas del día. La oración genera fe, la fe genera amor, y, el amor genera servicio a los pobres. San Francisco de Asís compuso la siguiente oración que me gusta mucho. Las Misioneras de la Caridad la recitamos a diario:

Haz de mí, oh Señor, instrumento de tu paz.  
Que a donde hay odio, lleve yo amor;  
donde hay ofensa, lleve yo perdón;  
donde haya duda, lleve yo fe,  
donde hay desesperación, lleve yo esperanza,  
donde hay oscuridad, lleve yo luz;  
donde hay tristeza, lleve yo alegría.  
Oh Señor, que no busque yo tanto ser consolado, como consolar,  
ser comprendido, como comprender;  
ser amado, como amar yo mismo.  
Porque, es dando como se recibe,  
y perdonando como somos perdonados.

El primer requisito para la oración es el silencio. Las personas de oración son personas que saben guardar silencio.

Mi secreto es muy, sencillo: oro. Orar a Cristo es amarlo.

Los filamentos de las bombillas son inútiles si no pasa la corriente. Vosotros, yo, somos los filamentos. La corriente es Dios.

Tenemos la posibilidad de permitir a la corriente pasar a través de nosotros y de utilizarnos para producir la luz del mundo.

Los Apóstoles no sabían cómo rezar, y pidieron a Jesús que les enseñase a hacerlo. Jesús, entonces, les enseñó el Padre Nuestro. Creo que cada vez que decimos el Padre Nuestro, Dios mira sus manos, donde nos tiene dibujados: «Quiero que sepáis que os tengo esculpidos en la palma de mis manos... » (Isaías 49, 16).

¡Qué descripción más hermosa y expresiva del amor personal que Dios siente por cada uno de nosotros! Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos y hermanas esparcidos por todo el mundo, que viven y mueren en soledad y hambre. Dales hoy, por nuestras manos, el pan de cada día. Y, por nuestro amor, dales paz y alegría. Amén.

Orar no es pedir. Orar es ponerse en manos de Dios, a su disposición, y escuchar su voz en lo profundo de nuestros corazones.

(Fuente: Madre Teresa de Calcuta, Orar, Editorial Planeta, 23-26)

## La Formación Permanente de los Presbíteros en nuestra Iglesia Particular

Comisión Episcopal para el Clero  
CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

### Carta a los presbíteros

#### PRESENTACIÓN

La formación permanente del clero es una de las preocupaciones más vivas y constantes en la vida de la Iglesia y es acentuada a partir del Concilio Vaticano II. Las razones que la justifican y la expresan, derivan de la misma identidad del ministerio presbiteral, como don del Espíritu que requiere ser constantemente reavivado (cf. *Tm* 1,6); pero también emergen de las demandas que surgen de la historia y que piden un ministerio siempre más atento y capaz de interpretar el "anuncio" en la fidelidad a Dios y al hombre.

La Comisión episcopal para el Clero ha querido afrontar el problema de la formación permanente poniéndose en la escucha de los mismos presbíteros y de todos los obispos en las Conferencias episcopales regionales, buscando interpretar las experiencias vividas, las fatigas y las exigencias, a fin de elaborar algunas orientaciones útiles para una constructiva programación. La propuesta que deriva y que toma cuerpo en esta Carta a los sacerdotes constituye el resultado de una larga búsqueda, en la que aparecen con suficiente claridad dos datos: por un lado un cierto cansancio de nuestras Iglesias particulares en el proponer verdaderos caminos de formación permanente; por otro, la espera de una propuesta capaz de ser punto de referencia para la reflexión sobre todo al interior de cada presbiterio diocesano, teniendo en cuenta el crecimiento lento de una mentalidad nueva, por crearse al final de los años del seminario, abierta a una formación que se acompaña a las diversas edades de la vida.

La Carta, retomando algunas instancias del magisterio post-conciliar, asume y relea la experiencia ya vivida en el esfuerzo formativo de los sacerdotes e indica algunas perspectivas de novedad, que se insertan en el camino de la Iglesia italiana en el contexto del proyecto cultural.

La actitud de fondo que inspira y acompaña esta Carta es sobretudo la del más vivo reconocimiento para con todos nuestros queridos sacerdotes, sobre los cuales gravita el *pondus dei* del ministerio junto al pueblo de Dios en lo vivo de nuestra comunidad; pero también la actitud de la confianza, que genera comunión y disponibilidad a servir, con los propios obispos, nuestra Iglesia de manera sabia y generosa.

Nuestro tiempo está caracterizado por la complejidad y los rápidos cambios culturales que solicitan a toda la comunidad cristiana, pero de un modo particular a los pastores, sacerdotes y obispos, capacidad de discernimiento para abrir senderos nuevos por una Iglesia en misión, solícita a medirse con los desafíos de la historia. Este discernimiento, por lo tanto, es el don que en la oración queremos pedir al Espíritu, para hacer concreta una formación permanente que sea respuesta verdadera y eficaz al pueblo de Dios que vive en esta temporada de la historia.

Comisión Episcopal para el clero  
Roma, 18 de Mayo 2000. *Jubileo del Clero*



## I parte La formación permanente hoy

Saludamos con afecto reconecedor y espíritu de comunión a todos los sacerdotes de nuestra Iglesia particular. A ellos nos dirigimos para una renovada reflexión sobre el tema de la formación permanente. Somos concientes que este compromiso pone en comunión a todos, presbíteros y obispos, para hacer concreta la promesa del Señor: "Les daré pastores según mi corazón" (*Jer 3,15*).

Existe una preocupación constante en la historia de la Iglesia, que se ha acentuado en los últimos tiempos, sobretudo a partir del Concilio Vaticano II: aquella de la formación de los candidatos al presbiterio y de la formación de los presbíteros en el presbiterio. La formación permanente resulta siempre más necesaria, sea para expresar una imagen verdadera y significativa del presbítero, sea para garantizar una profunda renovación de la Iglesia en una época de grandes cambios.

### *La formación permanente del Concilio hasta hoy*

1. El Concilio, en la conclusión del decreto *Optatam totius*, no deja de reclamar la necesidad de "perfeccionar la formación sacerdotal, con motivo sobretudo de las circunstancias de la sociedad moderna".<sup>45</sup> Además, en el decreto *Presbyterorum ordinis*, observa con realismo el contexto cultural en el cual resultan desafiados los presbíteros y habla de "nuevos obstáculos a la fe", de "aparente esterilidad del trabajo" apostólico, del sentirse "casi extraños respecto al mundo de hoy", de la "experiencia de un crudo aislamiento (*acerba solitudo*)".<sup>46</sup> Como antídoto, dirige a los presbíteros un fuerte pedido a mirar en alto: "Tengan fe en Cristo que los llamó a participar de su sacerdocio, y dedíquense fielmente a su ministerio".<sup>47</sup>

El Concilio recomienda otra vez la necesidad de un perfeccionamiento de la formación sacerdotal allí donde se habla de profundización y actualización de los estudios; con la conciencia que ello pueda servir "también a reforzar la vida espiritual".<sup>48</sup> Pensar la formación permanente, según el Concilio, significa por lo tanto asumir los desafíos de los tiempos y proyectar la formación como actualización teológica-cultural.

2. El Magisterio después del Concilio ha madurado una creciente sensibilidad a propósito de la formación de los presbíteros, evidenciando una doble exigencia.

Por un lado ha subrayado el peso de responsabilidad a cargo de la comunidad educativa de los seminarios. Cada vez que se habla de los problemas pastorales concernientes a la comunidad cristiana se hace apelación al seminario, atribuyéndole un deber educativo a todo campo. Por otra parte, propio de estos tiempos, delineando el límite estructural de la comunidad seminarística en hacer frente a las exigencias formativas puestas en juego por la complejidad cultural en la cual se vive, ha decididamente dilatado el horizonte formativo, llamando a la causa a las Iglesias particulares para una formación que acompañe toda la vida y el ministerio de los presbíteros.

*Orientaciones y normas* de la Iglesia italiana sobre la formación de los presbíteros (1980) presenta un apéndice todo dedicado a la formación permanente: esta "no es una simple repetición, aparece revisada o ampliada con sugerencias aplicativas, de aquella adquirida en el seminario; debe revelarse como un

---

<sup>45</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decr. *Optatam totius*, 22:EV 1, 817.

<sup>46</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 22:EV 1, 1315.

<sup>47</sup> *Idem*: EV: 1, 1317.

<sup>48</sup> *Idem*: 19: EV 1, 1309.

hecho vital, que tiene comienzo en el seminario, y en su progreso necesita adaptaciones, actualizaciones y modificaciones, sin sufrir rupturas o soluciones de continuidad." <sup>49</sup>

Mucho más rico y ahora ya punto de referencia para la formación permanente de los presbíteros hoy es el capítulo VI de la exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis* (1992). En él se enfocan los diversos componentes, las motivaciones teológicas, los itinerarios, las relaciones dinámicas con la Iglesia y con el obispo, los responsables y la modalidad concreta para una programación precisa.

Sobretudo, la *Pastores dabo vobis* ha habituado a considerar la formación permanente como "proceso de continua conversión", <sup>50</sup> implicando la dimensión humana, espiritual, intelectual y pastoral de la personalidad del presbítero. Esa "tiende a ayudar al sacerdote a ser y a hacer el sacerdote en el espíritu y según el estilo de Jesús buen pastor". <sup>51</sup> "En este sentido se puede decir que la formación permanente tiende a hacer que el sacerdote sea un creyente y lo sea siempre más: que se vea siempre en su verdad, con los ojos de Cristo". <sup>52</sup> Y la verdad del ser sacerdote es una verdad de misterio; el presbítero de hecho es representación sacramental de Jesucristo, cabeza y pastor", <sup>53</sup> y "el misterio" necesita de ser insertado en la experiencia vital del presbítero." <sup>54</sup>

### *Las experiencias en la práctica de formación permanente*

3. Las experiencias en la práctica en nuestras Iglesias particulares parecen diseñar un cuadro más bien complejo, que varía de Iglesia a Iglesia y de región a región.

Hay que hacer antes que nada una doble anotación preliminar. Una diferencia notable resulta antes que nada entre las grandes y las pequeñas diócesis: en las primeras la propuesta de formación permanente tiene su estructuración, fruto quizás de una cierta pericia. Sobretudo, en ella surge una doble articulación, derivada del criterio de la edad de ordenación: una es la propuesta y el cuidado de los jóvenes sacerdotes y otra es la propuesta formativa para los presbíteros de muchos años en el camino del ministerio. En cualquier región se advierte pues la necesidad de una colaboración interdiocesana, a través del compromiso de los estudiantados teológicos a nivel regional, también en vistas de la vinculación entre formación seminarística y formación permanente, evitando fracturas entre la impronta académica de los estudios y la perspectiva pastoral del ministerio.

Si entonces miramos en líneas generales el camino de la formación permanente en Italia, en estos años, parece que se puede diseñar un cuadro que articula la experiencia realizada a cuatro niveles.

#### 4. Un primer nivel de *experiencias e iniciativas es el espiritual*

- En muchas diócesis es actual la experiencia de los ejercicios espirituales vividos en forma comunitaria entre los presbíteros de la misma Iglesia particular. En algunas diócesis son propuestos diversos turnos de ejercicios, de manera de favorecer el máximo de participación. La experiencia resulta

---

<sup>49</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *La Formación de los presbíteros en la Iglesia Italiana. Orientaciones y normas*. Documento normativo, Apéndice, 4: ECEI 3, 400.

<sup>50</sup> JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 70:EV 13, 1495.

<sup>51</sup> *Idem*, 73:EV 13, 1510.

<sup>52</sup> *Idem*, EV:13, 1513.

<sup>53</sup> *Idem*, 15: EV 13, 1229.

<sup>54</sup> *Idem*, 24: EV 13, 1274.

vivida en general de modo tradicional, con el silencio continuo, con la reflexión sobre la palabra de Dios, animada a menudo por la presencia de un obispo. En algunas diócesis se prevé un curso de ejercicios en el mismo lugar (casa de espiritualidad o seminario); en otras se opta por una sede geográficamente distante. La presencia del obispo diocesano es juzgada muy positivamente, también por favorecer los encuentros con los sacerdotes singulares.

- Igualmente difundida es la práctica de los *retiros espirituales* con frecuencia mensual. Habitualmente esas jornadas prevén la celebración litúrgica de las Horas, la meditación, un tiempo de silencio o de adoración con posibilidad de celebrar el sacramento de la Reconciliación, un momento de fraterno cambio de ideas sobre el tema propuesto. En no pocos casos se aprovecha del retiro para comunicaciones o debates sobre problemáticas pastorales de la Iglesia diocesana. Se acrecienta, ya sea en los retiros, sea en los ejercicios espirituales la exigencia de un especial cuidado del momento de silencio y de una iniciación a la *lectio divina*, de una familiarización al contacto vivo con la palabra de Dios. En casi todas las diócesis se ha vuelto ya norma habitual la salvaguarda de un día fijo a la semana para una justa ubicación de tales retiros y para favorecer la participación. En los retiros, como en los ejercicios espirituales están implicados habitualmente los presbíteros de las familias religiosas presentes en la diócesis y los diáconos permanentes, en cuanto lo permite su actividad laboral.

##### 5. *A nivel teológico:*

- *Los cursos residenciales fuera de la diócesis:* ellos son articulados en torno a los grandes temas teológicos, que tienen directa referencia con la vida de la Iglesia y con el ministerio pastoral (p.ej.: algunos grandes temas bíblicos, evangelizar hoy, la misión del sacerdote en una Iglesia-misión, etc.).

- En no pocas diócesis han vuelto a ser obligatorios, o casi obligatorios, *cursos de actualización*, para los sacerdotes que han alcanzado fechas de aniversario significativas del ministerio (diez años, veinticinco años,...). Esto favorece la revisión de temáticas teológicas fundamentales y conjuntamente la fraternidad entre los presbíteros. Animadores de estos cursos son a menudo los docentes del seminario o de los estudiantados teológicos. Casi siempre durante tales cursos está previsto el encuentro con el obispo o también su participación prolongada en la iniciativa.

- *Las jornadas teológicas:* alternadas con los retiros o agregados a ellos, con frecuencia casi mensual. Son jornadas de actualización que giran por lo común en torno a los tiempos del año litúrgico-pastoral. Recientemente las temáticas del trienio preparatorio al Jubileo del año 2000 ( Jesucristo, el Espíritu Santo y el Padre), de diversos modos, han estado reinterpretados en los programas de formación teológica permanente dentro de nuestra Iglesia.

- *Los seminarios o talleres:* son cursos ya en programa en cualquier Iglesia y de los cuales se advierte la necesidad de mayor difusión. La metodología tiende a hacer superar a los participantes la simple escucha, para implicarlos activamente a través de una adecuada preparación y, también a través de la participación activa durante su realización.

##### 6. *A nivel de actualidad teológico-pastoral :*

- La experiencia más difundida en nuestra Iglesia está constituida por los *dos (o tres) días del clero*, colocada al final del año litúrgico-pastoral en la comunidad cristiana. Los contenidos de los dos días habitualmente son dedicados a la profundización del plan pastoral de la diócesis o a los grandes temas de actualidad teológico-pastoral. En el primer caso tiene por objetivo las elecciones operativas, que pueden encontrar luego desembocadura en el consejo pastoral diocesano.

- *Encuentros para presbíteros jóvenes* en sus primeros años de sacerdocio: en diversas diócesis están previstos encuentros de una jornada para presbíteros jóvenes, con frecuencia por lo menos quincenal

o mensual. Los sacerdotes llegan al lugar del encuentro la primera noche, a modo de favorecer la dinámica de un momento residencial sereno y sin el apremio de los compromisos pastorales. Para el cuidado de los jóvenes sacerdotes el obispo se vale habitualmente de la colaboración de un delegado. En estos encuentros están previstos la profundización de una temática precisa, la oración, la confrontación fraterna sobre aspectos concretos del ministerio pastoral. Para la pequeñas diócesis resulta decisiva en esta iniciativa la colaboración interdiocesana.

- Sobre todo en las diócesis medias a grandes es juzgada útil la *semana para los nuevos párrocos*, con el fin de insertar al sacerdote como guía de una comunidad, en un ministerio de las múltiples tareas y competencias, que vienen de las problemáticas propiamente pastorales y aquellas jurídicas y administrativas.

#### 7. *A nivel experiencial-agápico:*

Existen algunos encuentros que están adquiriendo un fuerte valor simbólico en orden a la promoción de la comunión presbiteral.

- En primer lugar *la celebración de la Misa crismal* del Jueves Santo, quizás el momento más fuerte de congregación del presbiterio diocesano en torno al propio obispo. Las mismas revistas diocesanas no dejan de dar relevancia a la homilía del Jueves Santo, precisamente por el significado espiritual que ella asume en el camino del presbiterio.

- Otro momento muy significativo para el presbiterio es la *jornada de fraternidad sacerdotal* diocesana, habitualmente celebrada en el seminario, por lo común con la presencia y la animación de los mismos seminaristas. En este contexto del compartir gozoso, se recuerdan los diversos aniversarios de ordenaciones sacerdotales (jornada de la memoria). En algunas diócesis, en tales ocasiones, se da el rito de admisión de los seminaristas al Orden sagrado.

- Otro encuentro muy animador entre los presbíteros es su presencia numerosa en las *ordenaciones diaconales y presbiterales*. En algunas diócesis estos momentos se han vuelto raros, al punto de ser noticia; pero por todas partes asumen la fuerza de signo y de esperanza, ya sea para el presbiterio o sea para la comunidad cristiana, que participan a menudo con una gran presencia de jóvenes.

- Otra experiencia en fase de lenta difusión, no sin aristas problemáticas, son las diversas formas de *fraternidades sacerdotales*, las cuales prevén modalidades diversas de realización. En algunos casos se trata de convivencia entre párroco y vicario al servicio de una misma parroquia; otras veces se trata de sacerdotes con ministerios diversos o al servicio de comunidades cristianas diferentes, los cuales comparten algunos momentos esenciales de vida, como la Liturgia de las Horas y las comidas juntos; otras veces en cambio, son sacerdotes de una iglesia vicaria o zona pastoral (o unidad pastoral) que se reencuentran periódicamente para las comidas y para la programación o la colaboración pastoral.

Más allá de la diversa tipología que se configura al interior de las vivencias concretas de nuestra Iglesia, un dato resulta común: la exigencia de compartir la fatiga del ministerio en un contexto de complejidad cultural.

Son experiencias que en muchas Iglesias tienen ya una prueba regularmente buena; en otras están en fase de rodaje. Precisamente en lo que se refiere a tales perspectivas pastorales se espera, de parte de no pocos presbíteros, una palabra de ánimo de parte de los obispos y una oportuna reflexión, sobre todo en relación a las cambiantes condiciones del ministerio.

- Otra experiencia con notable valor es aquella de los *viajes con finalidad de formación*, sobre todo hacia lugares sacros (como la Tierra Santa) o hacia lugares de fuerte interés pastoral.

- Viene finalmente emergiendo en algunas Iglesias particulares, animadas de la atención de Juan Pablo II a los modelos vocacionales, una creciente valorización de las figuras sacerdotales eminentes del pasado reciente. Regresa una suerte de *escuela de los santos*, los cuales se vuelven motivo de agregación y

de memoria de parte de los presbíteros, animando la esperanza más allá de las penas y de las fatigas que puedan apesadumbrar el ministerio. Resulta por lo tanto provechoso el cuidado sabio de los testimonios de la santidad presbiteral, que no deja de traer sus frutos también en nuestro tiempo.

#### *La formación permanente: exigencias y esperas*

8. Existe amplia convicción que la formación permanente no depende sólo del esfuerzo común de un presbiterio dispuesto a madurar "conjuntamente", elecciones y programas para un serio camino de conversión; esta debe encontrar en el *presbitero singular* la disponibilidad al cuidado de sí, y por lo tanto el esfuerzo necesario a "tomarse de la mano" para responder en modo siempre más incisivo a las instancias del ministerio. Resulta ineficaz la formación permanente sin tener en cuenta el cuidado personal por la vida espiritual y la constante atención a la actualización teológica y a las problemáticas pastorales puestas en juego del contexto cultural en el cual se vive.

De aquí la urgencia de la *reapropiación del tiempo*, como don de Dios, sin ceder a la tentación de la ideología dominante, según la cual no hay más tiempo para sí y para la escucha de las personas, en ese caso la vida y el ministerio parecen envueltos en un pragmatismo sin alma, que al final produce el peligroso síndrome del cansancio psicológico, físico y espiritual, generador a su vez de escepticismo y de encerramiento en sí mismo, con la pérdida de toda pasión por el Reino. No se puede olvidar que el tiempo dado a la propia formación regenera la calidad de las relaciones cotidianas en un ministerio más sereno y más incisivo.

9. Es compartida por todos la necesidad de que sea superada toda forma de *individualismo*, duro de morir también dentro del presbiterio. En general se atribuye tal forma de patología espiritual y humana más al límite de la formación recibida que al aliento de la cultura dominante.

Al individualismo se atribuye el cansancio de hacer discernimiento comunitario, de elaborar en modo participativo un mínimo de proyección pastoral dentro de la Iglesia particular y de la comunidad cristiana. También el mismo afán y fracaso de tantos consejos pastorales parroquiales es atribuido a la insuficiente capacidad del sacerdote de suscitar colaboración y de compartir en un trabajo de conjunto. Pero sobretodo el individualismo penetra la vida y el ministerio porque obstaculiza la comunión y vacía la misma percepción de pertenecer a un único presbiterio.

A veces parece propagarse entre los presbíteros un cierto cansancio y desilusión también por los encuentros de tipo espiritual y pastoral. Por eso, si por una parte se requiere gran atención para que tales encuentros sean provechosos para aquel que participa, por la otra, no se puede olvidar que los encuentros no son solamente funcionales "después", por las elecciones que se realizan; tienen un valor por sí mismos, son signos visibles de la fraternidad que es vivida pertenencia al presbiterio. Por esto hay que tener en cuenta una cierta *ascética de los encuentros*, favoreciendo la amistad entre los sacerdotes, la oración comunitaria, la acogida y a veces también la tolerancia recíproca de los pesos del ministerio.<sup>55</sup>

10. Algunos objetivos deben ser perseguidos con sabia tenacidad de parte de los presbíteros. En primer lugar, se trata de *redescubrir lo esencial* dentro de las muchas cosas por hacer a las cuales se está cotidianamente solicitado. Es obvio que la complejidad es una prerrogativa de nuestro tiempo, a la cual no puede no corresponder la complejidad del ministerio pastoral. Esto requiere sobretodo al presbítero aquella capacidad de síntesis y de percepción de lo esencial que supone un sabio discernimiento de las demandas verdaderas, que provienen de las situaciones emergentes. Un interrogante no puede ser eludido sobre todo hoy: ¿qué cosa es esencial a la vida y al ministerio del sacerdote hoy, y qué cosa no es delegable a otros?

---

<sup>55</sup> Cf. Gal 5,13.

El discernimiento de lo esencial permite reencontrar aquella necesaria *unidad* en el ministerio que no consiste sólo en un orden exterior, sino en la adhesión profunda a la voluntad de Dios,<sup>56</sup> que nada deja a la casualidad o al condicionamiento exterior, sino es el hilo interior de una existencia unificada en la convicción, de ser llamados al servicio del Reino.

11. *Esencialidad y unidad* permiten recuperar otra cualidad humana absolutamente urgente y preciosa para los presbíteros de nuestro tiempo: la *serenidad*, condición para un testimonio de relaciones cotidianas verdaderamente oblativa. La capacidad de estar entre la gente con serenidad es una necesidad grande sobretodo entre los laicos. Esto libera al sacerdote de la tentación de la desconfianza y del pesimismo y lo restituye sembrador de esperanza en contextos ya pobres de confianza en las personas y en las instituciones.

La recuperación de una relación serena con los hermanos y con la gente requiere una doble atención: por una parte un tranquilo planteamiento de la vida espiritual, fuente fecunda de un ministerio pastoral de alto perfil; por otra una seria conciencia crítica frente a los desafíos del contexto cultural.

"Habitar la historia" es obligación para el presbítero, a fin de evitar aquellos miedos que crean ansiedad y aislamiento, y generan involuciones frustrantes. De aquí el conocimiento de los instrumentos y de los contenidos para discernir con objetividad los problemas que la vicisitud cultural pone en el camino de nuestra comunidad y del ministerio. Es urgente evitar lecturas reductivas o aproximativas, que habitualmente inclinan al pesimismo y a peligrosas tomas de distancia, generando endurecimiento y cerrazón.

12. Para una efectiva disponibilidad a la formación permanente no se pueden ignorar los *valores humanos*, en su espesor existencial dentro de nuestra comunidad cristiana; ni tampoco puede ser devaluada la atención a la *vida concreta del presbítero*, su habitat humano.

La vivienda del sacerdote no constituye sólo un problema por dejar a la persona sola, sino debe ser la misma Iglesia particular la que se hace cargo, a través de las personas encargadas, para seguir de cerca sobretodo la fase del asentamiento del sacerdote en una comunidad, a fin de evitar la soledad o el desinterés en ese momento delicado.

El interés del obispo y de la Iglesia particular favorece un estilo de vida abierto y disponible a los empujes y a los programas que pueden venir de la propia Iglesia y del propio presbiterio.

13. Parece que un poco en todas partes la formación permanente necesitara en nuestras Iglesias particulares una suerte de *salto de cualidad*, sobretodo en las diócesis pequeñas y medianas: aquello del pasaje de experiencias ocasionales a verdaderos proyectos orgánicos, condición esencial para garantizarnos la fecundidad.

Cuando se habla de "proyecto" no se entiende sólo aquello concerniente a la formación permanente de los presbíteros, sino el proyecto pastoral que en cada Iglesia particular se da, en base a su historia y a las exigencias que la caracterizan. De aquí la importancia de comparar y de verificar sea a nivel diocesano, sea a nivel regional, para favorecer un mínimo de convergencia de los caminos en los contenidos y en los métodos, incluso salvando el pluralismo respetuoso de la historia de cada Iglesia particular.

El mismo proyecto cultural en la Iglesia italiana parece necesitar mayor sabiduría e implicación de parte de los presbíteros, sobretodo en la perspectiva de una efectiva participación de nuestra comunidad.

---

<sup>56</sup> Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 14:EV 1, 1290.

14. Decisiva, en orden a la formación permanente, es la presencia y el rol del *obispo*. Es a él que le toca garantizar un presbiterio unido como signo y testimonio al servicio del Pueblo de Dios. Al obispo se le solicita también establecer una relación directa con los sacerdotes, visitándolos también en sus casas; y sobretodo buscando encontrar aquellos sacerdotes que habitualmente, por motivos a veces no bien identificados, están al margen o desvalidos en la vida eclesial.

## II parte Los contextos vitales de la formación permanente

### *Dentro del horizonte del proyecto cultural de la Iglesia italiana*

15. Quizás ninguno más que los presbíteros están en condiciones de advertir la fractura entre el evangelio y la cultura, ya reclamada con tono preocupado por Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: "La ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin duda el drama de nuestra época."<sup>57</sup>

No es extraño entonces que de hecho, precisamente entre los presbíteros circulen preguntas inquietantes: ¿qué incidencia tienen nuestro ministerio y sobretodo nuestra evangelización, nuestras homilias del domingo al pueblo, habituado a otro lenguaje y a otros modelos de pensamiento y de vida? Preguntas de este género ponen a dura prueba la fuerza interior que debe animar el ministerio, hasta provocar a veces una suerte de resignación, una pérdida de sintonía con la longitud de onda del hombre de nuestro tiempo.

La cultura que se expresa en el modo de pensar de la gente, en sus elecciones de fondo, en sus relaciones sociales, en su modo de concebir la persona, la familia y la sociedad, en su modo de relacionarse con Dios, va en otra dirección: aquella de un *subjetivismo exasperado*. Cada cual se construye su mundo de valores o de falsos valores: de aquí el individualismo que sofoca la solidaridad y debilita la pertenencia comunitaria, el culto del presente que mortifica el deseo de futuro, el mito de la imagen que lleva al descuido del mundo interior y la conciencia, el mito de la salud que enfatiza la segunda edad con el rechazo de la infancia y de la vejez.

Por lo tanto, si el proyecto cultural es el desafío positivo para una Iglesia en estado de misión y de nueva evangelización, provocada a salir del templo, el primero de ser implicado es precisamente el presbítero, conciente de hecho más que otros que "una fe que no se hace cultura es una fe no asumida plenamente, no enteramente pensada, no fielmente vivida".<sup>58</sup>

16. ¿Qué significa entonces para los presbíteros hacer pastoral en nuestra Iglesia dentro del horizonte del proyecto cultural orientado en sentido cristiano? Parece que a los presbíteros les son confiadas especialmente tres tareas:

En primer lugar, saber *discernir*: "El fenómeno actual del pluralismo acentuado como nunca, en el ámbito no sólo de la sociedad humana sino también de la misma comunidad eclesial, solicita una particular actitud para el discernimiento crítico".<sup>59</sup> Y el discernimiento evangélico "es la interpretación que se da en la luz y en la fuerza del evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el

<sup>57</sup> PABLO VI, Exhort. Ap. Post-sinodal *Evangelii nuntiandi*, 20:EV 5, 1612.

<sup>58</sup> JUAN PABLO II, *Discurso al Congreso nacional del M.E.I.C.* ( 16 de enero 1982), 2: Enseñanzas de Juan Pablo II, V/1, 131.

<sup>59</sup> JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 51:EV 13,1412

don del Espíritu Santo".<sup>60</sup> El Congreso eclesial de Palermo ha llamado la atención también sobre la importancia del *discernimiento comunitario*, a llevar a cabo sobretodo en nuestra comunidad, en el consejo de participación, en el cual el rol pastoral del presbítero resulta decisivo.<sup>61</sup>

Todo esto reclama la reconciliación con la historia, evitando lecturas pesimistas y aproximadas; requiere estar dentro del *debate cultural* sobre los grandes temas de actualidad y sobre las demandas de significado que se alzan en torno a la vida, a la persona, a la sociedad y a la historia.

El discernir compromete obligadamente la comunidad eclesial a dos niveles de la cultura: la considerada *cultura alta* (universidad, investigación, centros culturales, etc.) y la *cultura popular* (en especial aquella de nuestra parroquia), sin olvidar nunca que en el corto o largo plazo se produce una ósmosis entre los dos niveles. Pero sobretodo teniendo presente que precisamente el presbítero tiene una función determinante en relación a la cultura popular, de la cual está entretejida la vida de la gente y con la cual debe medirse la pastoral ordinaria.

- En segundo lugar la connotación cultural de la pastoral ordinaria requiere que el presbítero se reconcilie con el *proyectar*. Dentro de una cultura de la complejidad, la propuesta pastoral no puede no ser articulada y compleja para resultar adherente e incisiva. Se trata en el fondo de pasar de la parroquia como sujeto homogéneo para la *cura animarum*, a una parroquia como sujeto articulado para la misión; sin caer obviamente en el riesgo, no abstracto, de la burocratización o del énfasis de los medios. Tal parroquia no puede eximirse de promover colaboraciones con otras parroquias para llevar a cabo la misión en diversas direcciones sobre el territorio: hacia la escuela, la sanidad, la administración pública, el voluntariado, etc. Tiene necesidad de comprometer más a los laicos en la común misión evangelizadora.

- En tercer lugar el proyecto cultural lanza un desafío a los presbíteros y a la comunidad en el frente del *comunicar*. Existen de hecho dos niveles de comunicación en la pastoral ordinaria de nuestra comunidad: está la urgencia del *comunicar mediático* (a través de los medios masivos), *telemático* y aquella del *comunicar pedagógico* (a través del diálogo educativo). De aquí la clarividencia pastoral para una sabia utilización de los medios masivos para dar voz a nuestra comunidad evangelizadora. Pero también la preocupación pedagógica pide un gran compromiso cultural en el frente de la pastoral ordinaria. Se trata de afrontar el nudo decisivo: ¿Cómo transmitir de manera incisiva el evangelio a las nuevas generaciones? De allí la marca y el amplio compromiso por la formación en la comunidad, con una particular atención a los educadores: a la familia, a los catequistas, y a los animadores.

En definitiva, si la formación permanente debe colocarse dentro del horizonte del proyecto cultural, no puede no prefigurarse sin capacitar al presbítero a la sabiduría y a la fatiga del discernir y del proyectar con los lenguajes comunicativos de este tiempo.

### *En la conciencia de ser presbítero*

---

<sup>60</sup> *Idem*, 10: EV 13, 1207.

<sup>61</sup> Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, *Con el don de la caridad dentro de la historia. La Iglesia en Italia después del Congreso de Palermo*. Nota pastoral del Episcopado Italiano, 21: Noticiario CEI 1996, 171-172.



17. Es preciso crear en cada presbítero la conciencia de pensar y elegir en virtud de la común ordenación y misión. *L'unum presbyterium* no es fruto de estrategias particulares de consenso y de homologación, sino de una verdadera y dinámica espiritualidad de comunión, fruto de la unidad sacramental del presbiterio en la Iglesia.

Este aspecto invierte la experiencia concreta de cada sacerdote singular, que va de su inserción en la vida pastoral, a su ser parte activa en las decisiones y en la corresponsabilidad con el obispo y con los otros sacerdotes, hasta el momento de sus dimisiones por ancianidad, que son dimisiones de un encargo pero no de un presbiterio.

Se ubica entonces el problema del "cómo" educar el futuro presbítero para ser sujeto de comunión y no individualista, y del "cómo" la fraternidad presbiteral pueda ser expresada y experimentada.

Formas concretas de comunión presbiteral son las amplias experiencias de fraternidad presbiteral; las cuales sin embargo, no son solamente destinadas a resolver la exigencia de tipo logístico y doméstico, sino a vivir mejor la propia misión.

#### *Al servicio de una comunidad cristiana abierta a la misión*

18. Si el presbiterio constituye la primer pertenencia de cada llamado al ministerio a través de la gracia del Orden, cada presbítero sirve a la Iglesia en una comunidad cristiana que lo provoca constantemente a una relación oblativa.

En una Iglesia que es comunidad misionera, los presbíteros deben hacerse capaces de reconocer los carismas, de hacer nacer colaboración y de vivir una real corresponsabilidad al servicio del Reino. El sacerdote es *communio minister*. De aquí el compromiso del presbítero como primer animador vocacional de la comunidad, como siervo de la comunión para una Iglesia en misión. La comunidad cristiana con el rico círculo de relaciones y de amistad con laicos, individuos y familias, es escuela exigente y estímulo de formación para sus presbíteros.

Particular atención merece una experiencia inédita que va difundiéndose en muchísimas Iglesias particulares italianas, aunque según una tipología no homogénea: se trata de diversas formas de colaboración interparroquial, que van bajo el nombre de *unidad pastoral*. Lo que requiere una actitud de colaboración, la valorización de los carismas, la lectura de las exigencias específicas del territorio sobre el cual están ubicadas las comunidades cristianas.

#### *Solidarios y partícipes del camino de la Iglesia particular*

19. Las muchas instancias, tradicionales e inéditas, puestas en juego en nuestra Iglesia y en la formación permanente del presbítero, encuentran una respuesta de síntesis en la elaboración del *plan pastoral diocesano*. La acción pastoral no puede ser simplista, en cambio sí debe ser una *respuesta-propuesta* articulada para incidir eficazmente en la cultura de la complejidad. De aquí la obra coral de una Iglesia que se realiza con la contribución de todos en un plan pastoral.

No solo esto, hoy vivimos en una época histórica en que muchas tradiciones son como senderos interrumpidos, no pasan más a las nuevas generaciones. Se trata de encauzarse en las nuevas. Y esto se hace posible a través del plan pastoral comunitariamente discutido, orgánicamente creado, y proyectado en el futuro con oportunas verificaciones y capacidad de innovación.

### III parte

#### Por un proyecto orgánico de formación permanente

### *La disponibilidad a proyectar la propia formación*

20. Los riesgos de los caminos pastorales de nuestra comunidad cristiana, como de la formación permanente, son esencialmente dos: por una parte la programación de proyectos rígidos, que luego es muy difícil traducir en la praxis pastoral; por otra, la costumbre a formas de propuestas, tal vez interesantes y hasta implicantes, pero sin claridad de objetivos y sin marco de referencia sistemático.

Es claro que justamente en el ámbito de los presbíteros surge una suerte de contradicción: existe la necesidad de una formación permanente seria, nueva, sistemática; pero permanece *la fatiga de proyectar y sobretodo del permanecer fiel* a un camino puntual y exigente. Esto requiere la capacidad de una lectura sabia de los problemas (la necesidad, los recursos, las resistencias y esto sobretodo en los consejos de participación), la capacidad de propuestas bien medidas en los objetivos a perseguir y que se traducen en programas graduales, y finalmente la paciencia de la verificación comunitaria, sobretodo al término del año pastoral, para reanudar de modo más correcto una nueva etapa del camino.

Es dentro del recorrido de la Iglesia particular que se coloca un proyecto plurianual de formación permanente del clero, que debe ser revisado cada año con oportunas integraciones y correcciones y debe ser acogido con interna participación en las decisiones personales por parte de cada presbítero.

### *Tener viva una imagen alta del sacerdote "signo de Cristo pastor"*

21. La formación permanente es un proceso de conversión continua, iniciado en el camino del seminario, que prosigue en el ministerio teniendo bien clara la imagen del sacerdote a la cual está acostumbrado el rico Magisterio conciliar y post-conciliar.

El sacerdote es *el hombre de las múltiples relaciones*, radicadas en la gracia del orden sagrado. La relación fundamental y fundante se instaura con el misterio trinitario y cristológico, en cuanto el sacerdote es "representación sacramental de Cristo cabeza y pastor" <sup>62</sup> de la Iglesia. La centralidad cristológica comporta la certeza de que el ministerio vivido como cotidiana entrega a Cristo y a la Iglesia es vía original a la santidad. La unidad con Cristo constituye la fuerza decisiva en las diferentes vicisitudes del servicio, con sus gratificaciones y su eficacia, pero también con sus derrotas y sus desilusiones.

Sobre la base de esta relación que hace del sacerdote el hombre del misterio, toman consistencia las otras relaciones: aquellas con la Iglesia, con el presbiterio, con la comunidad, con las personas, en una precisa forma oblativa y misionera. No puede existir el sacerdote solitario; con el Orden sagrado él entra a formar parte de una "fraternidad sacramental", <sup>63</sup> y la comunión se vuelve la modalidad fundamental a través de la cual cada presbítero sirve a la Iglesia y promueve la misión en el mundo.

De aquí la atención constante de la formación permanente para hacer que el presbítero esté abierto a las relaciones oblativas con las personas. Esto pone en guardia frente a cerrazones resentidas, que a veces están fundadas en malentendidos o injusticias. Una imagen auténtica de pastor se mide constantemente con el modelo del "buen pastor" el cual es presentado en el evangelio de Juan, <sup>64</sup> y sabe expresarse con el trato de la magnanimidad, de la cordial comunión y de la viva pasión por la salvación de cada hombre. Sin olvidar que la plenitud de la humanidad, radicada en la Pascua del Señor, se vuelve mensaje elocuente como fundamental propuesta vocacional, a través del testimonio de la alegría, sobretodo en el encuentro con los jóvenes.

---

<sup>62</sup> JUAN PABLO II, Exhort. Ap. Post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 15:EV 13, 1229.

<sup>63</sup> CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 8: EV 1, 1267.

<sup>64</sup> Cf. Gv. 10.

La vida relacional del presbítero se concretiza y crece alimentando la dimensión contemplativa en una relación intensa con el Señor, en la oración litúrgica y personal. Se expresa con afectuosa atención hacia los hermanos de cada edad sin exclusión de ninguno. Se desarrolla en el encuentro fecundo con los laicos y con todas las expresiones vocacionales de la comunidad, con particular atención a la familia, en una reciprocidad acogedora; no sin una disponibilidad colaboradora con la ministerialidad de la mujer, largamente presente en nuestra comunidad. El sacerdote sabe expresar en el encuentro con todos una actitud de estima, de cordial humanidad, promoviendo todas las vocaciones, con particular cuidado de aquellas que constituyen la dimensión profética de la Iglesia, como la vida consagrada, o expresan su tensión misionera. La vocacionalidad, la ministerialidad y la misionariedad son dimensiones que entran en la fatiga cotidiana del discernimiento del pastor. Mejor dicho son los elementos más reveladores de una comunidad cristiana viva.

La formación permanente debe ayudar a cada presbítero a ser pastor vigilante en la propia comunidad, para que evite caer en la patología de la mediocridad, análoga a aquella que afligía a la comunidad de Laodicea.<sup>65</sup>

El presbítero es en suma el hombre de las múltiples relaciones, que deben encontrar en su mundo interior estabilidad de motivaciones, equilibrio probado y constante, disponibilidad a la escucha, al diálogo y a la iniciativa, en modo que él pueda volverse un efectivo punto de referencia para la vida de la comunidad y de las personas.

#### *La caridad pastoral, alma de una forma de vida evangélica*

22. El proceso de continua conversión, intrínseco al dinamismo de la formación permanente, no es simplemente provocado por la obvia necesidad de estar al paso con los tiempos, sino encuentra su profunda y más verdadera motivación en el dinamismo del don recibido con el sacramento del Orden. No es casual que el capítulo VI de la *Pastores dabo vobis* sobre la formación permanente comience precisamente así: "Te recuerdo de reavivar el don de Dios que hay en ti." (2 Tm 1,6).

Por lo tanto la llave interpretativa fundamental de la formación permanente es la *caridad pastoral*, que constituye el secreto de un ministerio todo orientado al servicio de la Iglesia en su ardua misión evangelizadora. La cualidad de la vida espiritual es la respuesta a la cual es concretamente solicitado el presbítero por las esperas legítimas del pueblo de Dios a él confiado. La misma radicalidad del seguimiento a la cual es llamado el sacerdote en el testimonio positivo y gozoso del celibato, encuentra su más creíble y apasionada motivación en la caridad pastoral, como elección positiva del Señor, para volverse signo transparente y eficaz. De aquí el primado de la caridad pastoral y su fuerza motivadora de una vida gozosamente donada en la obediencia, en el celibato por el Reino y en el sobrio planteamiento de la existencia cotidiana a imitación del Cristo pobre.

La *caridad pastoral*, como alma de la espiritualidad del presbítero, ha encontrado notable interés en la reflexión post-conciliar de nuestra Iglesia. Pero urge darle cualidad concreta, sobretudo en relación a los tres aspectos de la forma de vida evangélica, desarrollando ya desde los años del seminario los grandes temas de la afectividad, de la relación con los bienes materiales y con el dinero, y de la obediencia en la comunión.

La radicalidad en el seguimiento evangélico tiene necesidad de ser profundizada en constante referencia a Cristo para volverse un signo convincente de profecía en este contexto cultural en el cual ciertos valores parecen irrisorios u olvidados. Por eso el cuidado de madurar un robusto equilibrio humano y espiritual, en la capacidad de relaciones transparentes evangélicamente motivadas; de allí el correcto uso

---

<sup>65</sup> Cf. *Ap.* 3,15-16

de los bienes materiales, caracterizado por la sobriedad, contra todo riesgo de aburguesamiento que ofusca gravemente la imagen del sacerdote como testimonio del Cristo pobre.

El sacerdote debe dar pues, ejemplo de administración clara y precisa de los bienes materiales de la comunidad, con el cuidado de implicar a los laicos expertos en responsabilidades concretas, evitando confusiones entre los bienes propios y aquellos de la comunidad. El mismo testimonio del sacerdote es la última palabra que puede revelar la imagen de un pastor totalmente dedicado a la comunidad, o puede ofuscarla en modo irreparable.

También requiere gran cuidado la formación a la obediencia como cordial disponibilidad a vivir siempre la comunión con el obispo y con la Iglesia, también en los momentos inevitables de posible incompreensión o fatiga, sobretodo en ocasión de traslado de una parroquia a otra o de un servicio ministerial a otro en el contexto de la Iglesia particular.

La formación permanente, animada por la caridad del pastor, acrecienta y decide la calidad de la misma renovación eclesial, sincronizada con la historia y con la acción misteriosa pero realmente operante del Espíritu. Se da de hecho una relación especular entre la comunidad cristiana y el presbítero, entre Iglesia particular y presbiterio. La comunidad puede ser positivamente estimulada a crecer al paso de quien la guía.

La formación permanente no nace pues solamente de las nuevas emergencias históricas, sino de la misma naturaleza del don, y ayuda al presbítero a tener viva la caridad pastoral, cual verdadero secreto, para no perder el asombro frente al misterio del cual cada presbítero es signo y siervo.

#### *Los componentes de la formación permanente*

23. Una imagen auténtica de pastor, guía de una comunidad y participe en el presbiterio por la responsabilidad del obispo hacia la Iglesia particular, no soporta desarmonías de la personalidad. El secreto de una robusta madurez humana y espiritual es la síntesis de los diversos componentes del prisma de la personalidad.

La síntesis educativa de la cual se habla en el proyecto del seminario constituye una suerte de ideal siempre incitante, y a perseguir con humildad y tenacidad. De allí la constante autoconciencia del presbítero que no pierde ocasión por comprender de nuevo la propia experiencia como itinerario abierto, en tensión hacia la *santidad*, la cual sabe fundir en armonía el don y las apelaciones del Espíritu con una generosa correspondencia a la gracia, sin ceder a la tentación de la mediocridad que a menudo reduce la eficacia del ministerio.

De aquí el esfuerzo por alimentar y por armonizar los diversos componentes de la formación permanente: humano, espiritual, intelectual y pastoral. " En el contacto cotidiano con los hombres, en el compartir de su vida cada día, el sacerdote debe crecer y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las demandas implícitas, compartir las esperanzas y expectativas, la alegría y el cansancio del vivir común; ser capaz de encontrar a todos y de dialogar con todos." <sup>66</sup> No debe olvidarse que la *humanidad del sacerdote* es la normal mediación cotidiana de los bienes salvíficos del Reino: los puede favorecer o perjudicar.

Por otra parte el presbítero no es sólo un hombre entre otros, con su carga de simpatía y de originalidad, sino dócil instrumento del Espíritu que opera misteriosamente en la historia. De aquí el cuidado de la *vida espiritual*, que expresa el verdadero rostro del sacerdote como signo de Cristo Pastor, hombre entre la gente. *Cercano* y por esto profundamente humano; pero *distinto* por el misterio del cual es signo y siervo. La vida espiritual requiere el coraje de una *regla de vida* en la cual encuentran espacio la *lectio divina*, la oración, el silencio, la preparación a las acciones litúrgicas, la revisión de vida, la

---

<sup>66</sup> Juan Pablo II, Exort. Ap. Post-sinodal *Pastores dabo bovis*, 72: EV 13, 1501.

celebración del sacramento de la Reconciliación, la participación anual en los ejercicios espirituales, la dirección espiritual (pasiva y activa), los encuentros fraternos y pastorales con el presbiterio.

En la regla de vida encuentra naturalmente espacio la *formación intelectual* del ministerio y por lo tanto el estudio, sobretodo teológico, que no puede terminarse con los últimos exámenes de la currícula seminarística. En un contexto de confusión y de relativismo invasivo, la gente solicita que el presbítero se vuelva punto de referencia con la sabiduría de la escucha y del diálogo. La actualización se vuelve por lo tanto un deber que el sacerdote conserva en el encuentro con el pueblo de Dios y del hombre en general. De aquí la simpatía por los libros, por los encuentros o los cursos de profundización, sin confiar el destino de la propia puesta al día a la rápida lectura de algún periódico.

Y finalmente la *formación pastoral*. El presbítero no debe nunca olvidarse de ser guía de la comunidad, en una Iglesia inmersa en la historia y abierta al mundo. La dimensión pastoral se vuelve por lo tanto perspectiva unificadora de todos los componentes de la formación permanente. Sólo la sincronía de los componentes personales – humano, espiritual e intelectual - impide al ministerio ceder a la tentación de un activismo estéril aunque aparentemente gratificante y lo mantiene vivo, creativo y fecundo.

### *Prestar atención a las diversas edades de la vida*

24. Precisamente porque el presbítero no está sustraído del temperamento cultural de este tiempo, no está exento de la tentación de mitificar sobretodo una etapa de la vida: aquella de la segunda edad. En realidad la comunidad cristiana contrasta positivamente la tendencia marginadora de la ancianidad, cuando afirma que cada persona y cada edad de la existencia es un precioso don de Dios. Pero no menos la contrasta cuando presta un cuidado asiduo y afectuoso a los sufrientes, a los enfermos y a los ancianos.

Por lo tanto la formación permanente apunta a un doble objetivo. Por una parte ayuda a cada presbítero a reconocer que todas las edades y condiciones de vida son un permanente estado de servicio para la Iglesia. No se es sacerdote sólo para hacer, sino para ser. Esto anima a superar ciertas formas de soledad y de aparente inutilidad que impresionan la vejez o la enfermedad de tantos sacerdotes. Pero al mismo tiempo la formación permanente debe prestar particular atención a la edad de los presbíteros. Cada momento de la parábola de la vida tiene su contribución específica para el bien global de la Iglesia.

De aquí el cuidado de los *jóvenes sacerdotes* que ya está concretado en propuestas de itinerarios precisos en muchas Iglesias particulares, sobretodo medio - grandes. Esto no significa solamente prever sabios programas de integración o de actualización de cuanto ofrece el seminario, sino también requiere una prudente atención al primer destino de los nuevos - ordenados: " La cualidad del presbítero o de los presbíteros a los cuales confiar un joven sacerdote puede ser reconocida en base a algunos rasgos, por ejemplo: espíritu de acogida, franqueza y apertura de mente y de corazón, clarividente disponibilidad a promover el discernimiento común y a la animación paternal."<sup>67</sup> La formación permanente apunta por lo tanto a suscitar acogida y estima recíproca entre los presbíteros, creando comunión entre las diversas generaciones. A este fin es útil que los programas previstos para los sacerdotes jóvenes y aquellos para todo el presbiterio en general sean bien armonizados, en modo que los jóvenes presbíteros, si bien teniendo un propio camino de formación, no se sientan exentos de participar de las jornadas previstas para todo el presbiterio.

La comunión se construye a través de una realista acogida de los valores y límites de cada edad. Los *jóvenes presbíteros* saben llevar en general en el presbiterio y en los contextos vitales de nuestra comunidad, capacidad de decisión, entusiasmo, deseo sincero de servir a la Iglesia. Pero por otra parte su

---

<sup>67</sup> COMISIÓN EPISCOPAL PARA EL CLERO, Nota *Líneas comunes para la vida de nuestros seminarios*, 67: Noticiario CEI 1999, 213.

más fácil fatigabilidad, el riesgo de encierro en un grupo homogéneo, a veces obstaculiza una visión de conjunto y una inmersión realista y crítica en la complejidad de la historia. La edad de la juventud se identifica, teóricamente, con la actitud de la *renovación*; pero de hecho emergen, no raramente, formas de tradicionalismo que se pensaba desde tiempo decadente. En particular hay que administrar en esta edad, el previsible pasaje del éxito a la desilusión, de la simpatía por la experiencia extraordinaria a la fidelidad en lo cotidiano. Es necesario superar la fácil presunción de estar ya formados; y hay que prestar gran atención y cuidado a las relaciones comunitarias, sobretodo con los laicos, huyendo de ciertas formas de encierro o de clericalismo.

El sacerdote de la considerada *segunda edad* llega habitualmente, después de un ministerio bien planteado, a una buena síntesis entre experiencia y creatividad pastoral, y por lo tanto constituye una presencia decisiva para la calidad de la pastoral diocesana. Pero esta es también la edad del desencanto pastoral, que arrastra hacia formas de descontento y de desaliño sea en la predicación sea en las celebraciones litúrgicas. La formación permanente debe apuntar a motivar de nuevo los tiempos del estudio y de los esfuerzos pastorales serios. Sobretodo es importante saber administrar las "pausas" para reencontrar el gusto por el silencio, la reflexión y el estudio. Está fuera de dudas que resulta ser esta la edad de la capacidad de *implicación*, en la cual emerge la personalidad madura del pastor generoso y equilibrado, totalmente dado a su comunidad y a la Iglesia.

Finalmente la formación permanente no puede ignorar una tendencia también de los presbíteros de nuestras Iglesias particulares que refleja el desarrollo demográfico de la sociedad occidental: crece el número de los sacerdotes ancianos respecto a los nuevos. La presencia del anciano puede ser un verdadero recurso para nuestras comunidades; pero no se puede ignorar el peso de sufrimiento y de cansancio que aflige a tantos sacerdotes de la tercera edad, desilusionados también de la contracción numérica y del sentimiento de decadencia de no pocas comunidades cristianas. Todo esto requiere perspicacia en la misma elaboración de los proyectos pastorales, para que, por una parte no resulten penalizadas las comunidades cristianas y por otra no carguen sobre las espaldas de tantos presbíteros un peso excesivo. Los sacerdotes de una cierta edad, que a menudo viven un poco marginados porque están afligidos por una enfermedad, tienen necesidad de percibir el aliento de la comunión fraterna de todo el presbiterio; pero, a su vez, deben madurar una actitud al servicio de la *animación* en el encuentro con los hermanos que están en la senda del ministerio activo.

### *Los contenidos de la formación permanente*

25. Las experiencias de hecho en nuestras Iglesias particulares parecen converger hacia algunos contenidos de la formación, que enfocan la fisonomía espiritual del presbítero diocesano. Es subrayada la preocupación de profundizar en la identidad propia, la cual ha venido diseñándose a partir sobretodo del decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*. De aquí las grandes temáticas teológico espirituales y pastorales claramente indicadas en el mismo decreto conciliar, en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* y en el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (1994).

Son contenidos que tocan varios aspectos de la *identidad presbiteral*: el vínculo sacramental con Cristo pastor, la fundación teológica de la fraternidad sacerdotal y la relación "con" y "en la" Iglesia abierta a la misión. En lo que toca al *ejercicio del ministerio*, sobretodo, la relación del presbítero con la Palabra como primer evangelizador, con la Eucaristía y los otros sacramentos, con la oración, con el discernimiento para la guía de la comunidad y de las personas. Por último, en relación con la *espiritualidad del ministerio*, una particular atención a la "caridad pastoral" como categoría espiritual de síntesis de la acción pastoral y del seguimiento evangélico en la obediencia, el celibato y la pobreza y como camino de santidad en la forma específica del sacerdote diocesano. En torno a estas temáticas

privilegiadas emerge difusamente y oportunamente el esfuerzo de una actualizada profundización bíblica y teológica en continuación con lo ya adquirido en el seminario.

Otra área de contenidos, manifiestamente tocada en los programas ya probados de formación permanente, mira a la lectura cultural de nuestro tiempo y sobretodo aquella directamente conectada con las problemáticas emergentes hoy y que constituyen desafíos pastorales a la misma comunidad cristiana, llamada a replantear el propio esfuerzo evangelizador.

Dentro de este horizonte de la comunidad evangelizadora se imponen oportunamente las grandes temáticas de la doctrina social de la Iglesia, con particular atención al mundo del trabajo y a la vida socio-política, de la pastoral juvenil, familiar, vocacional y ecuménica, y del modo de comunicarse con el hombre de nuestro tiempo ( que incluye también las formas más comunes de la homilía dominical, la catequesis, la formación y los Medios de comunicación social ).

Es sobre esta vertiente que van ulteriormente desarrollados otros contenidos de la formación permanente: por una parte es necesario familiarizarse con los criterios de discernimiento, para evitar extravíos o escapes en la difícil complejidad de este momento crucial de la época; por otra, justamente el presbítero, como guía de comunidad, debe saber conjugar los grandes principios éticos con los nuevos desafíos venidos del desarrollo tecnológico, especialmente en el campo biológico. Los debates de actualidad ética y social no tienen necesidad solamente de expertos fáciles de hallar en los estudiantados teológicos, sino hacen apelación a una presencia más cercana y actualizada de los presbíteros, en posesión de los elementos esenciales de las cuestiones debatidas y capaces de iluminarlas con la luz de la fe, de modo simple, para las personas confiadas a ellos.

Así, sobretodo los presbíteros, como primeros evangelizadores, son ayudados para tener claridad sobre la decisiva relación entre *nueva evangelización y proyecto cultural*, para volverse competentes intérpretes y profetas de una esperada nueva estación de la Iglesia en la historia.

Finalmente, un aspecto ciertamente no irrelevante del ministerio atañe al deber de guía responsable de una comunidad, "la cual no está solamente hecha de personas, sino también de bienes y de obras a administrar. De allí la necesidad de un adecuado conocimiento de las normas canónicas y de una congruente incorporación al ejercicio de la práctica administrativa en la gestión de una comunidad".<sup>68</sup> También sobre estos aspectos es necesario una puntual actualización, sin improvisaciones, que a veces se vuelven en detrimento del mismo ministro.

### *Relación entre seminario y presbiterio*

26. La relación dinámica y fecunda entre seminario y presbiterio es vastamente recomendada en nuestras Iglesias particulares. También las diócesis que confían la formación de los candidatos al sacerdocio a un seminario regional o interdiocesano es importante que cultiven asiduamente las relaciones entre el seminario y los propios presbíteros diocesanos.

Por una parte el vínculo entre seminario y presbiterio es requerido fisiológicamente por la comunidad seminarística: "No es difícil imaginar cuan benéficamente puede influir sobre la formación la pasión con la que un presbiterio y una Iglesia buscan mostrar como arriesgan a fundirse la figura ideal del sacerdote y las condiciones efectivas de su ministerio y de su vida. [...] un estilo más evangélico de la pastoral, las formas de corresponsabilidad y de colaboración practicadas en el campo de acción, el vigor apostólico de la dedicación y la fraternidad... son un aporte de ejemplaridad y de animación en la misma vida del seminario."<sup>69</sup>

---

<sup>68</sup> *Idem*, 63: Noticiario CEI 1999,211.

<sup>69</sup> *Idem*, 70: Noticiario CEI 1999, 216.

Por otra parte la relación con el Seminario se vuelve una ventaja para todo el presbiterio: " Hay una constante de la cual debe ser consciente el futuro candidato al ministerio presbiteral: que el curriculum del seminario no es concebido como recorrido acabado, sino prepara a un ministerio siempre abierto a la urgencia de renovación, de conversión, de atención perspicaz a los cambios culturales y sociales para encarnar eficazmente el anuncio evangélico." <sup>70</sup>

El seminario por lo tanto es seguido y amado por su presbiterio y por su Iglesia como un signo prometededor de esperanza para el futuro; como *comunidad fuerte y débil a la vez*, la cual está presente en una diócesis y vive sobretodo porque el presbítero se hace cargo, aceptando ser el primer animador vocacional en la comunidad cristiana.

El seminario vive la lógica de los intercambios: da si recibe. Pero es dentro de esta dinámica de la reciprocidad que el seminario, si no es el principal sujeto promotor de la formación permanente, provee generalmente los maestros o los guías para acompañar las fatigas de los presbíteros en su actualización. De allí la importancia de invertir recursos de parte de la Iglesia particular también para la preparación de expertos en las varias disciplinas teológicas, pastorales y jurídicas mirando al futuro.

Finalmente, el seminario constituye frecuentemente el lugar para los encuentros formativos de los presbíteros y por eso mismo es una presencia-signo de la vocacionalidad de la Iglesia y de la vida, capaz de hablar con su ser.

Esta lógica de comunión entre el seminario y presbiterio, entre seminario e Iglesia particular, no significa por otra parte que la formación permanente deba ser confiada al seminario. Esa requiere más bien un sujeto distinto, dependiente directamente del obispo. Por lo tanto en las diócesis medio-grandes podrá ser oportuna una figura de presbítero destinado a tiempo completo al cuidado de la formación permanente de los propios hermanos.

### *El rol del obispo y las figuras de comunión*

27. Resulta determinante al buen clima y a la calidad de las propuestas de formación permanente la presencia del obispo. La gracia del ministerio episcopal está en la base de una relación de comunión con todos los presbíteros, y anima a establecer con ellos un diálogo personalizado provocando oportunas ocasiones (ejercicios espirituales, jornadas de retiro, encuentros personales programados...).

La presencia del obispo se expresa a diversos niveles: aquel de la programación y de la verificación permanente, sobretodo en el contexto del consejo presbiteral, y aquel de la animación y de la conducción directa de las experiencias formativas (como en los tiempos fecundos de los ejercicios o de los retiros espirituales).

Todo esto presupone que la formación permanente no convoca solamente a los presbíteros, sino al obispo mismo en el cuidado de la propia vida espiritual y en las elecciones del propio ministerio. Es así, también dentro de las preocupaciones cotidianas por las muchas demandas de su Iglesia, se requiere en el obispo una particular atención a todo su presbiterio: porque el servicio episcopal pasa necesariamente a través de la gracia y la modalidad de una comunión con sus sacerdotes.

Además, si resulta decisiva la autoridad paterna de la figura humana y espiritual del obispo, es particularmente prometededor para la formación permanente la presencia de *algunas figuras* en el ámbito de la *fraternidad sacramental* del presbiterio: las presencias informales de sacerdotes carismáticamente dotados en el plano de las relaciones, concientes de que, un don precioso, sobretodo hoy, es el servicio de la animación y de la esperanza. No hay que olvidar que, sobretodo en algunas épocas de la historia, vuelve a aparecer una penuria de profecía, bajo el peso de un ministerio que parece avaro de resultados.

---

<sup>70</sup> Idem, 68: Noticiario CEI 1999, 214.



Precisamente estos son los tiempos de los sembradores de esperanza, no sólo en el pueblo de Dios, que parece dar señales de abatimiento frente a su rol históricamente inédito de "pequeño rebaño", sino también respecto a sus hermanos llamados siempre a estar adelante del rebaño como Cristo pastor.

El presbítero no es sólo signo de comunión en lo vivo de su comunidad, sino también animador de comunión en el presbiterio, y por lo tanto promotor del diálogo, de colaboración y de formación permanente. Tal vez es este uno de los secretos más eficaces para animar una buena participación en los programas pastorales de una Iglesia particular: que sean de los presbíteros conscientes de ser sembradores de esperanza y verdaderos "tejedores de comunión".

### *Conclusión*

28. Al concluir estas indicaciones, queremos hacer nuestro cuanto Pablo escribiera a su colaborador Timoteo: " Sé ejemplo a los fieles en las palabras, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza. Hasta mi regreso dedícate a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza. No descuides el don espiritual que hay en ti... ten atención por estas cosas, dedícate a ellas enteramente para que todos vean tu progreso. Vigila sobre ti mismo y sobre tu enseñanza y sé perseverante: haciendo así te salvarás a ti mismo y aquellos que te escuchan" (1 Tm 4,12-16). Buscamos tejer juntas, decisiones apostólicas y cuidado de la formación personal, así como surgen en la preocupación del Apóstol, en la convicción que una se alimenta de la otra.

Y que el Espíritu de sabiduría, que nos ha sido donado en el día de nuestra Ordenación y hace dos mil años orientó el sí de María hacia la voluntad del Padre, sostenga nuestro ministerio para servir fielmente a la Iglesia del tercer milenio.

## **Informe del II Encuentro Sacerdotal Patagónico**

Pbro. Jorge C. Pliauzer

**Equipo organizador del Encuentro**  
Diócesis de San Carlos de Bariloche

Este año hemos realizado el II Encuentro Sacerdotal Patagónico que tuvo lugar en la ciudad de San Carlos de Bariloche durante los días 29 – 30 de Abril y 1 – 2 de Mayo. Este es el informe realizado para PASTORES queriendo compartir con ustedes la magnitud de la importancia que ha tenido para todos nosotros, sacerdotes de la Patagonia.

Hace dos años atrás tuvimos el primero de estos encuentros con motivo del Año Santo en el cual celebramos nuestro acto Jubilar de los Sacerdotes de la región. El Primer Encuentro generó muchas expectativas en orden a la continuidad de estas reuniones viendo en ellas un camino posible para lograr una verdadera unidad fraterna y apostólica en la región.

Inspirados entonces en ese camino comenzado en el 2000 fuimos gestando lo que fue este Segundo Encuentro. El encuentro ha sido preparado en esta oportunidad por un equipo de sacerdotes representantes del presbiterio de cada una de las diócesis quienes hemos elaborado la dinámica y los temas tratando de interpretar el sentir de todos los sacerdotes, ya sea por lo manifestado en las evaluaciones del encuentro anterior como en las propuestas de las reuniones de clero locales.

Por la particularidad de reunir a los sacerdotes de toda una región pastoral, un encuentro de estas características en nuestro país se ha convertido en un acontecimiento precursor. Por eso mismo las consecuencias para la vida de la Iglesia en esta región son sumamente positivas.

El número de asistentes fue de 106 sacerdotes entre los que se cuentan los obispos de las siete diócesis participantes, más 3 diáconos permanentes. Lamentablemente el clero de Río Gallegos no pudo llegar debido a las circunstancias climáticas desfavorables en esos días en la región.

En esta oportunidad se desarrolló una temática general que la podríamos enunciar de esta manera: “La Iglesia y los Sacerdotes en la Patagonia”, con tres bloques:

a) La Historia:

- *La Historia Remota: Los Jesuitas, los Franciscanos, y los Salesianos.* Expositor: P. Ricardo Noceti

- *Historia Actual: Fundación de nuevas poblaciones. Nueva realidad sociocultural. Los sacerdotes en ese contexto.* Expositor: P. Luis Klobertanz.
- b) Los Desafíos actuales:
  - *Desafíos ante la realidad socio-económica de nuestro pueblo.* Expositor: P. Claudio Faibre-Douvoz
  - *Desafíos ante la realidad religioso-cultural: Sectas, New-Age, etc.* Expositor: Matrimonio Navarro Floria
- c) La Proyección:
  - *Preocupaciones y desafíos de nuestros Obispos.* Expositor: Marcelo Melani.

Buscamos para este encuentro que los expositores fueran locales, para que la iluminación de los temas fuesen lo más concretos y cercanos a nuestra realidad y de esa manera nuestra reflexión nos sirva para ir aproximando un sentir común a nuestra Región Pastoral.

A lo largo de estos días se trabajó intensamente mediante reflexiones grupales y paneles que ayudaron a ir trazando ideas y miradas comunes de nuestra realidad y la pastoral de conjunto en la que queremos seguir creciendo como clero patagónico.

Esta es una breve reseña de lo realizado y vivido en orden a este evento y agradecemos nuevamente toda la colaboración que tan generosamente los católicos alemanes nos han brindado en esta ocasión y siempre.

Historia Actual  
Nueva realidad sociocultural:  
los sacerdotes en este contexto

P. Luis Klobertanz

**CONCIENCIA HISTÓRICA**

La historia no consiste únicamente en crónicas o en relatos de acontecimientos pasados. La historia nos invita a zambullirnos en el río del tiempo, mediante la reflexión serena y profunda, el procesamiento de causas y de consecuencias y la incorporación de lo descubierto, a nuestro crecimiento personal, a nuestra identidad. Somos productos de la historia que fue engendrando estilos de vida, de comunicación, de investigación, de arte y de economía, de vida y de muerte.

Sin una verdadera mentalidad histórica, no nos podemos entender a nosotros mismos ni valorizar en toda su profundidad la Palabra de Dios, que acontece en el tiempo con todas sus circunstancias. La Palabra Bíblica se encarna en nuestra realidad, se hace historia, se esconde en acontecimientos, en símbolos, en culturas. Hoy Jesús sigue encarnándose en nuestra realidad histórica.

La historia, en su curso, tiene etapas que marcan cambios profundos. Debemos tener claro sobre qué valores estamos afirmados y cuáles son las situaciones concretas que acompañan, para ser lúcidos y, con diálogos francos, señalar rumbos y marcar límites.

Todos sabemos que estamos en la frontera de una nueva época que algunos pretenden llamar postmodernidad. Lo original de nuestro presente es que los cambios y las transformaciones no nos esperan, nos invaden. Casi no disponemos de tiempo para procesar las novedades. Lo acaecido unos días atrás dejó de ser noticia. Cambia el lenguaje, cambia la sensibilidad, cambian las relaciones, cambian los anhelos profundos. Con facilidad trastabillamos y con nuestro pueblo, somos sacudidos por la duda y la incertidumbre. Cada vez angustia más el vacío interior. Nos rodea un clima de descreimiento y de escepticismo en dirigentes y en instituciones. En particular, el pueblo argentino es despojado de su autoestima, descalificado y vaciado de sus propias capacidades. Cunde la sospecha, la corrupción y la inseguridad. El proceso que vivimos es grave. La tecnología se ha convertido en un mito de soberanía. Está más allá de toda ética y de toda trascendencia. El valor de cada ser humano depende de la técnica que ha aprendido y de la eficiencia que pone en ejercerla. Lo demás, no cuenta. ¿No nos golpea la tentación de aislarnos, de encerrarnos en nuestro propio territorio con sus seguridades? ¿Y el pueblo?

**A. Tomar conciencia de la historia personal**

Por eso los invito a un primer análisis de nuestra propia historia personal:

Somos, en gran parte, lo que otros han hecho de nosotros. La familia, los estudios realizados, las experiencias personales, las lecturas, los retiros hechos. Somos la historia, corta o larga que hemos gestado

Nuestra propia libertad, nuestra inteligencia, nuestra comunicación con otros, ¿ha analizado tanto material recibido o lo ha archivado en la memoria como datos de escasa importancia?

Cada uno somos nuestra historia personal. Todo lo que hemos gozado o sufrido, todo lo que recordamos y todo lo que escapa a nuestra conciencia, está dentro nuestro y nos configura en nuestra forma particular de ser y de nuestros recursos para relacionarnos.

- 1) **¿Puedo yo decir que los acontecimientos felices o dolorosos, los fracasos o los éxitos, me han ayudado a crecer, a desarrollarme como persona o me han detenido en un cierto infantilismo?**
- 2) ¿Llevo inhibiciones, represiones o complejos que, consciente o inconscientemente, se ocultan detrás de actividades o despliegues de proyectos?
- 3) ¿Sinceramente me acepto y me quiero tal cual soy, con mi pasado y mi presente o llevo heridas internas que me suelen negar la paz y me enfrentan conmigo mismo? Dios me ama, con un amor infinito, así como soy y no como tal vez me idealizo.

Antes de incursionar en la historia de la Iglesia y de nuestra Patagonia es fundamental conocer y continuar la evolución de mi historia personal.

## **B. Tomar conciencia de la historia de nuestra Iglesia**

Con sinceridad y objetividad, nos debemos poner frente a nuestra Iglesia actual. Ella es también resultado del tiempo transcurrido, con la iluminación del Espíritu Santo, pero también con graves irresponsabilidades, dejadas en el camino. Con coherencias y con absurdos, con santidad, con entregas generosas y también con cierta pasión por el poder y el dominio.

Nos sentimos realmente, como parte integrante de la Iglesia, si hacemos nuestra su historia, si la asumimos, por lo que tiene de esplendor y también por lo que lleva como degradación y defección histórica. Así, podremos dar un verdadero testimonio de la verdad. Los encubrimientos y las palabras huidizas o esquivas que siempre podemos tener a mano, minan la credibilidad. El reloj de la transición histórica que vivimos, marca una hora grave. Hoy la gente es muy sensible y aguarda de nosotros argumentos serios y hechos contundentes, pero sobre todo, sinceridad y transparencia.

Nuestra Iglesia Patagónica lleva en su interior su propia historia que debemos purificar como nuestra historia personal. Es verdad que la Iglesia la conduce el Espíritu del Resucitado pero también es cierto que nos confía a nosotros los anuncios y la realización de los medios de salvación. “Al que más se le da, más se le pedirá”. ¿Somos conscientes de este enorme acto de confianza que Jesús ha depositado en nosotros?

Todos sabemos que en nuestra Iglesia hay líneas, con distintos estilos pastorales, con objetivos y liturgias que, en muchos aspectos, no se adaptan a las exigencias y desafíos que la historia reclama. ¿Crecemos como personas y como ministros?

La Iglesia, sin perder su identidad, se encarna en la cultura, en las tradiciones, en las costumbres, en la geografía y en las formas particulares de cada región, como Jesús se encarnó en Galilea. Por eso, sin dejar de ser judío, fue llamado “El Nazareno”. ¿Sabemos discernir? Tenemos ejemplos luminosos de obispos, sacerdotes y de laicos que no se conformaron con la mediocridad y se jugaron por la verdad. ¿Reivindicamos a tantos mártires con cuya sangre se ha escrito una historia no tan lejana de nuestro presente?

#### **4) Durante la última dictadura militar, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos fueron torturados y muertos:**

- **¿Hacemos memoria de nuestros mártires?**

**En el bando de los verdugos también se celebraba la misa y se distribuía la comunión. Esta dramática contradicción está muy viva en el corazón de nuestro pueblo.**

- **¿Tendemos un manto de silencio o de encubrimiento como si la Iglesia de hoy no fuera prolongación del pasado?**

#### **Durante esos años terribles**

- **¿cuál fue mi postura, mi mentalidad?**
- **¿Lo viví como un acontecimiento ajeno, sin emitir juicio?**
- **¿Me siento realmente parte de esta Iglesia, con su historia real?**

5) Cuando llego a una parroquia, me encuentro con una historia viva que nuestra gente lleva en su piel. Allí se trabajó con aciertos y errores, con pasión y con cansancios, con iluminaciones y con oscuridades, con grandezas y con debilidades, pero siempre con la presencia vivificante del Resucitado.

- **¿Me encarno y me sumerjo en el proceso histórico que la realidad me presenta?**
- **¿Hago un acto de fe profunda en las obras que realizaron sacerdotes, religiosos y laicos en tiempos anteriores? Nuestro pueblo me pide antes que nada que sea humano, comprensivo, paciente, respetuoso y creativo para seguir el desarrollo de lo sembrado.**

### **C. El protagonismo de la mujer**

En el proceso histórico de nuestra Iglesia, la mujer ha tenido y tiene un protagonismo fundamental y ha demostrado siempre, a pesar de muchas contradicciones, una gran lealtad.

Con la mentalidad masculina, con la lectura de una Biblia escrita desde el androcentrismo: ¿Cómo interpretamos el mundo femenino, con sus profundidades y misterios, con sus ciclos de irse y de regresar, de desaparecer y volver? ¿Cómo serían hoy nuestros encuentros y celebraciones si faltara la presencia femenina?

A lo largo de los siglos ¿cuántos sectores sociales hemos perdido? ¿Jesús tenía, en su tiempo –y no nos marcó con sus palabras y actitudes– pistas señeras para comprender y valorizar a la mujer? El universo femenino, desde tiempos inmemoriales, sobrelleva una carga de discriminación y de sometimiento en casi todas nuestras culturas.

#### **6) En nuestras comunidades**

- **¿se le da el espacio para la libre expresión?**
- **¿Cómo siente y entiende ella la realidad actual?**
- **La Palabra de Dios, cargada de Espíritu y de Vida, ¿la ayuda a su crecimiento y desarrollo como persona?**
- **En estos tiempos la mujer está llamada a un gran protagonismo en la construcción de una sociedad más cercana al Reino de Dios. Sin proponérselo ¿no mantenemos un infantilismo religioso que conspira contra el Evangelio?**
- **La gran sensibilidad, constancia, entereza, paciencia y creatividad ¿nos contagia de alguna manera?**

#### **D. Ser sacerdote en la Patagonia**

Nuestra Patagonia es una inmensa región geográfica, con diversos climas, con cordilleras y mesetas, con fecundos valles y altiplanos rocosos, con desiertos y con bosques, con arideces y con riquezas inconmensurables, con lagos, glaciares, con vida y con muerte, con ciudades pujantes y con soledades tétricas. Desmesura de tierra, luz y mares. La Patagonia, tierra mágica, batida por vientos que traen en sus gemidos las voces y los recuerdos de pueblos primitivos y también de aventureros que se sintieron seducidos por fuerzas cerriles. Poblaciones movedizas, con sueños que se caen o se mantienen con la resistencia y el coraje que se pone frente a la muerte.

Hay una pregunta sin respuesta: ¿Por qué Don Bosco se enamoró con tanta pasión por las misiones de la Patagonia, región tan lejana, inhóspita, despoblada y hostil? ¿No podría haber elegido como ideal misionero de sus hijos, regiones de África, del Cercano Oriente o de otras naciones de la misma América?

Los Misioneros que fueron pisando estas tierras, llegaron con la formación, la mentalidad y las estructuras de la época que se vivió en el Norte y Centro de Italia. ¿Evangelizaron o colonizaron? Fueron productos de su tiempo, con sus virtudes, grandes generosidades y con sus defectos y cegueras. Al echar una mirada sobre las misiones que fueron la base de la Iglesia de nuestra Patagonia queremos encontrar verdades que nos pueden guiar en nuestro presente, para poder construir un verdadero futuro. Sin caer en exageraciones podemos decir que todos los misioneros brillaron por su constancia, su espíritu de desafío ante lo desconocido –muchas veces cargado de peligros– y lealtad a la fe. Sembraron con sus vidas, Necesitamos trasegar a nuestra sangre un poco de este espíritu. No les podemos pedir más y no es poco.

7) Ser sacerdote en la Patagonia no es lo mismo que desarrollar el ministerio en otras partes. No es una región abstracta, teórica, conceptual. No existen, en nuestra Patagonia, las tradiciones, que son como las raíces que vinculan a las familias y pueblos. Existen distintos y movedizos legados culturales de

etnias aborígenes y de vertientes que fueron llegando desde el Norte Argentino y de los países limítrofes. Necesitamos la iluminación necesaria para saber incorporar a nuestro lenguaje evangélico y a nuestras celebraciones, signos y expresiones a través de los cuales se patentizan los sentimientos muy nobles de nuestra gente. Y para esto hay que vencer la mediocridad. Ciertamente, no hay una Patagonia uniforme. La diversidad nos acucia y provoca.

- ¿Estás de acuerdo a lo trabajado o te surgen otros interrogantes?

8) Todos sabemos que, frente a la gran crisis que soporta nuestro país, la Patagonia es apetecida por capitales y hasta por naciones extranjeras. El Evangelio debe ser el gran fermento de la unión, de la solidaridad y de la honestidad. Cada vez más se agranda el abismo que separa a los pobres de los ricos, Jesús tomó partido por los primeros. Hoy, los que no tiene trabajo, los que son despojados de sus bienes, los niños de la calle, llevan el rostro de Jesús.

- Sin descuidar a ninguna clase social, ¿es posible privilegiar a los pobres, a los que se sienten descalificados por no tener trabajo, a los que han perdido la fe y la confianza en sí mismos y en las instituciones?

- Más allá de las palabras ¿qué emprendimientos podemos ofrecer?

9) Hay compromisos que deben responder a momentos cruciales en el transcurso de los tiempos. En la historia de la Iglesia hay omisiones con posteriores consecuencias dramáticas como cuando se resquebraja la unidad católica en Europa o se pierden a los obreros:

- ¿No te parece que estamos ante momentos históricos que van a provocar cambios cruciales?

- **¿No nos reclama esto Jesús, encarnado en la realidad dolorosa de nuestra gente, que está aguardando anuncios y hechos concretos que nos aproximen al Reino?**

- **¿Qué piensas y sugieres para la realización de estos compromisos?**

10) Nuestras celebraciones litúrgicas no pueden reducirse a repeticiones monótonas. Deben ser sentidas, vitales y esperanzadoras. Nuestros encuentros deben convertirse en verdaderas celebraciones de la vida, de la vida patagónica, con sus contradicciones y grandes esperanzas. Hoy hay muchas miradas puestas en esta bendita región, tan distante de los poderes nacionales y tan cercana a Jesucristo.

- ¿Es posible un nuevo espíritu, una nueva pasión misionera como la tuvieron los primeros misioneros que llegaron a nuestra Patagonia?

- ¿Qué piensas, qué sientes?

- ¿Qué temas sugieres para nuestro plenario?



Los Desafíos Actuales  
Desafíos ante la realidad socio-económica  
de nuestro pueblo.

P. Claudio Faivre-Duvoz

La profundidad de la crisis que se veía venir con cada vez más nitidez desde el comienzo de la década del 90 y que estalló en Dic. 2001, ha provocado en el pueblo argentino en estos últimos meses y días como un sabor amargo: como que se sintió que las propuestas de los candidatos a presidente en su casi totalidad no respondían a la gravedad de la situación socio-económica a la que se ha llegado y en la que se está muy sumergido ahora.

A nosotros mismos, sacerdotes, esta situación nos tiene mal como tales. Y no es ilusoria la tentación para nosotros de quedarnos en la actitud del sacerdote y del levita de la parábola del buen Samaritano que, frente al hombre despojado y dejado medio muerto en el camino, pasan de largo, con la convicción hecha de que su misión es otra, de que la tienen clara, como que esta su misión no puede ser afectada por “accidentes” como esto de encontrarse con un hombre malherido en su camino.

Tampoco para nosotros es ilusoria la tentación de caer en lo de los discípulos cuando la multiplicación de los panes: frente a una situación que los sobrepasa mil veces –la multitud con hambre– no ver otra solución que la de alejar el problema, patearlo por adelante, para no tener que encararlo (“despedí a la gente”) o pensar, como única salida, en el poder del dinero... y como no lo tienen... ya estarían dispensados de preocuparse y de intervenir.

Cuando se me pidió de decir algo sobre eso de “Desafíos –para nosotros sacerdotes– ante la realidad socio-económica de nuestro pueblo”, primero me sentí un poco como los discípulos frente al problema del hambre de la multitud, pero comencé a hablarlo con otros creyentes, laicos y curas, y de a poco se me marcó un camino que es lo que quiero compartir fraternalmente con Uds. hoy para que unos y otros aportemos recursos que están en medio de nosotros y que al principio uno tal vez no los veíamos o no los valorábamos.

Como marco doctrinal y pastoral, me fijé en dos textos, uno de la encíclica “Redemptor Hominis” y otro de Puebla. El primero, R.H. N° 15 f, dice así:

*“La Iglesia, que está animada por la fe escatológica, considera la solicitud por el hombre, por su humanidad, por el futuro de los hombres sobre la tierra y consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo y del progreso, como un elemento esencial de su misión, indisolublemente unido a ella. Y encuentra el principio de esta solicitud en Jesucristo mismo, como atestiguan los Evangelios.”*

El segundo texto, del doc. de Puebla, contemporáneo del primero –ambos son del año 79– expresa en sus n° 1128 y 1129:

*“El Espíritu del Señor impulsa al Pueblo de Dios en la historia a discernir los signos de los tiempos y a descubrir en los más profundos anhelos y problemas de los seres humanos, el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la sociedad para hacerla más humana, justa y fraterna. Así, aparece palpable en*

*A.L. la pobreza como sello que marca a las inmensas mayorías, las cuales al mismo tiempo están abiertas no sólo a las Bienaventuranzas y a la predilección del Padre, sino a la posibilidad de ser los verdaderos protagonistas de su propio desarrollo”.*

Para desarrollar el tema que se me encomendó seguiremos justamente el esquema paradigmático del relato de la multiplicación de los panes, o sea que primero trataré de presentar el desafío que constituye para nosotros eso de la situación socio-económica como el desafío que presentó para los discípulos el considerar la multitud hambrienta.

En una segunda parte, buscaremos qué es lo que tenemos para responder a los desafíos que nos plantea dicha situación, “qué es lo que hay”, según lo que Jesús encomendó a los discípulos como verdadera respuesta al desafío, buscar lo que ya existe, lo que está a nuestro alcance y del que tal vez no reconocíamos todo el valor.

La tercera parte prácticamente la construiremos juntos en el trabajo en grupos mediante las preguntas: *¿Concretamente como sacerdotes, a qué nos urgen esta situación y estos recursos?*

## **I- LA ACTUAL SITUACIÓN SOCIO ECONÓMICA Y SUS DESAFÍOS**

### **a) La hegemonía del sistema neoliberal**

Me inspiraré de un documento sobre “la América Latina después de la revolución neoliberal” – publicado por la revista francesa DIAL (Difusión de la información sobre A.L.) de dic. 2002– elaborado en Julio del 2002 a partir de informes de los 18 Provinciales Jesuitas de América Latina sobre las situación económica, política y social de sus respectivos países.

Dice: la revolución neoliberal ha sido importante en A.L., la que ya no es la misma después de esa revolución (a partir del año 1989). En Brasil fue un verdadero terremoto: alrededor del 20% del producto interno ha pasado del área pública al área privada; el modelo desarrollista que imperó durante decenios en A.L. ha sido totalmente desmantelado. La revolución neoliberal ha significado un programa de privatizaciones, cierres de fábricas, la desreglamentación de los mercados, la liberalización financiera, la precarización del empleo y la desreglamentación dramática de las relaciones del trabajo: al respecto de este último punto ya no es más posible pensar en una sociedad de pleno empleo como en los dos siglos anteriores, lo que representa un desafío grande dado todo lo que representa el trabajo para la realización de las personas y la organización de la sociedad. Se ha desmantelado toda una estructura productiva, una cierta seguridad social y las perspectivas de promoción social. La década neoliberal de los años ‘90 ha sido para A.L. una decenia de crecimiento absolutamente insuficiente y mediocre, de estancamiento social, con una concentración creciente de la renta en pocas manos y

al mismo tiempo, hoy, con 170 millones de Latinoamericanos que viven con menos de dos dólares por día.

Ahora, esta revolución neoliberal es a la vez causa y producto de un contexto cultural caracterizado por la ruptura sistemática de los lazos sociales y se ha impuesto precisamente no por las armas sino por las urnas en Brasil, Bolivia, Argentina, Perú, Chile, Méjico etc. En estos países los técnicos que implantan las reformas neoliberales se han formado en facultades de economía de EEUU, han pasado por los organismos internacionales tipo FMI, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo: todos son frutos y promotores del llamado “pensamiento único” que coloca como ley absoluta la del mercado, la del individuo o del sector más eficiente al respecto. Esta absolutización del Mercado, plasmada en la reglamentación de la OMC, lo transforma en tirano incluso respecto de los Estados que son los que tendrían que vigilar por el bien común y una justa distribución del producto, pero que terminan inclinándose delante de sus exigencias que se presentan como sin alternativa ninguna.

Ese mundo en el que hay lugar solamente para los mejores, los más exitosos, los que ya tienen y pueden tener cada vez más y no para una comunidad, para la solidaridad, para una vida humana para todos, es exactamente el anti-reino y sus estrategias. Nosotros mismos, creyentes, si analizamos nuestras reacciones profundas, nuestro sentir espontáneo, tenemos que reconocer honestamente, no es cierto, que muchas veces estamos más empapados de los principios del neoliberalismo que del espíritu del Evangelio y del Reino, en cuanto por ejemplo al derecho de propiedad, al individualismo, a la justicia, a la distribución de la renta.

Bien expresa el Salmo 73 esta tentación de tirar por el lado de aquellos a quienes les va bien y que por lo tanto parecen tener la razón: “Un poco más y yo hubiera caído, pues tuve envidia al ver cómo prosperan... a ellos no les preocupa la muerte pues están llenos de salud... con toda tranquilidad aumentan sus riquezas ¡De nada me sirve tener limpio el corazón!

Jesús mismo se enfrentó con un sistema religioso que se había acomodado muy bien, y había hasta legitimado desde lo religioso una sociedad profundamente desigual y se dedicó a restaurar la integridad humana de los pobres y excluidos de su tiempo (Lucas 4, 17ss.). Estamos frente al desafío de hacer nuestro aporte específico en la construcción de un nuevo pensamiento social, ético y político que vuelva a poner al ser humano, y no al mercado y al lucro, en el centro, o sea el desafío de construir una alternativa al neoliberalismo que se llama el Reino.

#### **b) Algunas muestras claras y fuertes, no exhaustivas, de este dominio del neoliberalismo en nuestro país**

- En nuestro país más que en ningún otro se privatizaron todos los servicios, los recursos energéticos naturales (agua, Petróleo, gas), el transporte público –los trenes– sobre los cuales el Estado ya no tiene más poder para cumplir con su responsabilidad de asegurar los servicios básicos para todos. Se pasó a manos privadas, particulares, lo que es de todos y para todos.
- La precarización de los derechos del trabajador tanto en su vida activa como cuando ha llegado a la edad de la jubilación. Casi no existe más la legislación laboral que había costado tanto construir: en seguida que se puede, la patronal, para no tener que cumplir con las cargas sociales para la salud, las

vacaciones y la jubilación etc., trata de despedir al trabajador declarándose si es necesario en quiebra o en convocatoria de acreedores, reiniciando a veces una actividad nueva con personal contratado para él que no se hace ningún aporte.

El argumento eximido es siempre el mismo: reducir el costo laboral para poder competir mejor en el mercado... el cual siempre exigirá más, entre otras cosas más tiempo de trabajo por el mismo salario, entregando su dignidad etc. Y la precarización del empleo hace que aquel que busca está dispuesto a aceptar cualquier condición con tal de tener algún trabajo, lo que sea.

En la provincia de Río Negro existen las famosas cooperativas laborales para la fruta que consisten en que, en un acuerdo tácito entre la cooperativa y la patronal, el trabajador es presionado para salir de su relación de dependencia con el patrón para integrar dicha cooperativa de trabajo, la cual sí es contratada por la patronal que se desliga así de toda responsabilidad laboral respecto del trabajador, evadiendo el pago de las cargas sociales, con el consiguiente perjuicio para el obrero y el erario público. Por su lado, el trabajador, una vez terminada la temporada tendría que seguir aportando a la AFIP DGI como monotributista pero se pone en situación difícil ya que no tiene más entrada y la empresa no habrá asumido ninguna carga social respecto del trabajador.

Por otra parte es ya noticia de todos los días la precarización del sector de los jubilados y su dolor frente a la injusticia que sufren por no cobrar sus legítimos haberes y por no tener ninguna garantía en cuanto al cuidado de su salud: eso mayormente porque los fondos de pensiones y jubilaciones han sido pasados al sistema financiero internacional y sometidos a los caprichos, fluctuaciones y especulaciones de la bolsa y banca internacional y porque la corrupción está firmemente instalada en el PAMI y muchas otras obras sociales.

- Otra agresión a la dignidad de los que ya sufren la desgracia de la desocupación son los programas Jefes y Jefas de hogar: la suma de 150 pesos, cualquiera sea el n° de hijos a cargo es indigna, siendo que la canasta familiar para una familia tipo ronda\* los 700 pesos: este programa mantiene a las familias en una absoluta

situación de dependencia y no les deja ninguna posibilidad de encarar un nuevo proyecto de vida. Es perverso en el sentido que falsea todo: por ejemplo hace pasar por corrupto y embustero al hogar donde ambos padres se la rebuscan para cobrar ambos los 150 pesos: es cierto que es ilegal, pero ¿es legítimo no permitir que una familia disponga de 300 pesos?

¡Qué problema de conciencia para la Iglesia participar de los consejos consultivos en estas condiciones!

En la Argentina se ha llegado a un funcionamiento aceptable de legislación sobre el salario familiar, recalando el derecho de los hijos. En tiempos de pleno empleo se entiende que se exija un mínimo de tiempo de trabajo de parte del Jefe de hogar, para poder cobrar el salario familiar, pero ahora el Jefe de hogar además de no conseguir trabajo fijo sufre la otra desgracia de no poder cobrar para sus hijos el salario que por ley es reconocido como un derecho de ellos. ¿El legislador no tendría que adaptar la ley a las circunstancias para que el derecho sea cumplido? Cabe recordar que hubo una propuesta del FRENAP (Frente Nacional contra la Pobreza) para un Seguro de Empleo y Formación que preveía, para una familia de desocupado 380 pesos mensuales con un compromiso de seguir una formación,

más 60 pesos por hijo menor de 18 años: esa propuesta salvaguardaba la dignidad de dicha familia porque llegando a 500 pesos por mes podía de verdad encarar un nuevo proyecto productivo.

Como dice el economista cristiano Javier Iguñiz la pobreza es entendida como falta de libertad. Pobre es el que no tiene opciones ante sí, el que está empujado en direcciones que no hubiera escogido; pobre es quien está dedicándose por la fuerza de la vida, de los hechos, a hacer cosas que hubiera preferido no hacer, pero que hay que hacer por la familia, por las necesidades, por los pagos; pobre es quien está encerrado en una manera de vivir que no es la que hubiera escogido. Pobreza es una restricción a la libertad.

A pesar de haber recogido cerca de 3 millones de firmas, la propuesta del FRENAPPO no fue tomada en consideración, y al lado de eso indigna ver con qué facilidad se entregan “créditos blandos” (con bajo interés), los cuales muchas veces no se devuelven nunca, a grandes empresas o empresarios junto con otras ventajas como exención de impuestos durante unos cuantos años, servicios subsidiados etc. mientras que a los pequeños emprendedores se les presta con tasas muy altas y se los persigue si no devuelven.

- El caso de las fábricas tomadas: unilateralmente los dueños de dichas fábricas (son como 100 en el país) decidieron cesar la actividad, dejando a los trabajadores en la calle, en la mayor parte de los casos, adeudándoles además unos cuantos sueldos, aguinaldos y otros derechos (Brukman, Sasetru, Zanón, Fricader, El Petroleo...).

Un sector de los trabajadores para salvar la vida y la dignidad de su familia decide tomar la fábrica, no para especular sino para trabajar, retomar la producción y poder seguir viviendo dignamente. Llama la atención la cara de resurrección que tienen estos trabajadores cuando dan este paso.

Es muy llamativa la diferencia de las motivaciones entre ambos lados: del lado empresarial la motivación es financiera sin más consideración; la motivación de los trabajadores no es la acumulación sino la el salvamento de la herramienta de trabajo y una vida digna. Sin embargo la “justicia” opta más por el derecho de propiedad absolutizado y puesto encima del no cumplimiento de las leyes laborales por parte de los dueños y de sus maniobras especulativas que por los derechos de los trabajadores estafados y privados de su medio de trabajo y de subsistencia.

- Otra muestra de la fuerte implantación de la economía de Mercado es la opción deliberada por el monocultivo (de la soja principalmente) por motivos mercantiles, beneficiando a pocos tanto a nivel nacional como internacional y con la grave consecuencia de la instalación paulatina en la Argentina de la inseguridad alimentaria, y el despoblamiento rural.

Todos sabemos del plan “Soja Solidaria” por el cual los productores asociados de soja transgénica en el país ofrecen gran cantidad de esta leguminosa forrajera para, dicen, paliar el hambre de un porcentaje cada vez más grande de la población del país. Es un tema que tiene muchas facetas.

Primero la extensión del cultivo de la soja en la Argentina progresó de una manera asombrosa reemplazando a otros cultivos tradicionales que aseguraban la diversidad y seguridad alimentaria del país. La Argentina tiene ya que importar legumbres porque la extensión del cultivo de la soja cubre cada vez más superficies destinadas anteriormente a estos otros cultivos.

Como la soja se vendía bien en el mercado internacional los productores compraron o alquilaron tierras y tierras a los pequeños productores que dejaron así la tierra para ir a vivir en los barrios de las ciudades y el campo queda cada vez más despoblado.

En otras oportunidades se ganó terreno en desmedro de grandes extensiones de montes nativos definitivamente eliminados. En realidad el gran negocio es de las semilleras norteamericanas como Monsanto, Cargill y otras que modificaron genéticamente la semilla para hacerla resistente a los herbicidas y facilitar así la tarea al productor: pero en realidad este tiene que firmar un contrato con la semillera, comprometiéndose a comprarle el herbicida, a no sembrar otra soja que no sea transgénica y además a comprarle cada año la semilla ya que la auto-reproducción de la semilla está bloqueada. Así, intereses mercantiles están cambiando la estructura agrícola del país, afectando la diversidad biológica, la seguridad alimentaria y la estructura del campo.

Pero hay más: estudios revelan que la soja en sí no es buena para el organismo humano si se consume de manera habitual y menos todavía hay que administrarla en forma mal llamada de leche a niños de menos de 2 años ya que no tiene el calcio y otros micronutrientes que tiene la leche de vaca, y, peor todavía impide la fijación del calcio y del hierro que se encuentra en otros alimentos ingeridos.

Así que lejos de solucionar el problema del hambre que afecta buena parte de la población en general, para los menores de menos de 2 años la soja puede contribuir a aumentar la desnutrición. Además se fomenta y extiende el consumo de una soja que en la argentina es transgénica a 95% sin haber estudiado los posibles efectos colaterales que pueden ser muy graves para un organismos joven con el correr de los años, un poco como si se lanzaría para su comercialización un remedio sin haberlo sometido a los múltiples estudios y pruebas de rigor.

Es de notar, señala un experto en mejoramiento genético vegetal de la UBA, la impunidad con la que las clases dirigentes toman decisiones que afectan a millones de ciudadanos argentinos. Por otra parte la “soja solidaria “ de parte misma de los que la donan está destinada al sector más vulnerable de la población, creando una suerte de apartheid alimentario: mientras las clases acomodadas pueden continuar con una dieta diversificada, grandes masas de excluidos deberán conformarse con alimentos para pobres, consumiendo los excedentes que los grandes productores agro-industriales no pueden colocar en el mercado internacional.

Saqué buena parte de esta información, entre muchas otras fuentes, de dos artículos que salieron en la edición Cono Sur de “Le Monde Diplomatique” de febrero de este año, titulados respectivamente “El negocio del hambre en la Argentina” y “Al servicio de la industria”.

Estas son unas cuantas muestras de esta hegemonía del neoliberalismo imperante; hay otras que cito no más y que están presentes en nuestra Patagonia como las compras de tierras por magnates o empresas extranjeras, la extracción del petróleo, minerales etc.: todas llevan la marca registrada del mercado, del lucro, como referencia absoluta y única y consecuentemente expresan el caso omiso que hacen del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres, de su realización y de su felicidad que constituyen el proyecto del Dios Creador, del Dios de Abraham, de la Alianza, de Jesús y nuestro.

Por eso me ha parecido que frente a ese monstruo grande que pisa todo tan fuerte, nosotros en particular, como ministros del Reino, nos podíamos encontrar en una situación parecida a la de los discípulos que se sentían con las manos vacías, asustados, frente a la multitud hambrienta y a quienes Jesús

invitó a no esperaran una solución de una fuerza exterior, casi mágica, la del dinero que lo puede todo, sino a fijarse qué había entre aquellos mismos hambrientos que estaban ahí.

## II- ¿Qué es lo que hay de Reino en esta realidad en la que estamos viviendo? ¿qué tenemos?

Creo que, aunque de manera diferente en la expresión, el texto de Puebla que cité en la introducción, nos invita a hacer lo mismo que dijo Jesús a los discípulos: "Fíjense en lo que hay". "El Espíritu del Señor impulsa al Pueblo de Dios en la historia a discernir los signos de los tiempos y a descubrir en los más profundos anhelos y problemas de los seres humanos, el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la sociedad para hacerla más humana, justa y fraterna."

Como el escriba del evangelio también tenemos que sacar cosas viejas y cosas nuevas: las cosas viejas siendo toda la tradición en su sentido más amplio que incluye la escritura y el magisterio, y sacando también las cosas nuevas que son los signos de los tiempos en la historia, el discernimiento de la acción del Espíritu en, y en medio de los hombres de hoy, como dice el doc. de Puebla. Todo eso sería como los dos panes y los 5 pescados, que realmente parecían poca cosa frente a la necesidad de comer de la multitud, pero que, reconocidos como alimento idóneo, auténtico, llamaron sobre sí la bendición del Dios de la vida, se multiplicaron, y alcanzaron a alimentar a todos a tal punto que sobró.

Veamos: *las cosas viejas*, la revelación, lo que el Espíritu sigue diciendo a las Iglesias a través del magisterio ordinario: todas verdades que van a contracorriente del pensamiento único. Tenemos que redescubrir este tesoro, volver a las fuentes como decía Juan XXIII indicando el porqué del Concilio Vat. II, seguido, en A.L. por los documentos de Medellín, Puebla y S. Domingo.

Ahí, al revés del pensamiento liberal, del pensamiento único, redescubrimos que todo ha sido creado para todo hombre y para todos los hombres y no para unos pocos; que a todos, y no a unos pocos, se encomendó "someter la tierra", dar un nombre a todo lo que existe. "Oh, Señor, nuestro Dios, ¿quién es el hombre para que te acuerdes de él?... Apenas inferior a un dios lo hiciste coronándolo de gloria y grandeza..."

Ahí conocemos que Dios ve el sufrimiento y oye el grito de los esclavizados de todos los tiempos y que su proyecto es de liberarlos, para hacer una alianza con ellos, para que sean su pueblo y él su Dios. Un Dios que no soporta ver gente sometida y que se pone del lado de las víctimas.

¿Podemos hoy, a través de estos textos y de nuestra fe "leer" la situación de tantos seres humanos esclavizados?

Ahí conocemos el código de la Alianza que apunta a la construcción de una sociedad igualitaria, que no legitima las desigualdades sino que, al contrario, invita a reconstruir sin cesar la igualdad de oportunidades (Ley del jubileo que apunta a eso. Lev. 25).

Ahí se nos dice que el verdadero culto que a Dios le agrada es de "practicar la Justicia y el derecho" y de "romper las cadenas injustas; ...dejar libres a los oprimidos, y romper toda clase de yugo" (Is. 1 y 58). Frente a la tentación del "qué le va a hacer", frente a un aparente triunfo aplastante del pensamiento único generador de excluidos nos vestimos como de una caparazón con los salmos 18, 118 que dicen: "La ley del Señor es perfecta, reconforta el alma... da sabiduría al simple; la Palabra del Señor es pura, permanece para

siempre, ...los juicios del Señor son la verdad, enteramente justos” y no el pensamiento unido del neoliberalismo.

Acabando de celebrar la Muerte y la Resurrección de Jesús aprendemos que para Dios, cada ser humano vale la sangre, la vida de su Hijo, que ese Hijo ha removido la piedra del pensamiento único que creía haberse definitivamente liberado de él: Él es ahora la piedra angular; se comprobó que es su pensamiento el que da vida a todos y no como el pensamiento que da muerte para predominar él. Él resucitó, puede y quiere resucitar a los Lázarus que parecían tan muertos que ya tenían mal olor, que parecían definitivamente eliminados, y ese es precisamente el culto que Jesús le rindió a Dios su Padre, marcándonos el camino a seguir.

De la Iglesia que surgió de su muerte y resurrección hemos recibido, desde el fin del siglo 19, este cuerpo de la doctrina social de la Iglesia reaccionando frente a la cuestión social. Frente a lo que pasa con las reacciones del pensamiento único absolutizando el derecho de propiedad en situaciones como las fábricas tomadas, Brukman, Zanón, Coventry... cómo no sentir que la palabra de J.P. II, retomada varias veces en el doc. de Puebla –“Sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social”– parece haber sido pronunciada justo para estos casos. ¿Cómo no sentir lo oportuna que es hoy, y cómo no sentir, frente al sistema, lo indicado de este, así llamado por Puebla principio orientador?: “Los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, según la voluntad del Creador, son para servir efectivamente a la utilidad y provecho de todos y cada uno de los hombres y los pueblos (492).

*Las cosas nuevas, los signos de los tiempos*, que tenemos que tener en cuenta como el escriba del evangelio, es lo que acontece delante de nuestros ojos y que indudablemente lleva la impronta de la acción del Espíritu en la historia, como los signos de vida y de integridad recuperada en los que Jesús invitaba a la gente a fijarse, para reconocer en ellos el Reino ya presente: los ciegos ven, los sordos oyen, los pobres son evangelizados, o sea las resurrecciones que ya se están dando y que nos dan coraje, ánimo: lo que se llama los nuevos movimientos sociales: los obreros que se han levantado a reconstruir sus vidas, su dignidad reactivando sus fábricas muertas, manejándose, en función de la igualdad fundamental sentida entre ellos, según la modalidad de la asamblea, haciendo que la sociedad vea efectivamente en eso un signo de vida y de esperanza, una victoria de los hombres sobre una legislación de sepulcro.

El sábado, la ley, está hecha para el hombre y no el hombre para la ley:

- El plebiscito de Esquel contra la mina de oro, surgido de un puñado de personas convencidas cuyo planteo fue reconocido como buena noticia, noticia de vida por la población en general y que hizo recular las fuerzas del poder y del dinero: se rechazó la agresión al medio ambiente, comprometiendo la calidad de vida de la generación presente y de las siguientes y la agresión a la dignidad de los pobladores del lugar llevándose la empresa el 98% de la ganancia, ofreciéndose el 2% a la población del lugar de extracción.
- La inmensa ola en todo el mundo del “no” a la guerra en Irak.
- El foro social Mundial de Porto Alegre que se vive como una especie de Pentecostés juntando gente de todo el mundo y de todos los estratos sociales y culturales decididos a trabajar y aportar para la construcción de un mundo para la gente y no supeditado al ídolo dinero, proclamando de palabras y por esa misma concentración masiva, que “Otro mundo es posible”.



- El fenómeno Lula, Obrero tornero llegado a presidente sin haber nunca renegado de su origen obrera, que expresó que el propósito primero de su gobierno sería de erradicar el hambre de su país.

Para terminar citaré parte del texto final del Sínodo de los Obispos de 1971 sobre “La Justicia en el mundo...” que me parece expresar bien todo eso: “...nace en los grupos humanos y en los mismos pueblos una conciencia nueva que los sacude contra la resignación al fatalismo y los impulsa a su liberación y a la responsabilidad de su propia suerte. Aparecen movimientos humanos que reflejan la esperanza de un mundo mejor y la voluntad de cambiar todo aquello que ya no se puede tolerar.

Escuchando el clamor de quienes sufren violencia y se ven oprimidos por sistemas y mecanismos injustos, y escuchando también los interrogantes de un mundo que con su perversidad contradice el plan del Creador, tenemos conciencia unánime de la vocación de la Iglesia a estar presente en el corazón del mundo, predicando la Buena Noticia a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos. La esperanza y el impulso que animan profundamente el mundo no son ajenos al dinamismo del Evangelio, que por virtud del Espíritu Santo libera a los hombres del pecado personal y de sus consecuencias en la vida social.”

Como que los 5 panes y los 2 pescados, todo eso no los hemos traído nosotros sino que, buscando, los hemos descubierto: estaban, como fuerzas de vida listas para multiplicarse.

Esta tarde, volveremos a rumiar todo eso para hacerlo más nuestro, mediante las preguntas siguientes:

## **PREGUNTAS PARA EL TRABAJO EN GRUPOS**

- 1) ¿En tu región cómo repercute y se manifiesta en lo socio-económico esta hegemonía del sistema neoliberal?
- 2) ¿En qué esta realidad socio económica, cambió algo en la vida de la gente?
  - ¿Con qué desafíos se encontró la gente?
- 3) a) Esta crisis: ¿cambió algo en mí, en mis criterios y mi actuar pastorales?
  - ¿Qué cambios?

b) En la Patagonia ¿cómo ha respondido la Iglesia a estos desafíos?
- 4) Concretamente, como sacerdotes, ¿a qué nos urgen esta situación y estos recursos?

**Preocupaciones de nuestros Obispos  
La nueva región pastoral de la Patagonia  
y sus desafíos para los sacerdotes**

*Mons. Marcelo Melani*  
Diócesis de Neuquén

**La Región está marcada por:**

- 1- **Las distancias** (es una cuarta parte de todo el país) que han obligado a una pastoral “de paso”.
- 2- La **“aluvionalidad”** de los fieles y de los sacerdotes con una fuerte migración interna (con las formas de religiosidad popular propia de cada región) y con “nuevas” familias.
- 3- La **problemática social** siendo la región “coto de caza” de ricos y famosos;
- 4- La **realidad de los hermanos mapuches.**

**1- Las distancias** y el clima frío han provocado:

- aislamiento vencido por el heroísmo de los curas
- chatura sacerdotal y pastoral
- personalismo que se manifiesta en:
  - frecuente falta de sentido de la Iglesia comunión y una falta de pastoral orgánica;
  - un complejo de autosuficiencia y un clericalismo que se manifiesta en poca confianza hacia los laicos;
  - una defensa instintiva hacia todo lo que viene desde afuera.

**Desafíos:**

- a) Pastoral orgánica que manifieste la unidad de la Iglesia en la que la Parroquia sea comunidad de comunidades y por lo tanto se favorezca la creación de comunidades con responsabilidad de los laicos.
- b) Dar confianza y formación a los laicos, superando el prejuicio intelectualístico, teniendo como base la Palabra de Dios, una fe vivida en lo cotidiano con un acompañamiento espiritual (Dirección Espiritual y Reconciliación).
- c) Sentir a la Iglesia como “misión” y no como “escalafón”, dando importancia a la Pastoral Vocacional (hecha en comunión con los Religiosos/as) como culmen de la Pastoral Juvenil aún de varones.

**2- La “aluvionalidad”** ha provocado:

- una diversidad de mentalidad, una fragmentación aún en los presbíteros
- la presencia de personas que han venido a “rehacerse la vida”.

**Desafíos:**

- a) Creación de una mentalidad común y una vivencia de comunión en el Presbiterio de cada Diócesis.
- b) Favorecer encuentros gratuitos de los agentes de pastoral.
- c) Dar mayor importancia a la presencia de los sacerdotes entre los fieles subrayando la pastoral familiar.
- d) Incorporar la religiosidad popular como modo de ser Iglesia valorando las imágenes, los signos... y reflexionando sobre el fenómeno “Ceferino”.

**3- La problemática social** ha provocado:

- El agobiamiento de los sacerdotes por los pedidos sociales.
- El deberse especializar en preparar y seguir proyectos sociales.
- La necesidad de una pastoral profética sin tener una preparación adecuada.

**Desafíos:**

- a) Sacerdote como padre y pastor de la caridad mediante una presencia suya más de calidad que de cantidad.
- b) Formación de laicos en lo social y lo político con un fuerte acompañamiento espiritual.
- c) Necesidad de que lo social esté inserto en lo pastoral en la vida sacerdotal.

**4- La realidad mapuche** se está dando en muchas ciudades y pueblos además de las zonas del campo

**Desafíos:**

- a) Estimar y valorar la cultura mapuche.
- b) Comprender sus valores y ver cómo enriquecerlos con el Evangelio.
- c) Evitar las ideologías.

**PREGUNTAS PARA EL TRABAJO EN GRUPOS**

Frente a estas preocupaciones y desafíos:

**distancias**  
**aluvionalidad**  
**problemática social**  
**realidad mapuche**

1. ¿Qué orientaciones y acompañamiento esperan los sacerdotes de sus obispos?
2. ¿De qué manera los sacerdotes –personal y comunitariamente– pueden colaborar en el ministerio episcopal?
3. ¿Habrá otras características importantes que marcan a la Región? ¿Cuáles y qué desafíos pastorales presentan?
4. ¿Qué habría que cambiar/modificar en la visión presentada?

## Informe y propuesta sobre los Talleres para Párrocos

Equipo Coordinador de los  
Talleres para Párrocos<sup>71</sup>

Desde el año 1997 la Comisión Episcopal de Ministerios, a través del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros, viene auspiciando estos talleres, en donde con una metodología de intercambio, trabajo personal y en grupo, se busca ofrecer elementos formativos para el oficio de los párrocos. A partir de este año 2003 la CEMIN ha asumido como un servicio propio los Talleres derivando la organización al equipo coordinador.

La finalidad de los Talleres para Párrocos es tomar conciencia de la importancia de un cambio de mentalidad y de adquirir un inicial aprendizaje de habilidades. Es, por lo tanto, ofrecer un ámbito que les permita a los párrocos compartir sus inquietudes y necesidades, y, desde lo teológico, canónico, espiritual y desde la psicología social, brindarles instrumentos que faciliten su ministerio específico.

Hasta el momento se han realizado dos tipos de talleres.

**El objetivo del Taller 1** es brindar diversas herramientas de trabajo que la ciencia ofrece hoy. Se trata de promover habilidades y capacidades para que el párroco pueda guiar su comunidad en clave de Comunión y Participación. Los temas de liderazgo, trabajo en equipo (COPAPA y CAE) y resolución de conflictos, permiten pensar y afrontar los aspectos más significativos de la conducción pastoral en la parroquia; impregnados e iluminados desde la Eclesiología de Comunión y Misión tal cual está expresada en los documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II, el CIC, PDV, NMI y el reciente documento: El Presbítero, pastor y guía de la Comunidad Parroquial (PPGCP).

### **Tema y metodología del Taller 1:**

Tema: "Habilidades para la conducción parroquial"

La Parroquia desde una Espiritualidad de Comunión. Estilo de gestión organizacional. Estilos de liderazgo. Autoridad y Toma de decisiones. Trabajo en equipo. Conflictos y estrategias de resolución. Consejos pastorales. Instrumentos de Gestión Económica: El párroco en su rol de administrador.

Metodología: A través del método de 'taller', se trata de una semana de capacitación para la conducción a partir de las experiencias compartidas, con un facilitador del diálogo para reconocer los desafíos que se nos presentan en la actualidad y proponer caminos de solución.

A partir de la experiencia positiva del Taller 1, y como camino de profundización del mismo, el equipo avanzó en la preparación de un llamado Taller 2, que tenía como objetivo partir de la persona del párroco para descubrir y trabajar las dificultades en el ejercicio de la conducción pastoral.

### **Breve historia.**

---

<sup>71</sup> El equipo está formado por sacerdotes de distintas diócesis del país y la psicóloga social responsable de la animación del Taller.

El primer taller en Argentina se realizó en San Miguel (Pcia. de Bs.As.) en el mes de Octubre de 1997. Fueron responsables Pbro. Jorge Junor y Pbro. Fernando Giannetti y participaron 34 presbíteros. Luego de ese taller inicial se realizaron:

FECHA	LUGAR	Pbros. RESPONSABLES	Nº	PARTICIP.	
Jun / 98	21	Villa Allende	J. Junor y F. Giannetti	1	34 - 68
			Set / 98		30
		Giannetti, G. Vido y G. Castellano	1		Pilar F. 37 - 105
Abr / 99	40	Pilar	G. Vido y G. Castellano	1	26 - 131
Jul / 99	511	Resistencia	J. Junor, G. Vido y L. Bergliaffa	1	36 - 167
Oct / 99	60	Villa Allende	L. Bergliaffa y F. Urbanc	1	30 - 197
May / 00	70	Tucumán	F. Urbanc, G. Castellano y L. Bergliaffa	1	27 - 224
Jul / 00	80	Pilar	L. Bergliaffa y F. Giannetti	1	27 - 251
Oct / 00	91	Villa Allende	L. Bergliaffa y G. Vido	1	25 - 276
May / 01	100	Gral. Roca	G. Castellano y E. Eguía Seguí	1	17 - 293
Jul / 01	111	Pilar	L. Bergliaffa	1	19 - 312
Ago / 01	120	Pilar	J. Junor y G. Vido	2	17
Oct / 01	130	Mendoza	F. Urbanc, L. Bergliaffa y J. Ruiz Díaz	1	16 - 328
Jul / 02	140	San Juan	F. Urbanc y L. Bergliaffa	1	33 - 361
Set / 02	150	Pilar	L. Bergliaffa y E. Eguía Seguí	1	35 - 396

En Montevideo se realizó un Taller 1 en mayo de 2001 y fueron responsables los Pbros. Jorge Junor y Guillermo Vido y en Tacuarembó, en junio de 2002 un Taller 1, de nuestro equipo participó la psicóloga social.

También se hicieron talleres 1 en la Diócesis de Río Cuarto, la Diócesis de Morón y con el Clero Joven de la Arquidiócesis de Córdoba. En todos los casos con adaptaciones propias conversadas oportunamente.

También queremos dejar constancia de que se suspendieron, por falta de participantes dos talleres II, uno se iba a realizar en mayo de 2002, en Bella Vista (Buenos Aires) y el otro en octubre de 2002, en Villa Allende (Córdoba).

Las Diócesis que han participado (hasta diciembre de 2003) son 53 y están en el listado que sigue:

Alto Valle de Río Negro	Añatuya	Avellaneda	Azul
Bahía Blanca	Buenos Aires	Catamarca	Comodoro Rivadavia
Concepción	Concordia	Córdoba	Corrientes
Cruz del Eje	Chascomús	Deán Funes	Formosa
Goya	Gualeguaychú	Jujuy	La Plata
La Rioja	Mar del Plata	Mendoza	Merlo-Moreno
Morón	Neuquen	9 de Julio	Orán
Paraná	Posadas	Puerto Iguazú	Quilmes
Rafaela	Reconquista	Resistencia	Río Cuarto
Rosario	Salta	San Francisco	San Juan de Cuyo
San Isidro	San Luis	San Martín	San Rafael
San Nicolás de los Arroyos	Santa Rosa	Santiago del Estero	Tucumán
Viedma	Villa María	San Roque de Presidencia	Roque Sáenz Peña
Salesianos y Opus Dei			

## Nuestra apreciación.

En el ámbito pastoral de los talleres: es muy positiva ya que, por los informes de los mismos participantes, se observa el satisfacer una necesidad hasta ahora no cumplimentada. El índice de reconocimiento por parte de los más de 500 sacerdotes que han participado es extraordinariamente notable. Es ciertamente una ayuda para los sacerdotes que hoy ejercen el oficio de Párrocos. El reconocimiento general de los participantes apunta a la originalidad en el aspecto de la integralidad de las disciplinas, como en la incorporación de la psicología social que ha permitido un mayor desarrollo de lo humano. Lo teológico, lo espiritual, lo canónico y la ciencia auxiliar de la psicología social están unidos para permitirle al presbítero párroco vivir la armonía de su vida sacerdotal y su ministerio pastoral.

Una idea que se ha presentado en la comisión es abrir el Taller 1 a los Vicarios Parroquiales que ya están por ser párrocos de tal modo que cuando asuman sus respectivas comunidades posean las herramientas para que el inicio de su oficio no sea traumático, como a veces ocurre. Esto no sería necesario si se crea una **Escuela para Párrocos**. Sus destinatarios no serían los que ya son párrocos sino todo sacerdote que pueda conducir en el futuro una Parroquia.

Una necesidad vista por el equipo es la de facilitar, por parte de la CEMIN, dos o tres reuniones por año para reflexionar y adecuar los Talleres a las propuestas y evaluaciones de los participantes, los mismos miembros del equipo y las sugerencias de la CEMIN.

Sugerimos un nuevo Taller llamado: "El Presbítero, hombre Comunión, Animación y Servicio" (PPGCP). Los temas a desarrollar serían tomados de P.D.V. nº 12, de N.M.I. y de la carta de la Congregación para el Clero y están inspirados en las sugerencias que recibimos de los párrocos que oportunamente han participado del Taller 1:

- Plan pastoral
- Compromiso social de la Iglesia (promoción humana, por ejemplo)
- Talleres para los Consejos Pastorales y de administración económica.
- Cómo relacionarme con Obispo, que no es padre.
- Cómo evangelizar hoy.
- El mundo afectivo en la vida del Presbítero.
- Capacitación en lo jurídico y laboral.
- Matrimonio y familia. Los Movimientos.
- La afectividad a lo largo de la vida del Sacerdote.
- Identidad Sacerdotal en medio de las distintas y cambiantes realidades sociales
- Espiritualidad y formación del Párroco en la gestión y organización parroquial.
- Madurez afectiva en el Párroco.
- Párroco y encarnación en la cultura.
- Relación Párroco - Obispo.
- Tener base, fundamento de la acción pastoral para saber defenderse.
- El ejercicio del discernimiento.
- Bibliografía sobre la parroquia.
- ¿Cómo hacer más participativa la vida de la comunidad?
- Espiritualidad del Pastor.
- Taller sobre áreas específicas (catequesis, etcétera)
- Animador espiritual.
- Pastoral de conjunto en la Diócesis.

- Formación de adultos.
- Relación Laico - Sacerdote en la Misión.
- Relación Párroco - Vicario.
- Comunión del Presbiterio.
- Relación Pastoral Diocesana – Pastoral Parroquial.
- Carismas y talentos personales versus proceso comunitario parroquial.
- Rol del Sacerdote con los políticos de turno y otras autoridades.
- Profundizar el tema de "Formación Humana".
- La complejidad de las Relaciones: parroquia, cultura, sectores (claves de interpretación)..
- La comunicación.
- La inserción en la parroquia, la continuidad con el Párroco anterior.
- Madurez humano - afectiva del Sacerdote (etapas).
- Función social de la parroquia.
- Comunión Sacerdotal.
- Espiritualidad Sacerdotal, compartir en solidaridad las diversas realidades pastorales junto a otras Diócesis.
- Formación de líderes.
- La comunidad sacerdotal en la parroquia y el decanato.
- La administración parroquial.
- Psicología particular (especial) de algunos fieles.
- Gestión y estrategia económica.
- Realidad social en que nos movemos.
- El Sacerdote, ser vulnerable - conflictos en el liderazgo.
- Discernimiento entre lo humano y el Espíritu
- Relación Párroco - Vicarios parroquiales, vida en común.

### **El aporte desde “Navega Mar Adentro”**

Más que nunca hoy vemos que el Taller para Párrocos es un camino de respuesta a los desafíos presentados por N. M. A., en cuanto a la necesidad de una mayor comunión.

No es solo una expresión de deseo sino una realidad concretada (más de 500 sacerdotes que han realizado esta experiencia sobre un total de 2.600 parroquias) y una realidad posible de mejorar en los próximos años.

A la luz de los números 25 y 46 de dicho documento en donde se constata la dificultad de trabajar en equipo y crear verdadera comunión en nuestras comunidades, el taller quiera insistir en la propuesta de promover la comunión eclesial, educar en el trabajo en equipo y motivar a una verdadera espiritualidad de comunión.



## Ordenación Sacerdotal

### Javier A. Juárez

Mons. Agustín Radrizzani  
Diócesis de Lomas de Zamora

Catedral de Lomas de Zamora  
31 de octubre de 2003

#### 1. Esta celebración

Hace dos semanas, celebrábamos los 25 años de Pontificado de nuestro querido Papa Juan Pablo II. Hoy, nos volvemos a encontrar para «experimentar» el misterio amoroso de Dios que no abandona a su pueblo, sino que se hace presente con abundancia de dones.

En esta celebración seremos testigos de un profundo misterio que arranca desde las profundidades de Dios uno y trino. Nuestro hermano Javier, como Jeremías ha escuchado al Señor que le decía: «antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones». <sup>72</sup> Este mensaje inspirado estremece profundamente toda alma sacerdotal y la llena de santo respeto por lo que Dios obra en sus elegidos. En este mismo sentido, en la celebración de los 25 años del Papa recordaba sus propias palabras cuando al comienzo de su pontificado nos decía: «“¡No tengan miedo!” [...] Esas palabras pronunciadas por Cristo las repite la Iglesia. Y con la Iglesia las repite también el Papa [...] ellas] son, sencillamente, las palabras del mismo Cristo [Pero,] ¿de qué no debemos tener miedo? No debemos temer a la verdad de nosotros mismos. Pedro tuvo conciencia de ella, un día, con especial viveza, y dijo a Jesús: “¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!” (Lucas 5,8) [Recibiendo como respuesta...] “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5,10)». En efecto, ante la grandeza del don de la vocación descubrimos nuestra indignidad y se nos hace presente aquello de que «no son ustedes quienes me eligieron, sino que yo los he elegido, y los he destinado para que vayan y den fruto, y que ese fruto permanezca». <sup>73</sup> Por tanto, nadie puede arrogarse tal «dignidad» <sup>74</sup> ya que, en rigor, la vocación *no es nuestra, sino que es de Dios, Él es quien nos llama*. Entrar en contacto con este don inefable hace que cuando en las más diversas circunstancias hemos de hablar del sacerdocio, debemos hacerlo con gran humildad y actitud de gracias. Humildad no sólo porque las palabras humanas no son capaces de abarcar la magnitud del misterio, sino porque creemos que Dios «nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia»; <sup>75</sup> acción de gracias en primer lugar a Dios, puesto que cada sacerdote es un don del Altísimo para la Iglesia y, en este caso particular la vocación de Javier es un regalo para la Diócesis de Lomas de Zamora. Dios quiera que muchos jóvenes, con confianza y sin miedo se animen a decirle sí a Jesús!! Pero, esta acción de gracias también se extiende al Señor por la familia de Javier, la cual supo cuidar el don del Señor, por los superiores del Seminario, quienes lo acompañaron en su formación, por los sacerdotes y las Comunidades que han seguido de cerca, tanto el surgimiento de su vocación, nacida en la Comunidad de Cristo Rey de Guernica, como su maduración en sus diversos apostolados: San Francisco de Llavallol;

---

<sup>72</sup> Jr 1, 5; cf. Sal 139.

<sup>73</sup> Jn 15, 16.

<sup>74</sup> Cf. Hb 5, 4.

<sup>75</sup> 2 Tm 1, 9.

Cristo Rey de Tristán Suárez; Nuestra Señora de los Remedios de Escalada; Cristo Redentor de Villa Jardín; y San Gabriel de Adrogué.

Permítanme, ahora, realizar una breve reflexión, la cual no tiene la pretensión de ser exhaustiva, en torno a los textos que se han proclamado en esta Misa y que tendrá como eje el desarrollo de una doble temática que se irá entrecruzando para formar una trama que exprese al sacerdote como aquél que ha de ser fiel a Dios y misericordioso para con sus hermanos, puesto que con ellos comparte su miseria y está llamado a llevarles el amor incondicional del Señor.

## 2. La amistad sacerdotal

Jeremías, miembro de una familia sacerdotal de un pequeño pueblo de la tribu de Benjamín, era todavía muy joven cuando el Señor lo llamó a ejercer el ministerio profético.<sup>76</sup> Su figura es muy rica y fecunda para leer en él la historia que en cierta medida viven todos aquellos que responden al llamado del Señor.

A él, le correspondió no sólo anunciar el destierro que el Pueblo elegido ha de sufrir en Babilonia (587 a.C.), sino participar de esta suerte, y bebérsela como un amargo cáliz, cuyo sabor encontramos bien descrito en el libro de las Lamentaciones. Pero, quizás lo más doloroso ha sido la experiencia interior que implicaba este trance y le suponía una doble soledad: la que le inflingían los enemigos de su pueblo y más dolorosamente aún, la incompreensión de sus conciudadanos, los cuales se volvieron en contra suyo.<sup>77</sup>

En determinados momentos la soledad puede ser terrible. Ella puede ser una verdadera amenaza que nos arrincona en la autosuficiencia y el egoísmo, que nos incapacita para alabar al hermano que triunfa, y nos tiente con la alegría frente al hermano que fracasa o, con la indiferencia ante el que cae. Pero, lo que es peor, en ocasiones siembra en nuestras almas un malsano pesimismo que seca la fuente de la esperanza. Contra esta clase de soledad ha de oponerse la amistad sacerdotal, la cual comprende ciertamente lo humano, pero hunde sus raíces en la caridad teológica que es la forma de todas las virtudes. Supone entrega y desinterés para alcanzar el bien del otro y, aunque no lo busquemos, si ella es verdadera, nos enriquece personalmente, en primer lugar comulgando en la gracia y el bien de nuestro sacerdocio. Esta vivencia de amistad nos concede experimentar otra clase de «soledad», aquella que nos permite vivir la liberación de todo, incluso de nosotros mismos, y nos conduce a aferrarnos al único que no cambia, dándonos el descanso y la serenidad, la alegría solemne y austera que nace del amor. A los hermanos sacerdotes y a ti Javier los animo a tejer fuertes redes de amistad. Confío que desde esta particular comunión se irán acrecentando lazos de comunión para con todos y en especial para con los otros presbíteros, dando de este modo testimonio de la Iglesia misterio de comunión.

## 3. Abandono en Dios.

En Jeremías, su fe «receptiva» lo abre a la experiencia de una gran simplicidad y abandono, la cual le hace comprender que todo se lo debe a Dios. Dios es para él, antes que nada y por encima de todo, Quien le ha dado todo. Por eso cuando exclama «yo no sé hablar puesto que soy como un niño» recibe de parte de Dios como respuesta no temas yo estoy contigo.<sup>78</sup> Jeremías no puede pensar en su existencia sin pensar, a la vez, que antes que ella está la llamada divina. Él vive la experiencia de una absoluta primacía del amor divino, la cual le hace percibir que Dios tiene en sus manos el principio y el fin, que es providente. Pero,

---

<sup>76</sup> Jer 1, 6.

<sup>77</sup> Jer 18, 18-22; 26, 1-24; 28, 1-17.

<sup>78</sup> Cf. Jer 1,5-10.

esta fe debe purificarse para no convertirse en una pasividad ingenua: el profeta ha de pasar de la pura receptividad a la experiencia de que ella no le garantiza el futuro favorable, ni siquiera en la realización de su vocación. Incluso ella no impide el fracaso o el resultado amargo o la experiencia de estar abandonado. Jeremías es un profeta de corazón abierto, que transparenta su grandeza y su tragedia. Es el hombre con sus miedos, dudas, debilidades pero con la firme confianza de que Dios puede sostener y dar sentido a una existencia como la suya, marcada por la incomprensión y el fracaso. Él nos acerca a los abismos de soledad y abandono, a sus riesgos y desafíos, y a esa fidelidad última de una palabra encendida en sus entrañas que pugnará por salir, venciendo decepciones y resistencias.

Las palabras que Jesús pronunció desde la cruz expresan también la existencia dolorosa de quien se siente viviendo una situación terrible sin que el Padre intervenga en su favor: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»<sup>79</sup> es la expresión del dolor espiritual que genera la separación del Padre, al mismo tiempo que una aceptación humilde. Este grito sólo se hace plenamente comprensible cuando suavemente escuchamos «Padre en tus manos encomiendo mi espíritu», la cual no es una frase aislada en la vida de Jesús. En efecto, desde el momento de la encarnación podemos leer su *sí* al dolor de la crucifixión y comprender cómo, toda su vida, no fue más que una preparación confiada al Calvario por amor a los hombres.

Pues bien, nuestra vivencia sacerdotal tampoco es ajena a esta clase de experiencias.<sup>80</sup> Las situaciones de dolor, de incomprensión, de abandono, son la condición normal de la Iglesia que peregrina en cuanto prolongación de Cristo crucificado. Éstas, pueden expresarse de diversas maneras: ¿por qué trabajo yo tanto, por qué me ajeteo tanto; con qué fin, para qué, para quién? Y, si no encuentran en la cruz de Jesús la respuesta, la propia vida puede perder su norte. Hemos de tomar conciencia que desde el punto de vista de la fe, Dios mismo está presente y actuante en la crisis. Él es quien moviliza el corazón humano para que se abra y se libere de todos los autoengaños. Desde esta purificación y abandono nos es concedida la gracia de vivir la alegría como fruto del Amor incondicional y eterno de Dios. Esta alegría como don del Espíritu Paráclito consiste en la vivencia de la Bienaventuranza, las cuales ponen de manifiesto que «el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de él».<sup>81</sup> Sin embargo, este gozo se halla muchas veces teñido por los dolores propios del estado peregrino. De modo que será «una alegría concedida a lo largo de un camino escarpado, que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo».<sup>82</sup> Pues bien, esta felicidad ha de ser felicitante para todos aquellos que toman contacto con los agraciados. En efecto, «la alegría es el resultado de una comunión humano-divina cada vez más universal. De ninguna manera podría incitar a quien la gusta a una actitud de repliegue sobre sí mismo».<sup>83</sup> En un mundo angustiado por tantos problemas, el sacerdote ha de transmitir aquella paz y alegría que viene de la fe y se apoya en el poder del Dios que ha vencido a la muerte. Esto es así, pues la Iglesia no sólo contempla el rostro de Cristo en la Cruz, sino que ella sabe que «¡Él es el Resucitado! Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. 1 Co 15,14). La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo [...] la Iglesia mira ahora a Cristo resucitado [... y,] en el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo».<sup>84</sup> De modo que el sacerdote como «anunciador de la “Buena Nueva” ha de ser el hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera

---

<sup>79</sup> Mt 27, 46.

<sup>80</sup> Se cumple en nuestras historias personales aquello de «si así tratan a la leña verde, ¿qué será de la leña seca?» (Lc 23, 31).

<sup>81</sup> PABLO VI, *Gaudete in Domino*, 29-30.

<sup>82</sup> *Ibid.*, 26.

<sup>83</sup> *Ibid.*, 43.

<sup>84</sup> Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 28.

esperanza»<sup>85</sup> y se anima a dispensarlo para generar un mundo basado en la solidaridad y el compromiso con los más débiles.

#### 4. Cercano a los hombres

El paso del Antiguo al Nuevo Testamento hace que nos encontremos con el Profeta escatológico, con el Sumo Sacerdote que nos invita a que confiadamente nos acerquemos «al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia de un auxilio oportuno».<sup>86</sup> Nosotros, como sacerdotes de la nueva alianza no hemos de vivir como aquellos sacerdotes de Israel, quienes para ponerse en contacto con el tres veces santo<sup>87</sup> se impregnaban de una santidad que consistía en *separarse* del orden profano. Al contrario, es curioso que la condición que se impone a Cristo para acceder al sacerdocio sea la de asemejarse en todo a sus hermanos en lo que se refiere a los aspectos más dramáticos y dolorosos de la existencia humana: las pruebas y las tentaciones, los sufrimientos y la misma muerte.<sup>88</sup> Si en las costumbres de aquel tiempo el camino de acceso al sacerdocio era el de la ambición, en la Carta a los Hebreos queda de manifiesto que la dirección elegida por Cristo era la totalmente opuesta. Debió renunciar a todo privilegio y vincularse estrechamente a los dolores y flaquezas de los hombres, a fin de poder compadecerse. Sufrió las pruebas «*en todo igual que nosotros, excepto en el pecado*» para alcanzarnos el amor que dignifica.

#### 5. Acreditado ante Dios

Pero no sólo ha vivido la misericordia para con nosotros, sino que al mismo tiempo fue acreditado ante Dios.<sup>89</sup> Llevando hasta el fondo su solidaridad con su hermanos se aseguró una profunda unión con el Padre adquiriendo una posición gloriosa. En suman, su gloria es la gloria del amor generoso, la cual no lo hace ofrecer sacrificios y dones exteriores a su persona, sino que Él mismo presenta a Dios, en una oración suplicante, su propia situación de debilidad y de angustia. Su ofrenda es su misma flaqueza. Por ello podemos reconocerlo como *sumo sacerdote misericordioso al mismo tiempo que digno de fe*.<sup>90</sup> Es este mismo aspecto del sacerdocio de Cristo el que ha de vivir todo sacerdote, ya que recibimos el encargo de parte de Jesús de ponernos al servicio de los hermanos y *velar sobre sus almas*.<sup>91</sup> Como vemos, el ministerio apostólico al que Dios nos ha llamado con el sacerdocio es un servicio de amor a Cristo y a los hermanos por Cristo, o mejor aún *a Cristo en los hermanos*. Este servicio comienza con la oración. A nosotros, como pastores, nuestro pueblo, *no nos pide simples fórmulas acerca de Dios, sino a Dios mismo*. Ellos nos quieren ver como aquellos que apuntan al infinito y son capaces de mostrarles a Aquél que está detrás de toda las palabras y ritos que realizamos. Hasta los más sencillos comprenden que nuestra vida de consagrados al servicio de los demás tiene como raíz y sustento la experiencia de «*haber visto, en la oración, con los ojos de los Apóstoles, a Aquél por quien vale la pena entregar la vida*». Y, entonces, ellos también quieren verlo. *No se conforman con simples fórmulas, sino que suspiran por aquel que las sustenta; no quieren encontrarse con algo, sino con alguien que colme sus vidas*.

---

<sup>85</sup> Id., *Redemptoris Missio* 91.

<sup>86</sup> Heb 4, 16.

<sup>87</sup> Dt. 4, 24; Heb. 12, 29.

<sup>88</sup> Cf. Heb. 2,9. 10. 14. 18 ; 4, 15; 5, 7-8.

<sup>89</sup> Cf. Heb. 2, 17.

<sup>90</sup> Heb 2, 17 ; 4, 15 ; 5, 9.

<sup>91</sup> Heb 13, 17.

## 6. Oración y acción

Ahora bien, no hay lugar para los dualismos entre acción y contemplación; vida espiritual y apostolado. No debe ni rebajarse la oración, pues es necesaria, ni el valor del apostolado, puesto que por ser servicio de amor tiene un valor tan grande como la oración. Es más, la oración ha de proyectarse en obras concretas de servicio.<sup>92</sup> Pero a la inversa, la actividad ha de enriquecer la espiritualidad ya que le permite expresarse, concretizarse, y realizarse en la historia cuando los actos pastorales son actos de amor al prójimo, los cuales en vez de dificultar la contemplación «la facilitan», pues el corazón abierto al hermano deja mayor espacio a Dios.<sup>93</sup>

Con palabras de Juan Pablo II diremos que el sacerdote ha de poseer «una constante disponibilidad a dejarse absorber, casi devorar por las necesidades y exigencias de la grey».<sup>94</sup> Es claro que esta entrega ha de hacerse con inteligencia y mesura. Hace ya unos cuantos años escribí algo al respecto sacado de la experiencia de ver cómo los campesinos trabajan en sus campos.<sup>95</sup> En efecto, a fin de que el ganado tenga siempre pasto verde para alimentarse, los pastores esperan a que el éste haya comido la hierba hasta la altura de un puño y, cuando esto se ha cumplido, entonces rotan al ganado permitiendo que la cebadilla, el raigrás o el pasto ovillo vuelvan a crecer. Parece ser que la fábrica del follaje de estas plantas se encuentra no sólo en su raíz, sino también en los primeros tramos de su tronco y, si el ganado comiese del «puño» para abajo, entonces la pastura no podría recuperarse fácilmente. Algo análogo puede ocurrirnos a los sacerdotes, tanto nos entregamos a los demás que, no pocas veces, corremos el riesgo de quedarnos sin aquello que nos dinamiza y que hay que defender celosamente puesto que nos posibilita seguir dando. En suma, si bien el sacerdote «es más» en la medida en que se hace «para los demás», cada uno, humildemente, ha de discernir cuáles son sus reales posibilidades de vivir concediendo un tiempo a la acción y otro a la contemplación; un tiempo al trabajo pastoral y otro al debido descanso.

Nuestra entrega a la gente no es en abstracto, sino a aquellos rostros concretos que se van haciéndose importantes para nosotros. Rostros que el Señor nos ha dado a conocer de manera inmediata, no genérica. Ellos son un *don* que el Padre nos concede. Es Él quien nos proporciona estos contactos verdaderos y quien nos compromete para que ninguno de ellos se pierda. Son aquellos a los que el Padre ha amado tanto que por ellos ha dado a su Hijo<sup>96</sup> y a quienes nosotros hemos de reflejarles ese amor.

Pidámosle a Jesús para que todos nosotros, como pueblo de Dios, sepamos descubrir siempre el valor de lo sagrado en el corazón de aquellos que han de ser testigos del Amor incondicional de Dios. Pidamos por nuestros sacerdotes, para que viviendo según el ejemplo de los santos (hoy vísperas de la Solemnidad de *Todos los Santos*), como ellos, vivan en comunión vital con la santidad de Cristo, se impregnen de un auténtico espíritu de oración y lo traduzcan en obras de misericordia hacia los más pequeños, tal como lo ha hecho nuestra querida Madre Teresa de Calcuta quien con su vida ha manifestado incansablemente que no pueden separarse el amor a los pobres del amor a la Eucaristía, ni el amor a la Eucaristía del amor a los pobres.

¡María, madre de Jesucristo y madre de los sacerdotes, custódialos en tu seno y acompáñalos en su ministerio para que siempre den testimonio del amor inagotable de tu hijo!

---

<sup>92</sup> Santa Teresa de Ávila, *Castillo interior, moradas*, VII, cap. 4, 7

<sup>93</sup> Cf. San Buenaventura, *IV Sent.*, dist. 37, art. 1, q. 3, ad. 6.

<sup>94</sup> Juan Pablo II, *Pastore dabo Vobis*, 28.

<sup>95</sup> Radrizzani, A., «En sintonía con Dios», *Las Cartas de Agustín*, Colección en Patio n° 2. MJS, 1991, pp.6-7.

<sup>96</sup> Jn. 3, 16.

¡Y a Ti, Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, bendice con santas y abundantes vocaciones a nuestra querida Diócesis de Lomas de Zamora. Vuelve a repetir con voz suave y poderosa: ¡No tengas miedo, no te asustes de tus miserias; levántate yo te haré pescador de hombres!<sup>97</sup>

---

<sup>97</sup> Cf. Lc 5, 10.